



QUÉ MAME DENTRO

S. HOLIK

S. HOLIK

QUÉMAME DENTRO

Fue cuestión de suerte, mi mente lo recuerda entre las palabras que mi hermano dijo antes de que saliera de casa. Tal vez está en lo cierto, no cualquiera llega a conseguir un empleo en plena crisis, menos en esta época del año, sin embargo yo lo he logrado. Como todas las mañanas compré el periódico en busca de algo que cubra los gastos que con mi madre no alcanzamos a pagar, y por fortuna lo acabé encontrando. No es precisamente un trabajo del que me esté muriendo de ganas de hacer, pero en fin, sé que voy a contar con el dinero justo que necesitamos.

Llego a la parada después de haber estado rogando no tener que estar sola, pero así es, solo me acompaña el sol que amenaza con quedarse detrás de las nubes el resto del día. Observo hacia mis costados, siempre es bueno hacerlo, al menos cada tanto, por las dudas de que ocurra algo malo. La delincuencia no tiene horarios, y en mi vecindario menos. Asomo mi vista hacia la calle en busca del bus que me llevará al trabajo. Sigo sin poder creer que allí voy. Después de tantos días de búsqueda logré conseguir el empleo, y lo hice sin tener que pedirle ayuda a nadie.

Viajo como era de esperarse: de pie, aferrada a un asiento para sostenerme, un tanto incómoda por la gran cantidad de gente que me rodea, pero nada importa demasiado con el optimismo que hoy llevo dentro. Bajo chocándome con el frío viento de julio. La tienda está cerca. Camino hasta que llego a la enorme puerta de cristal rodeada de ladrillos a la vista y de un cartel encima con letras negras. Paso diciendo buenos días. Mi jefe me responde con una sonrisa detrás del mostrador y me indica que me acerque para estrecharle la mano. No puedo evitar sonreírle también, el anciano transmite alegría de solo verlo. Ojalá la actitud que veo hoy en él se mantenga así siempre, a veces noto que le cuesta un poco ser amable con la gente.

—¿Cómo te encuentras, Emma? Ese era tu nombre, ¿cierto? —dice Raffaello.

—Sí —Asiento con la cabeza.

No puedo culparlo todavía de que olvide mi nombre.

—¿Por dónde empezaré esta vez? —vuelvo a hablar.

—Necesito que repongas la estantería de la vajilla de la tercera fila. Me encargué de dejarte las cajas a un costado, así que no tendrás tanto que hacer.

—Gracias —respondo alegre por haberme facilitado un poco el trabajo, no cualquier jefe haría lo mismo.

Despego la cinta de la caja para abrirla. Saco plato por plato para ir ubicándolo en la estantería. No es un trabajo difícil, pero requiere paciencia, algo que en ocasiones me cuesta tener.

Si bien esta no es la primera vez que trabajo estoy nerviosa de echarlo todo a perder. Debo de tener cuidado con todo. Solo así, en un futuro si todo marcha bien, quizás mi jefe me recompense con un aumento de sueldo. No es que el dinero que me pague no me alcance, de hecho sí lo haría si no tuviese que compartirlo con Daniel, con quien salgo. El pobre se ha quedado sin trabajo hace un par de meses y todavía no consigue nada. Además, por sobre todas las cosas, tengo que colaborar con los gastos de la casa que mi madre a más no poder se sacrifica en llevar. Ella estuvo presente cuando mi hermano y yo más la necesitamos. A sus treinta años enviudó en plena miseria y supo hacerle frente a ello sin quejarse ni una vez. Nos alimentó, nos cuidó, nos educó como pudo, pero lo hizo, y yo le responderé de igual forma.

De espaldas siento una mano sobre mi hombro. Si se tratara de Raffaello creo que me hubiese

llamado a lo lejos como siempre y directamente por mi nombre. Tal vez es algún cliente que no logré percibir. Qué tonta me siento, a lo mejor el sujeto me estuvo llamando y yo aquí; sumergida en mis pensamientos sin hacerle caso. Me pongo de pie dispuesta a ayudarlo en lo que sea posible. Doy la vuelta corriendo un mechón de mi cabello castaño que se interpuso en mi frente. Al mirar suspiro aliviada, para mi sorpresa es Daniel.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto asombrada. No recuerdo haberle dado la dirección exacta de donde trabajo.

—Lo siento, no quiero causarte problemas —dice apenado—. Solo pasaba a preguntarte si no querías que saliéramos luego.

¿Salir?, ¿me pregunta? El sujeto no tiene un solo centavo, desde luego yo menos, y de todas maneras me está proponiendo que salgamos.

—Espera —intento no sonar demasiado fuerte; no quiero que el dueño se moleste si llega a enterarse de que Daniel vino para algo poco importante—. No tengo dinero y creo que tú tampoco, ¿o sí?

—No —me confirma tomándome de las manos—. Pero a ti sí te queda algo, ¿cierto?

—Sí, de hecho sí.

No supe qué decirle. Tendría que haberle mentido, pero no soy buena mintiendo, mi cara jamás fue cómplice de mis palabras cuando traté sanamente de engañar a alguien.

—Vamos, ¿qué dices?

Quiere que salgamos, hoy mismo. No creo que sea buena idea, debo de abstenerme de ciertas cosas si quiero lograr vivir mejor. Pero él no tiene dinero, por ahora, y ya no recuerdo cuándo fue la última vez que salimos juntos.

—Bien —digo aceptando su proposición—, pero no gastaremos mucho, ahora vete antes de que me reprendan.

El rostro de Daniel se ilumina por completo, sonrío alegre y me da un fuerte abrazo prometiéndome que la pasaremos estupendo esta noche. Al desprenderse de mí noto que alguien tosiendo se oculta detrás: Raffaello. Espero no tener que dar demasiadas explicaciones, aunque sería lo justo, después de todo él es mi jefe.

—¿Todo en orden? —pregunta molesto el anciano.

—Sí, señor, lo siento —me disculpo nerviosa.

—Excelente. Si ya has acabado quiero que sigas con la próxima fila.

—De acuerdo —digo mirando a mi novio que aún sigue de pie sin moverse.

Con la mirada intento decirle a Daniel que es hora de que se marche, pero al parecer no lo entiende hasta que lo despido diciéndole que pase a buscarme por mi casa a las nueve. No puedo evitar reírme al verlo salir apresurado del local. La incomodidad de la situación, que de seguro comenzó a notar tras lo que le indiqué, provocó que estuviese a punto de llevarse una pila de cajas por delante.

A veces no entiendo por qué salgo con él, es decir, es apuesto, fuerte y en ocasiones logra hacerme reír, sin embargo siento que no son motivos suficientes para estar a su lado. Quizás hay alguien más esperando por mí, alguien con otras cualidades que tal vez me hagan sentir diferente. Por supuesto, son suposiciones. Que haya un hombre capaz de hacerme perder por completo la cabeza no creo que sea algo que vaya a suceder, no conmigo.

—¿Sabes una cosa? —me detiene el anciano antes de que siga con el trabajo—. Te contraté porque pareces una buena muchacha, y creo saber que si tanto necesitas el empleo como me lo contaste en la entrevista... sabrás valorarlo, ¿o me equivoco?

Me está regañando. Al parecer no fue suficiente con haberle pedido disculpas cuando me

sorprendió abrazando a Daniel. ¿Qué espera?, ¿que lo haga de nuevo?

—Lo siento —Suspiro conteniendo mi enfado.

—No quiero volver a ver a ese joven molestando por aquí —advierte con su dedo.

—No, señor.

—Bien, sigue con tu trabajo.

Por un momento cuando por primera vez hablé con Raffaello me convencí de que sería un jefe diferente de los que tuve, no sumiso porque para eso es el dueño de la tienda y debe tratarme como la empleada que soy. Lo que quiero decir es que no pretendo que me ayude con las tareas como ya lo hizo, simplemente que sea un poco más comprensivo. Yo no invité a Daniel, ni siquiera sabía que conocía el local. Pero eso de seguro no lo entendería, está enojado y cualquier cosa lo respaldaría frente a los cinco minutos de conversación que tuve.

Estoy en mi habitación buscando uno de los vestidos que más me gusta usar cuando suelo salir. Tal vez ya no esté muy de moda, pero a mí me sigue gustando de todas maneras. Tiene una textura gris que se ajusta perfecta a mi silueta, botones dorados en los hombros y en la cintura que hacen que con la chaqueta negra arrojada sobre la cama sea la combinación perfecta. Son las ocho y cuarto, en poco tiempo Daniel vendrá por mí. Ya me di una ducha de agua bien caliente. Falta que se me seque el cabello, me maquille y estaré lista, claro, si logro encontrar el atuendo que quiero llevar puesto. Me siento en el borde de la cama cubriéndome todavía con mi toalla, pensando en dónde pude haberlo dejado cuando la puerta suena dos veces.

—Emma, ¿podría pasar? Encontré el vestido —dice mi madre desde el otro lado.

—Claro, pasa. ¿Dónde lo encontraste?

Se la nota algo consternada, como si tuviese miedo de decirme algo que pudiera llegar a hacerme enojar. Está nerviosa, puedo darme cuenta por sus manos cuando me entrega la prenda y luego retrocede unos pasos para mirarme sin decir nada.

—¿Qué sucede? —pregunto.

A ella le hará bien contarme lo que piensa y a mí me lo hará escucharla.

—Nada importante, dejaré que te cambies —Gira, pero la detengo.

—No me dijiste dónde lo encontraste.

El rostro de mi madre queda enmudecido. Vaya, de eso se trata. ¿Qué puede ser tan malo como para que no me diga nada?

—Tuve que lavar el vestido, estaba un poco sucio. Tu hermano se lo regaló a Neena la semana pasada cuando vino a cenar. Ambos durmieron ayer aquí y pude quitárselo porque lo traje puesto. Estaba tirado en el suelo junto a la puerta.

—¿Y es que no les dijiste nada? —Trato de calmarme.

—No creí que fuese el mismo.

Estoy enojada, furiosa con Dylan. Me esforcé en comprarme ese vestido. Ahorré centavo por centavo para un día poder usarlo y él, sin más ni menos, se lo regaló a una de sus zorras. Comienzo a temblar. Rayos, estoy muy enojada. Ya no puedo soportarlo, tengo ganas hasta de romperle la cara.

Me pongo de pie. Miro la prenda que ahora me genera repulsión y la alzo. ¿Con que Dylan la regaló? Bueno, pues dejaré que su novia se ponga más a gusto. Tal vez la ropa le pareció muy recatada, por eso la dejó abandonada como un trapo. Del cuello tiro de la tela hasta rasgarla por la zona donde se verían los senos. Tomo los extremos por donde salen las manos y hago lo mismo para que se vea el brazo entero. Después lo repito sobre la parte de la base casi hasta la cintura. Acabo de transformar el vestido prácticamente en harapos que es lo que esa se merece.

—¿Qué hiciste? —Mi madre se aferra las manos a la cara—. Si es tuyo...

—Ya no. En el momento en el que esa tipa lo usó dejó de ser mío. No soportaría volver a usarlo sabiendo que ella lo hizo también.

—¿Qué harás con él? —Señala la prenda.

—Se lo dejaré en la habitación, me imagino que volverá para dormir aquí, ¿verdad?

—Sí, Dylan me avisó que regresarían temprano.

—Y tú le has creído —Me echo a reír.

No dice nada. Pensé que me regañaría por mi reacción, pero sabe que estoy en lo cierto. Mi hermano miente tanto que solo ella y Neena pueden creer en sus palabras.

Me aparto para buscar otro atuendo que ponerme, uno negro que me llega un poco más arriba de las rodillas. Usaré medias del mismo color para cubrirme del frío con unos zapatos que compré hace unos dos años atrás en una tienda de descuento. Me quedo sola en el dormitorio. Termino de prepararme para que cuando Daniel venga no tenga que estar esperando impaciente, a solas, frente a mi madre sin decir nada.

El reloj marca las nueve y como siempre mi novio es puntual en llegar. Estoy esperándolo sentada en el sofá entretanto miro por la ventana. Lo veo cruzando la calle. Me sonrío desde el otro lado y yo me pongo de pie para abrirle.

—Escúchame, Emma, no quiero que regreses tarde —Me detiene mi madre.

—Daniel me traerá de regreso. Además, trabajo mañana. No tienes de qué preocuparte —explico impaciente por abrir la puerta.

Me pide que vuelva temprano. Me pregunto por qué no hace lo mismo con Dylan. Oh, tal vez porque no le da ni la más mínima importancia a lo que dice. Además, como si ella no lo supiera, mi novio jamás dejaría que volviese sola, sea la hora que sea. Una de las cosas que más le gusta hacer desde que lo conocí en la escuela secundaria es cuidarme, tanto que a veces me sofoca.

Mi madre se hace a un costado dejando que me encuentre con Daniel. Me despido de ella y al abrir mi novio está calentándose las manos con su aliento. Ríe al sorprenderlo teniendo frío. Él, que siempre se muestra indiferente ante las bajas temperaturas cuando le pregunto por su ropa un tanto desabrigada, esta noche está usando una campera.

—¿Tienes frío? —Observo su abrigo beis.

—De hecho sí, algo, debo admitir —Mete sus manos en los bolsillos—. Pero nada que una buena competencia de bolos no arregle. ¿Estás lista?

—¿Que si lo estoy? Claro que sí. No creas que me ganarás como la última vez —adviento alejándonos de la casa mientras mi madre nos mira desde la ventana.

—Eso si yo lo permito, dulzura —menciona rodeándome con su brazo.

Daniel odia perder hasta en lo más mínimo. Aunque a veces me complace que se salga con la suya esta noche estoy dispuesta a hacer una excepción. Voy a ganarle el juego por más que se enfade. Hace tiempo que no salgo y creo merecerme pasar un buen rato en algo que sé que puede alegrarme un poco.

Al llegar a «La noche de los bolos» lo único que me importa es divertirme, ahuyentar con un par de horas las preocupaciones que suelen aparecer justo antes de que intente dormirme. A pesar de que la semana recién comienza el sitio está bastante lleno. A Daniel le gusta venir aquí porque dice que le trae recuerdos de la época de los ochenta, años que ni yo ni él compartimos porque aún no habíamos nacido, pero que nuestros padres nos los recuerdan como una de las mejores décadas que vivieron. Luego de habernos cambiado el calzado *Tarzan Boy* suena a medida que vamos acercándonos a las pistas. Escogemos la última de aquellas, la que está menos rodeada de gente. Nos gusta tener cierto grado de intimidad donde estemos. Comenzamos a jugar hasta que ambos perdemos la noción del tiempo. Se siente tan bien creer por un momento que nada de lo que sucede fuera de estas puertas existe que me niego a querer regresar a la realidad.

—Vaya, me has ganado —Daniel toca su barbilla con el brazo apoyado al asiento de madera—. Déjame decirte que jamás volverá a repetirse.

Acabé ganando tras sumar ciento cincuenta puntos y el enfado previsto de mi novio, pero valió la pena.

—Sí, claro —respondo riendo con las manos sobre la cartilla—. Oye, campeón de bolos, ¿qué tal te ha ido con la mudanza de tu hermano? Era hoy, ¿cierto? —pregunto mirando los precios del menú.

—Sí, por suerte no eran demasiadas las cosas que debimos cargar. ¿Sabes?, tal vez tú y yo podríamos hacer lo mismo pronto.

Un momento. ¿Lo he entendido bien? ¿Daniel está proponiéndome que nos vayamos a vivir juntos como su hermano hizo con su novia?

—¿Hablas de mudarnos?, ¿juntos? —Intento ver algo en sus ojos que me diga que estoy equivocada. Cielos, mi novio no puede estar pensando en eso.

—Sí, ¿por qué no? —habla con ilusión.

¿Es que acaso no se da cuenta de lo que está diciendo?

—Es algo precipitado, ¿no crees?, es decir, ni siquiera tienes un empleo y yo...

—No planeo depender de ti toda la vida si es eso lo que te molesta —interrumpe y luego mira a otro lado.

Está tratando de ocultar su enfado, lo sé, pero no puedo acceder a lo que me pide. Más allá de que no tenga trabajo no estoy lista para convivir con él y creo que con honestidad... tal vez jamás lo esté. Daniel se contagió del deseo de formar una familia al igual que su hermano. Pero él ya está en condiciones de poder hacerlo, nosotros no.

—Hemos venido a divertirnos, ¿cierto? —trato de apaciguarlo.

—Sí —Vuelve a mirarme.

—Pues hagámoslo entonces, ¿qué pedirás?

—Una Coca-Cola —dice mirando al suelo.

—Bien, pediré lo mismo —Le indico a un camarero que venga.

Quiero que el clima se normalice, que vuelva a cuando estábamos riendo y haciéndonos bromas uno al otro sobre el juego. Pero eso es algo que de seguro no va a suceder, a menos que acceda al deseo de Daniel.

El hombre al que llamé se acerca con una bandeja en mano. Quita de ella una copa de

champaña y la pone sobre la mesa frente a mí. Lo miro asombrada. Claramente se debe de haber confundido.

—Lo siento, yo no pedí eso.

—Lo sé —me dice—. El caballero de atrás se lo envía a usted.

—¿El caballero de atrás? —Miro hacia donde me señala, incapaz de poder visualizarlo.

—¿Lo ve? —pregunta al notar que miro la mesa en la que está sentado el sujeto.

—Sí, ahora sí, gracias.

—¿Qué va a pedir? —Alista su lápiz y papel para anotar la orden.

¿Pedir? Cierro, lo olvidé. Yo lo llamé para que se acercara, pero él me distrajo trayéndome una copa.

Ordeno los refrescos aliviada de que cené en casa y de que por lo tanto no tengo que pagar los precios de una cena si en este momento hubiese elegido comer. Espero a que el camarero vuelva con lo pedido entretanto miro a Daniel sin decirle nada. Sé que tiene algo guardado para decirme, sin embargo nada sale de su boca hasta que finalmente decide interrumpir él mismo el silencio que nos estaba incomodando.

—¿Quién es el sujeto?

—Mi primo —contesto con rapidez.

Mi primo... con alguien más; un muchacho al que no conozco y al que Daniel al estar de espaldas no puede ver.

—¿Tu primo te envió una copa de champaña?

Los celos aparecen de nuevo en él desfigurando su delicado rostro.

—Sí, hace tiempo que no nos vemos. De seguro quiso sorprenderme, sabe que me gusta la champaña —intento explicarle.

—Pues ve a saludarlo. ¿Qué esperas?

—¿Estás molesto?, es decir, ¿por esto? —Noto lo irritado que está.

—De ninguna manera, ¿cómo se te ocurre? Ve con él —Señala que me vaya—, yo aquí te espero.

Me levanto de la silla molesta por su reacción. Aunque ya estoy acostumbrada a sus celos, de todas maneras no deja de molestarme. La única forma que tengo de que se le pase el berrinche es haciendo lo que me dice vigilada a mis espaldas, por supuesto, por su ojo crítico.

Paso las pistas hasta llegar a la mesa donde Paul está conversando con el muchacho. Al verme el desconocido deja de hablar para mirarme fijo a los ojos. Me siento atrapada sin saber cómo huir de la manera en la que me observa. Quiero dejar de verlo. Mi mente dice que me detenga, que mire hacia cualquier otro lado, pero otra parte quiere seguir haciéndolo, a pesar de que pueda quedar como una tonta. El sujeto me ve como si no hubiese nada más importante que el estar delante de él. No dice nada, solo me ve con una fina línea en su sonrisa, tal vez con deseo, curiosidad, no lo sé. Sus ojos están tan encendidos que son capaces de derretir hasta la parte más helada de mi ser. Estoy completamente desnuda, sin nada que pueda cubrir lo que mis pensamientos están aflorando.

—Emma, tanto tiempo sin verte —habla al fin mi primo trayéndome de nuevo a la realidad—. No recuerdo el último funeral en el que nos vimos —dice divertido.

—¿Cómo estás? —digo saliendo de la especie de trance por el que pasé—. Oye, gracias por la copa, mi novio acaba de enfadarse, más de lo que ya estaba —digo aunque sé que no fue él el que me envió la champaña.

—Ah, no, no es a mí a quien tienes que darle las gracias —Ríe—, dáselas a Bruno —Por fin lo presenta—. Bruno, ella es mi prima, Emma. Emma, él es mi amigo, ¿qué digo?, hermano y

además socio.

—Hola, Bruno —lo saludo de palabra, aún de pie.

—Lo siento si te causé problemas, no se me ocurrió otra manera de llamar tu atención. El que tengas compañía no hizo más fáciles las cosas —se disculpa el amigo de mi primo.

—Emma —interrumpe Paul—, mi madre me contó que estabas sin empleo. Abriremos un nuevo local y nos gustaría que trabajases con nosotros.

—¿Quieres que trabaje para ti?

—Para nosotros —agrega Bruno.

—Oh, en realidad... Es que en realidad ya conseguí empleo.

—Vaya, qué lástima —dice mi primo—. Estábamos dispuestos a pagarte una suma considerable. El negocio de la joyería no es cualquier negocio, ¿sabes? Nos está yendo de maravilla. Apuesto a que a ti también te iría igual.

Muy tentador. La oferta es demasiado tentadora, lo admito. Supe por mi madre que Paul encontró algo que hacer con su vida, y a decir verdad no le creí mucho. Mi primo ha sido un holgazán desde que lo conozco, es difícil imaginárselo trabajando duro y todavía más que el esfuerzo le sea duradero y con buenos resultados. Pero al parecer estoy equivocada porque Paul parece ya no ser el mismo.

—Déjame pensarlo, ¿sí?

—Genial, espero tu respuesta —Sonríe.

¿Así que fue solo eso? ¿Bruno me envió una copa de champaña para que fuese a verlos? No es que haya esperado a que me hiciera algún tipo de invitación, pero algo quiso decirme cuando se excusó conmigo. Además, sería muy ridículo que todo hubiese sido solo para llamar mi atención como escuché. Es obvio que existen otras formas de ofrecermelo que no incluyan la escena en la que estuve frente a Daniel.

—¿Y bien? —mi novio pregunta antes de tomar la bebida que trajeron en mi ausencia.

—Mi primo quiere que trabaje para él —Suspiro, a ver si con eso le basta.

—¿Y qué le dijiste?

—Que lo iba a pensar —Tomo la copa olvidada.

—Si la paga es buena no hay mucho que pensar.

—Lo es —afirmo y luego veo cómo sus ojos se encienden.

—Entonces, ¿qué esperas?

—No lo sé. Acabo de empezar a trabajar, no puedo largarme así como así.

Estuve esperando tener un empleo como en el que estoy. El no haber completado mis estudios universitarios hace que sea lo mejor dentro de todo lo que puedo llegar a aspirar. A veces es realmente frustrante y me pregunto cómo sería mi vida si los horarios de trabajo, mis inseguridades de estar estudiando lo correcto o la falta de dinero no hubiesen interferido con mi carrera. Todo lo que puedo hacer ahora es aceptar el trayecto que tracé y seguir caminando hasta que encuentre la forma de arreglarlo todo. Si acepto la propuesta de Paul sé que nada de eso cambiará. Continuaría trabajando sin que la posibilidad de que regrese a la universidad siquiera se asome. Sin embargo, el dinero que ganaría tal vez podría hacer valer el sacrificio.

—Disculpen —menciona el camarero que hace minutos nos atendió.

Acto seguido el hombre deja un papel doblado sobre la mesa que va dirigido a mí. Lo miro de nuevo extrañada, la última vez que se acercó también me dejó sin habla. Lo abro y puedo leer: «La copa no tenía nada que ver con el empleo, llámame. Bruno.», su número telefónico está escrito al final de la hoja.

Este hombre leyó mis pensamientos. Pero ¿que lo llame?, ¿por qué habría de llamarlo?...

—¿Qué es? —Daniel me impide que acumule más preguntas.

—Paul. Olvidó darme su teléfono.

Sí, lo engañé sin mirarlo a la cara. ¿Cómo iba a explicarle que se trata de Bruno?

—Ah, ¿sí? ¿Tu primo o su amigo que lo acompaña? Enséñame el papel —Abre la palma de su mano para que se lo dé.

Me siento como una niña que acaba de ser descubierta haciendo algo malo, algo realmente malo. Solo se trata de un simple número de teléfono, eso es todo. Aun así no quiero mostrárselo, no puedo, se enfadaría más y acabaríamos peleando.

—No voy a dártelo —digo.

—Emma —Daniel golpea la superficie con su puño—, déjame verlo ahora mismo. ¿Quieres que me acerque a la mesa de donde has venido? ¿Eso quieres?

Va a montar otra de sus escenas, esas de las cuales luego de que también lo golpean yo alivio sus dolores con un paño de agua fría. Esas de las que entre gruñidos acepta lo escuchado y tras pedirme perdón se queda dormido con la cabeza apoyada sobre mis piernas olvidándose al día siguiente de la promesa que detesto oírle decir. Siempre asegura que no volverá a meterse en problemas, pero nunca lo cumple.

Conozco a Paul, no a su amigo, pero no dudo de que sea igual de pacifista. No responderían con agresiones a Daniel, lo sé. Aunque en estos momentos deseo que le den un buena paliza no lo harían por más que se los ruegue. De todas formas, quiero evitarme pasar por la vergüenza de tener que presenciar el pleito que mi novio está dispuesto a hacer. Así que enfadada arrojé el dinero de la cuenta sobre la mesa sin decir nada y me levanto antes de que presencie esta noche lo que es probable que suceda.

—Espera —oigo detrás mientras camino hacia la puerta.

Es la voz de mi novio que va tras de mí, la escucho después de que la mirada de Bruno me captive por completo una vez más. Dejó de hablar con Paul de nuevo al verme pasar entre las pistas. Juraría que estuvo a punto de levantarse de la mesa si Daniel no se hubiese adelantado.

—Lo siento, cariño —continúo escuchando a mis espaldas.

Me detengo para dar la vuelta. Daniel me toma de ambos brazos con intenciones de seguir disculpándose. Con sus manos aferradas fuerte a mis mejillas concentrándome nada más que en sus ojos, dejo que los buenos recuerdos que compartimos reluzcan en mi mente durante este momento en el que lo veo tan arrepentido, tan desesperado por obtener al menos una palabra de parte mía.

—No quise tratarte así. Es solo que... Eres solo mía. ¿Lo sabes?

¿Qué puedo responderle cuando ni siquiera estoy segura de amarlo como se supone? Claro que soy suya, no salgo con nadie más ni pienso en nadie más que no sea él. Pero el haberlo escuchado de su boca, el percibir de su ser el empeño con el que me aferra a su cuerpo me hace sentir como alguna especie de objeto que él solo puede poseer. Me hace sentir insegura, insegura de seguir queriendo acumular buenos recuerdos sobre la gran mayoría de malos que trato de olvidar.

Lo beso sintiéndome totalmente culpable porque lo hago sin desearlo. Finjo tanto como de seguro él desea acallar su incertidumbre a mi falta de diálogo. Fue lo único que se me ocurrió en este momento si no quería que el problema pasara a mayores. Era esto o mentirle diciéndole que su afirmación sobre mí era correspondida.

Daniel me suelta asombrado y me besa con más fuerza de la que mis labios le infundieron al tocarlo. Siento que me quita el aire del impulso con el que lo hace. Con mis manos alrededor de su rostro percibo que el suyo empieza a humedecerse. Entonces, me dejo sorprender por las lágrimas que corren de sus ojos. Él no suele llorar, ni siquiera en el funeral de su abuelo lo hizo.

¿Por qué lo hace ahora conmigo, en una situación que no lo amerita?

Me desprendo sin apartarme demasiado. Con la punta de mis dedos seco las últimas gotas que recorren su piel y me pregunto qué lo llevó a comportarse de esa manera. Está asustado, incluso tiembla. Llevamos no semanas, sino años juntos, y parece que todavía no lo conozco lo suficiente como para saber qué le ocurre.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí, sí —repito asintiendo con la cabeza.

Pero sé que no es cierto. Algo sucedió en su mente que lo hizo cambiar del enfado al llanto tan repentinamente. Tal vez el hecho de que jamás protesté de la manera en la que lo hice cuando arrojé el dinero sobre la mesa colaboró en ello. Quizás debería hacerlo más seguido si es que logra contener un poco sus arrebatos.

—Solo... volvamos —vuelve a decir.

Daniel pone su brazo alrededor de mi hombro con la cabeza puesta hacia abajo. A lo mejor está avergonzado por haberse enojado conmigo como lo hizo, o tal vez lo está porque por primera vez lo vi llorar sin que pueda hacer nada para evitarlo.

Bajo del taxi que tomamos y me despido con un beso, de esos que sabes que debes darlos si en realidad amas a quien tienes por pareja. Cierro la puerta del vehículo deseando evitar mirar atrás. Es probable que Daniel esté mirándome detrás del cristal como solo él sabe hacerlo; con aquellos ojos marrones infundidos de ternura y tan profundos como si pudieses adivinar lo que piensa aunque en verdad no lo hagas. No podría resistirlo, no podría resistir verlo considerando la posibilidad de que algún día lo abandone como lo estoy pensando.

Daniel golpea fuerte el vidrio esfumando en un instante todos mis pensamientos. Es una costumbre que antes de que nos separemos hacia nuestros respectivos hogares nos despedamos a distancia una segunda vez. Viéndome obligada a dar la vuelta lo saludo haciéndole un breve gesto con la mano y echo a correr antes de que la baja temperatura me hiele todavía más los pies, antes de que su rostro afligido se introduzca en mi mente y me acose durante mis intentos de poder dormirme.

Entro en la casa intentando hacer el menor ruido posible. A estas horas mi madre está durmiendo. No quiero despertarla después de que cada mañana se levanta a trabajar cuando el sol apenas está saliendo. Cubriéndome de la oscuridad que llena la sala alcanzo a ver el breve reflejo de la luna sobre el suelo que voy pisando. De camino a mi habitación noto un sonido que se diferencia por encima del timbre urbano que suele escucharse, incluso por las noches. Incapaz de poder ver más allá de lo que el panorama me permite visualizar, el sonido vuelve a intensificarse resonando sobre el piso. No estoy sola. Giro a mi izquierda. Una sombra sigilosa avanza en mi dirección sin que pueda distinguir siquiera su sexo. Mi corazón comienza a palpar tan fuerte que siento que estallará dentro de mis oídos si no logro salir pronto de aquí. A toda prisa corro tratando de no tropezarme con nada que me haga daño. Palpo las paredes a punto de gritar cuando la mano del individuo tapa mi boca sujetándome hacia atrás.

Con todas las fuerzas que tengo intento desprenderme de sus brazos que aparentan no ser demasiado fuertes. Las interrogativas de cómo estará mi madre rondan por mi mente sin que sean contestadas. Debo admitir que estoy más preocupada por ella que por mí, es decir, ¿qué sucedería si algo malo me pasa? No puedo dejarla sola a la intemperie si a mi hermano por más que esté enferma no le importa lo que ocurra con su vida. Si no ayudo a pagar las deudas que tenemos en nuestra larga cuenta de préstamos mi madre acabará en la calle, sola, sin nadie que la ayude. Sacudo mi cabeza desechando todo aquello que pienso. La sombra deja de resistirse a mis intentos de escabullirme y abre los brazos de par en par para liberarme.

—Eres una idiota. ¿Cómo se te ocurre hacer algo así? —digo al darme cuenta de que se trata de Neena.

—Estaba aburrida y enfadada, además —responde la muy cínica—. ¿Acaso no vas a preguntarme el motivo?

—No me interesa tu vida en lo absoluto —menciono encendiendo el interruptor.

—Pues debería porque has de saber que me debes un vestido nuevo, ¿oíste? —Apunta su dedo hacia mí.

—El vestido que creías que era tuyo era mío, yo misma me lo compré.

—Deja de mentir. Dylan me lo obsequió a mí. ¿Por qué lo echaste a perder?

—Abre los ojos y mira con quién te has metido —Conociendo a Dylan por un momento Neena me da pena—. Vales tanto para mi hermano que te regaló algo usado —Oh, tal vez no debí haber dicho eso.

—¡No eres más que una santurróna llena de envidia, eso es lo que eres!

Creí que iba a abofetearme, es lo único que me falta; que la amante en turno de mi hermano ponga sus sucios dedos de cocaína sobre mi rostro. Porque aunque niegue con total seguridad que nunca en la vida consumió droga, como en una ocasión afirmó frente a mi madre, sé que miente. Yo misma tuve el desagrado de verla un fin de semana junto a Dylan en estado de completa euforia. No olvidaré aquella primera vez en la que vi sus ojos enrojecidos, repletos de fantasía, al pasar por la puerta abierta de la habitación donde mi hermano reía sin cesar. Desde entonces, las risas por las madrugadas y los golpes sobre las paredes se convirtieron en algo usual.

Claro que Dylan de ningún modo ha sido un vivo ejemplo a seguir desde que tengo memoria. Aun así, que sea capaz de someterse cada vez más al consumo de sustancias como puedo notar a diferencia de mi madre, que se rehúsa a aceptar lo que su hijo hace oculto por las noches, es algo que siendo honesta no lo imaginé ni en mis más oscuros pensamientos.

Neena me da la espalda tratando de contener toda la furia que su rostro emana. En un instante todos sus esfuerzos por guardar la violencia que su cuerpo urge desatar se esfuman y levanta su brazo en alto contra mí para pegarme tal y como lo imaginé. Antes de que el golpe aterrice sobre mi mejilla tomo fuerte su mano en el aire con la intención de no soltarla hasta que escuche lo que tengo para decirle.

—Ponme un solo dedo encima y juro que llamo a la policía para que venga por ti y tus porquerías.

—Atrévete a hacerlo si tienes el coraje suficiente.

Camino segura hacia la pequeña mesa de madera en la que se encuentra el viejo teléfono. Escucho los pasos de Neena siguiéndome detrás sin decirme nada, lo que me resulta extraño, tal vez esté pensando alguna especie de disculpa para que me detenga. A punto de marcar giro para verla, pero no está; desapareció como un fantasma sin que lo note.

—¿Qué estás haciendo, Emma? Suelta ese teléfono —ordena la voz de Dylan acercándose a mí.

Alzo la cabeza asombrada, su novia lo llamó para que interviniera.

—Tú no vas a decirme lo que puedo o debo dejar de hacer —respondo todavía sin marcar.

—Cuelga, te digo —exige de nuevo.

—No lo voy a hacer, Neena se marchará de aquí ahora mismo. Tú puedes hacer lo mismo si quieres.

—¡Te he dicho que lo sueltes, maldita sea!

El teléfono acaba cayéndose al suelo de la patada que mi hermano pega sobre la mesa. Del susto grito chocando mi espalda contra la pared. Dylan toma el artefacto desconectándolo con

furia y lo atrae hacia mí maldiciéndome a toda voz.

—¿Qué rayos crees que estás haciendo?! —grito con más valor. Sé que no me hará daño, nunca me lo ha hecho.

En un segundo entreveo los ojos de mi madre que aparecen en la sala. Agitada lleva su mano al corazón. Le ha causado dolor vernos pelear así.

—Mamá, oh, cielos —Hago a mi hermano a un lado.

Dylan se aparta paralizado sin ningún tipo de objeción mientras Neena aparece con cara de asombro.

—¿Qué haces ahí parado? —Guío en brazos a mi madre hacia el sofá para que se siente—. ¡Llama a una ambulancia! ¡Ahora!

—¿Estás contenta? Mira lo que has logrado —dice Neena.

—Cierra la boca.

Quiero decirle tantas cosas, sin embargo por el momento decido callarme. Estoy junto a mi madre y no quiero que otra pelea pueda afectarla. ¿Cómo es que Neena tiene ánimos de seguir buscando pleitos en una situación como esta? Todo se debe a ella. La única responsable de lo que le está ocurriendo a mi madre es nada más ni nada menos que ella misma. Si no le hubiese reclamado a mi hermano para que se interpusiera entre nosotras él no se habría enfadado, no habría tratado de golpearme, mi madre no lo habría visto y nada de esto estaría pasando.

—Descuida —le repito a mi madre—. Estarás bien.

Nada me daría más gusto que creerme lo que mis palabras están diciendo.

Neena se apresura a hurgar su bolso que está sobre la mesa que rodea el juego de sillones, debe estar buscando su móvil. Se la ve preocupada aunque dudo realmente cuánto pueda importarle la salud de mi madre. Dando vueltas marca el número de emergencias.

Luego de unos minutos un par de enfermeros toca la puerta con la camilla lista para trasladar a mi madre. Ingresan en la casa a toda prisa, no hacen preguntas, enseguida notan que quien necesita ayuda urgente es la única mujer con la cabeza inclinada sobre el sofá que parece estar a punto de desvanecerse.

Con cuidado suben sobre la camilla a mi madre que con su mirada suplica mi presencia. Sus ojos me dicen que me aferre a su mano sin que la suelte. Está asustada al igual que yo. Teme abandonarme y yo a ella. Sé que algún día morirá, tal vez antes que yo, pero no quiero imaginarlo, mucho menos de esta forma; la rabia me aniquilaría por completo.

Aprieto fuerte su mano para hacerle saber que estoy con ella, que nada malo le sucederá. Mi madre asiente con la cabeza cuando empezamos a salir. Todavía con la mano aferrada sigo el paso de los enfermeros hacia la ambulancia sin perderles el ritmo que llevan. Las puertas están abiertas de par en par esperando que lleguemos.

—¿Nos acompaña usted sola? —me pregunta uno de los individuos subiendo la camilla al vehículo.

Giro para buscar a Dylan, el infeliz seguramente se quedó adentro.

—Sí —respondo al sujeto—. Iré sola.

Al llegar al hospital acompaño a mi madre por un extenso corredor. Por un instante creo que los enfermeros no se percatarán en dejarme pasar más allá de lo permitido. Pero llegado el momento, como era de esperarse, me detienen con la palma de su mano y entre otras cosas me piden que tenga paciencia. Sin otra alternativa me veo forzada a ir en busca de los incómodos asientos de plástico que aguardan por mí en la inquieta sección de espera.

Odio los hospitales. Ver a la gente enferma de un lado a otro, personas muriendo poco a poco sin ninguna esperanza, otros llorando por ellas a escondidas en el patio mientras fuman un cigarrillo que calme sus nervios, no, es algo que no quiero ver. Durante un período cuando era niña solo los visitaba por algún malestar nada fuera de lo normal, pero desde que mi padre enfermó cuando tenía cinco años comencé a concurrir precisamente a este hospital cada vez más seguido. El estar de nuevo aquí hace que en mi mente los recuerdos de esa época renazcan de las paredes. Pareciera como si el tiempo no hubiese transcurrido ni un solo día.

Recuerdo cómo solía infiltrarme por los pasillos de cuidados intensivos para ver sonreír a mi padre. Solo me dejaban hacerlo día por medio, así que mientras me guardaba las ansias de poder darle un abrazo. Incluso me acuerdo que frecuentaba ocultarme en el baño de la habitación cuando algún personal médico llegaba para revisar su estado de salud. Todo aparece de nuevo como si se tratase de una cinta cinematográfica donde una niña camina ilusionada en visitar una vez más a su padre que sufre de cáncer.

Una tarde de diciembre cuando la víspera de Navidad se acercaba nos permitieron a mi madre, a mi hermano y a mí celebrar la festividad con él. Nos pusimos nuestras mejores ropas, llevamos la cena que todos habíamos preparado junto a los dulces que esa noche comeríamos. Al llegar a su habitación uno de los doctores a cargo salió para decirle algo a mi madre que no logré escuchar bien. Yo tiraba de su vestido pidiéndole que me cuente lo que le estaban diciendo, pero ella no me respondía. Solo agachó su cabeza con lágrimas en los ojos, se puso sobre sus pies acariciándonos a mi hermano y a mí el rostro y dijo con pena: «Hijitos, papá se ha ido». Habíamos ido a verlo. Esperaba que su sonrisa brillara dentro mío cuando entrara, que su abrazo me diera fuerzas para esperar a que regrese a casa, pero jamás sucedió.

Ahora la situación es diferente, lo sé. Mi madre no está enferma como mi padre lo estuvo, pero sufrió una descompensación que le fue difícil de resistir como en otras ocasiones, frente a un disgusto, su corazón pudo hacerlo. La idea de poder llegar a perderla a ella también se clava dentro de mí como un cuchillo, no puedo evitar echarme a llorar.

Con la oscuridad que mis manos ofrecen trato de reprimir cada emoción. Ocultar mi rostro no me está siendo de gran ayuda. Pienso en levantarme para que nadie me vea llorando. No quiero dar lástima a cuanta persona pase por enfrente. Sin imaginarlo una mano en el hombro me detiene y me obliga a que abra los ojos.

—Tranquila, todo estará bien.

Levanto la cabeza. Su voz.

—¿Cómo te encuentras? —vuelve a decir.

¿Qué rayos? ¿Qué está haciendo él aquí? ¿Cómo se enteró de lo sucedido?

—Bruno —alcanzo a decir.

—Vaya, te acuerdas mi nombre.

¿Cómo no recordarlo? Hace tan solo un par de horas sus ojos me deslumbraron como ahora amenazan con hacerlo de nuevo.

—¿Quieres un poco de café? —sigue diciendo y me ofrece el vaso de tergopol que lleva entre las manos.

—Preferiría algo más fuerte —contesto secándome los últimos rastros de mi pena.

—Esto es todo lo que tengo.

Incluso en un momento como este por un instante su sonrisa logra sacarme fuera de todo lo que ocurre dentro de mi mente.

—Bien. Gracias —Acepto—. ¿Cómo supiste dónde estaba? —interrogo y bebo un sorbo.

—Tu hermano llamó a Paul para que pase a buscarlo y nos contó lo sucedido.

¿Paul? No tenía idea de que Dylan y él se hablaban. La última vez que los vi juntos fue hace años en el cumpleaños de mi tía. Ninguno de los dos se mostró demasiado interesado en entablar una conversación entre sí. Tal vez después de tanto tiempo decidieron retomar el contacto que desde la adolescencia habían perdido. Pobre de Paul, no tiene idea de quién es mi hermano ahora.

—Entiendo. ¿Y dónde está mi primo?

No es que no quiera su compañía, en verdad, la necesito, pero el hecho de estar solos en medio de una situación bastante personal me resulta incómodo, apenas sé su nombre. Aunque eso habla de la buena voluntad que ligado a Paul tiene en querer acompañarme en esta circunstancia lamentable.

—Tratando de calmar a tu hermano. Durante el viaje —Hace una pausa—... digamos que se puso un poco pesado.

—¿Vinieron solo ustedes tres? —digo con la ilusión de librarme de la presencia de Neena. Un pleito más y terminaré arrojándole el próximo café en la cara.

—No, su novia nos acompaña también.

Diablos.

—¿Sucede algo?

—No, es solo que quisiera pasar el resto de la noche en paz y su presencia es un fastidio.

—Oh, lo lamento —dice como si tuviese la culpa.

De manera repentina los dos desviamos nuestra atención hacia el corredor. Comenzamos a escuchar gritos que se acercan hacia nosotros. Debieron de alarmar a casi todo el hospital porque una de las enfermeras sale a toda prisa de una de las habitaciones directo a su encuentro. Todavía no vemos quién es el desconsiderado en estar haciendo tanto escándalo, pero yo creo suponerlo.

Tal como lo imaginé Dylan aparece rodeado a Neena que trata de hacerle beber algo caliente. Giro para ver a Bruno. ¿A esto se refería con que se puso un poco pesado? Dylan está fuera de sí, alcoholizado o quizás drogado. La enfermera va discutiendo detrás con Paul que le asegura que no causarán más problemas, según alcanzo a oír a medida que se acercan a donde estamos sentados.

—¿Sucede algo? —dice molesto mi hermano luego de notar que no separamos nuestra vista del espectáculo que dio.

De inmediato sus ojos se encuentran con los míos que también están llenos de enfado. Quiero gritarle peor de lo que él estuvo gritando al llegar, pero me contengo. Respiro profundo y decido responderle de la forma más sutil.

—Sí, sucede algo. No puedes llegar en el estado en el que estás, estamos en medio de un hospital, ¿lo sabes?

Tal vez el efecto de lo que sea que haya consumido se lo hizo olvidar.

—Deberías relajarte un poco —dice.

—Tú deberías comportarte como el adulto que se supone que eres.

—¡Y tú deberías cerrar la boca! —comienza a gritar de nuevo.

—Dylan, ¿por qué no te tranquilizas? —sugiere Paul pasándole el vaso de Neena—. Vamos. Bébete el café.

—¡No quiero tomar el maldito café! —grita arrojando la bebida al suelo—. ¡Quiero ver a mi madre!, ¿dónde está?!

—Por favor, no armes otro lío o nos correrán a todos —mi primo trata de persuadirlo.

La escena que presencio parece ser el retrato perfecto de los berrinches que Dylan solía hacer de pequeño, pero a diferencia de aquella edad en la cual podía contestar cómo quisiera a lo que le disgustara, ahora mi hermano es un hombre con la capacidad de asumir la situación que por nuestra madre ambos estamos atravesando. Actúa como si hubiésemos regresado en el tiempo, como si sus años no le hubieran dado la madurez necesaria para afrontar este hecho. Eso es lo que sus golosinas, como una vez oí que las llamaba, le provocan.

—¿Familiares de la Sra. Sarah Kisilev? —escucho detrás.

Me levanto del asiento guiándome por la voz que le da forma al doctor que nos busca con la mirada. Lo encuentro. El hombre de gafas se halla de pie sobre el otro lado del corredor esperando con un par de papeles en la mano a que alguien se acerque.

El resto, al igual que yo, se apresura en aproximarse hacia el sujeto que pese a que la distancia que nos separa no es tan lejana se ve impaciente por la tardanza que tratamos de evitar.

—Soy su hija. ¿Cómo está mi madre? ¿Está bien? ¿Puedo verla?

—Lamentablemente...

Oh, no, por favor, que no concluya sus palabras con lo que temo que diga.

—La paciente no podrá recibir visitas hasta dentro de un par de horas. Logramos estabilizarla, pero aún estamos realizándole otros estudios para asegurarnos de que todo marche igual...

—¿Quiere decir que ya está bien? —interrumpe mi hermano.

—No podría garantizárselo, eso dependerá del estado de su evolución. Pero tengan por seguro que ante cualquier irregularidad que pueda surgir en el transcurso de esta madrugada se los haremos saber. Disculpen —Se despide.

—Emma, tú tienes que ir a trabajar, ¿cierto? ¿Por qué no intentas descansar? —propone Paul—. Te llevaré a casa para que duermas, luego volveré para quedarme con Dylan. Si algo sucede te llamo al móvil, ¿de acuerdo?

Permitir que mi hermano se quede con él sería ilógico. Dylan no tiene idea de lo que podría necesitar mi madre en caso de que algo le llegara a ocurrir. Además, no creo que cuente con el entendimiento suficiente como para decidir sin que uno de sus nervios se altere. La única que podría llegar a tomar una decisión sería yo. No me hará daño si me quedo despierta un par de horas más.

—No, tú también debes ir a trabajar —respondo a modo de excusa. Después de lo que están haciendo por nosotros no quiero que se ofenda.

—Créeme que puedo arreglármelas con Bruno. Hazme caso, ve a descansar —insiste.

—No, Paul, no. Me quedaré aquí, no podría irme tranquila sabiendo que mi madre está en un hospital. De todas formas, no conseguiría conciliar el sueño, lo digo en serio —trato de convencerlo.

—¿Estás segura? —dice Bruno.

—Sí, no se preocupen. Les agradezco por la compañía que nos han dado, realmente no la esperaba. Lo más probable es que tengan cosas que atender mañana, pueden irse tranquilos, estaremos bien.

—Si no te molesta, preferiría quedarme —menciona Paul.

—Bien, pero solo un rato más y luego se irán, ¿de acuerdo? No sería justo que descuidaran su trabajo.

—Y tú el tuyo —protesta mi primo.

Suspiro. Paul tiene razón, pero me presentaré en la tienda por la mañana, no hay dudas de eso. Tal vez antes de mi horario de entrada los médicos ya nos aseguraren que mi madre está bien y no haga falta que Dylan se quede hasta que yo regrese al hospital.

Las horas que restaron lograron aumentar más la incertidumbre que corría dentro de mí. En todo tiempo Bruno se mantuvo a mi lado, conversando, tratando de hacerme reír, un par de veces lo logró. Paul, Dylan y Neena salieron a comer algo en la cafetería situada cruzando la calle. Me insistieron en que los acompañe, pero creí que lo mejor sería quedarme aquí; sentada en estas sillas de plástico que están acabando con mi espalda. La única razón de no haber ido no fue solo por el hecho de estar pendiente de lo que ocurra con mi madre, sino también por liberarme al menos unos minutos de mi hermano y su novia. Además, a pesar de todo, con Bruno no la estoy pasando mal, tanto así que comienzo a sentirme culpable; culpable por estar riendo junto a él cuando no sé qué sucederá con mi madre.

Al mirar el reloj colgado de la pared que tengo en frente recuerdo que en una hora debo estar en el local donde trabajo. Al parecer todo marcha igual. Mi madre no ha tenido ningún problema hasta el momento. En caso contrario el médico con quien hablamos me hubiese dicho algo.

—¿Te vas? —pregunta Bruno.

Tomo mis cosas. Ruego que Dylan se quede aquí hasta que yo vuelva, aunque todavía no lo vi regresar con los demás.

—Sí, no quiero que mi jefe se moleste si llego tarde. ¿Podrías pedirle a mi hermano cuando regrese que espere a que vuelva?

—Claro. ¿Quieres que te lleve?

—No. Ya los importuné demasiado.

—Que no es ninguna molestia. Vamos, le pediré las llaves a Paul.

Me acerco para despedirlo negando con mi cabeza su proposición. No alcanzo a besar su mejilla cuando mi vista se aparta alarmada hacia el doctor que corre directo a la habitación donde está mi madre.

—¿Qué sucede? —dice Bruno sorprendido por mi actitud.

Me apresuro en llegar a la puerta. Debo alcanzar al hombre antes de que entre. Necesito saber qué está ocurriendo. ¿Por qué se apresura tanto en ingresar? No, no lo sé, pero lo intuyo, y lo que imagino no es nada bueno. Me acerco hasta el doctor que sin notarlo acaba cerrándome la puerta casi en la cara. Dudo en tocar para que me abra. Lo más probable es que esté atendiendo la salud de mi madre. No voy a interferir en ello. Apoyo mi espalda contra la pared para hacerme a un costado y espero que alguien salga para preguntar por ella. Tienen que darme una explicación.

—¿Pasó algo? —La voz de Dylan me hace levantar la cabeza.

—No lo sé...

—Tu madre morirá algún día de todas formas —menciona Neena abrazada a mi hermano.

—¿Qué? —respondo esperando haber mal interpretado lo que escuché, o al menos recibir una disculpa por lo dicho en tan inoportuna situación.

—Que algún día va a morir, ¿o estoy equivocada? —afirma orgullosa.

Vaya deducción.

Dylan la observa asombrado por su comentario, pero no dice nada. Mis ojos se encuentran con los de Bruno que se reúne con nosotros. Por un instante siento que su mirada se hace partícipe de lo que ocurre en mi mente por haber escuchado esas palabras. Me dice que me contenga, que

mantenga la calma, que nada de lo que pueda contestarle a esa idiota vale verdaderamente la pena, pero esta vez no puedo hacer lo que me pide.

—¿Cómo se te ocurre decir una cosa así?! ¿No te das cuenta de cómo me siento?! ¡Que a Dylan parezca importarle poco y nada lo que tengas para decir de nuestra madre no significa que conmigo sea igual!

—Oye, baja el tono —interviene mi hermano.

Qué ironía, ahora soy yo la que está gritando.

—¡No lo voy a hacer! ¿No la has oído?!, ¿o no tienes el valor suficiente para responderle?! ¡Haz que se largue!

—Tú no vas a darme órdenes a mí —dice Dylan.

—¡Que se largue!

—Emma, Emma —repite Bruno intentando apartarme lejos de la discusión.

No sé por qué dejo que con sus brazos me conduzca hacia afuera. Tal vez porque sé que si decidía continuar con la discusión yo iba a ser la única perjudicada. Lo más probable era que si alguien nos veía pelear me relacionara de manera inmediata con Dylan por el incidente que causó. No quería que eso pase, terminaría afuera del hospital sin enterarme de lo que está sucediendo.

Cruzamos el corredor hacia un patio. La claridad del sol ilumina desde lo alto el espacio cerrado repleto de plantas. Los minutos transcurrieron sin que pueda detenerlos. Con lo acontecido hace un momento no me di cuenta del paso del tiempo. Debo estar en la tienda en menos de media hora. Al sentarnos en el banco de hierro busco mi teléfono en el interior del bolsillo de mi bolsa para avisar que llegaré tarde, pero no está, rayos, lo debí de haber olvidado. Ahora que lo recuerdo bien tampoco lo llevé a mi encuentro con Daniel. No tengo otra alternativa que pedirle el suyo a Bruno o usar el teléfono público para que Raffaello no me reprenda en mi segunda semana de empleo. El viejo que aparentó ser amigable es bastante malhumorado.

—Olvidé mi móvil en casa, ¿podrías prestarme el tuyo?

—Sí, claro, ten. ¿Todo en orden?

Siempre tan atento, me pregunto si con todos es igual.

—Sí. Llamaré a mi jefe para avisarle que llegaré más tarde —digo marcando el número.

—¿Hola? —Raffaello contesta desde el otro lado un tanto molesto, según puedo notar. Su voz aún está ronca.

—Señor, soy Emma.

—¿Emma? —pregunta sorprendido—. ¿Qué sucede?

—Llamaba para decirle que estoy retrasada.

Que no se enfade, que no se enfade, ruego.

—¿Cómo retrasada? —Hace una pausa—. ¿Quién atenderá el negocio hoy entonces?

—Yo lo haré, he tenido un inconveniente con mi madre y estoy en el hospital, pero llegaré en menos de una hora.

—No, Emma, no puedes llamarme cuando la tienda en minutos debería de estar abriendo. ¿Te das cuenta de eso?

—Lo siento, yo...

Trato de discúlpame, pero no hay mucho que pueda decir. Me distraje, sí, no en cosas inútiles, sino porque me inquietó ver al doctor corriendo hacia la habitación de mi madre. Por eso olvidé tomar el autobús antes o llamar como acabo de hacerlo.

—No puedo quedarme a esperar a que llegues, tengo cosas importantes que hacer. Creí que eras alguien responsable —dice Raffaello.

—Dígame dónde estará y pasaré a buscar la llave.

—No, será imposible que lo hagas. Estaré fuera de la ciudad. Déjalo así, abriré el local por la tarde y espero encontrarte allí.

—Sí, señor —menciono antes de que cuelgue.

Pudo haber sido peor. Por un minuto temí que fuera a despedirme. Lo creo tan impredecible que no supe qué esperar con exactitud de él. Pero luego de esta incómoda conversación después de todo tengo la mañana libre, el viejo no tuvo otra opción que dármela.

—¿Y bien? —dice Bruno.

—Iré a trabajar por la tarde.

—Eso nos da tiempo de poder ir a comer algo juntos, muero de hambre.

—Yo también —digo levantándome del banco—. El olor de la cocina desde aquí no ayuda mucho. Solo déjame saber antes cómo está mi madre.

—Por supuesto. ¿Sabes?, conozco una excelente cafetería cerca de aquí a la que solía venir antes, hacen unos *waffles* estupendos.

Sé que es totalmente un extraño para mí. Lo único que conozco es su nombre y que es amigo de Paul, pero de alguna manera me atrae la idea de no saber más de lo que me mostró hasta hoy; su sonrisa, su amabilidad, la forma en la que todo el tiempo me trata sin saber yo por qué en realidad lo hace. Quizás la idea de su caballerosidad es tan perfecta en mi cabeza que temo que algo que pueda hacer o decirme lo arruine. ¿Acaso le importa cómo me siento? Comienzo a creer que sí, pero ¿por qué? ¿Qué hay en mí que lo haga comportarse de esa manera? Soy una chica similar al resto, con cientos de problemas y nada más para ofrecerle que la vida complicada que estoy viviendo. Tal vez lo que busca en mí es una simple aventura, debe de ser eso. Pero se equivoca conmigo, yo no soy esa clase de chicas. Mis sentimientos son muy frágiles como para ese tipo de juegos. Si todos sus buenos tratos son por eso está perdiendo su tiempo. ¿En qué diablos estoy pensando? Por supuesto que me quiere en su cama, pero ¿cómo puede pensar que voy a rendirme ante sus encantos en un momento como este? Me siento tan estúpida. Debí saberlo, no debí aceptar ir a desayunar con él. Va a creer que estoy dispuesta a jugar su misma partida y no es así, además, tengo novio. A pesar de que no pienso pasar el resto de mi vida con Daniel, merece respeto. Ambos estamos en una relación, no sería justo arrojar todo a la basura por algo sin sentido. Hablamos de años, no días, años de pareja.

4

—Mierda, ¿en qué estoy pensando? —exclamo en voz alta sin darme cuenta.

—Disculpa, ¿dijiste algo? —dice Bruno a la par mientras salimos hacia el corredor.

—No, escucha. ¿Bruno? Ese es tu nombre, ¿cierto?

—Sí —responde asombrado.

Es obvio que yo no olvidé su nombre.

—Si no te importa voy a quedarme en la sala de espera.

—¿Qué sucedió con nuestro desayuno?

Pues se fue al diablo en el momento en el que me di cuenta de que solo quieres acostarte conmigo...

—Comeremos aquí si quieres y luego si todo está bien iré a casa a descansar —acallo mi voz interna.

—Muy bien, si así lo prefieres puedo llevarte a casa.

—No, gracias.

¿Eso sonó muy grosero? ¿Por qué me importa? Yo solo soy una más en su lista de mujeres que seguramente debe de ser bastante larga. Es atractivo, lo acepto. La profundidad de sus ojos le da ese toque de misterio que sientes ansias de revelar. Su sonrisa es simple, pero cautivadora. Cada vez que al pensar se lleva sus dedos a la boca no puedo hacer otra cosa más que suspirar y desear aferrar su mano para que roce mis labios de manera lenta y suave al mismo tiempo. Sin embargo, la idea de que podamos estar juntos es inconcebible. Jamás estaría conmigo por amor. Si es capaz de atreverse a llamar mi atención como lo hace, y vaya que lo logra, nada me asegura que pueda volver a hacerlo con cualquier otra muchacha a la que también le guste. Las relaciones de encuentros pasajeros por llamarlo de cierto modo no es lo mío. No me considero una eterna romántica, pero tampoco estoy dispuesta a que mi corazón juegue con esa especie de fuego y termine quemándose.

—Paul, ¿dónde estabas? —menciono al chocarme accidentalmente con él.

—He tenido que ir a correr el automóvil. Los estaba buscando.

—¿Qué ocurre? —dice Bruno.

—Emma, tu madre está mejor. El médico acaba de contarnos un poco qué fue lo que pasó. ¿Nos perdonarías si nos fuéramos ahora? Ha surgido un problema en uno de nuestros talleres, nada grave, pero debemos irnos cuanto antes.

—Claro, Paul, ya han hecho demasiado con acompañarme toda la noche. Despreocúpate, estaré bien.

—Bien, me alegra escuchar eso. Llámame por cualquier cosa. Adiós —Se despide con un beso.

Bruno gira para saludarme. Pone su mirada en mí, creo que está convencido de lo que va a decirme.

—Volveremos a vernos —susurra a mi oído.

¿Cuándo?, me pregunto. ¿Cuándo volveré a verlo?

Asiento con la cabeza y lo veo desaparecer junto a mi primo en dirección a la salida. Me susurró al oído, me dijo que volveré a verlo. Me gustaría saber bajo qué circunstancias y en carácter de qué. Al parecer no le importa que esté con Daniel. Recordándolo bien tampoco le dio

importancia la vez que me invitó la copa de champaña. Pero a mí sí me importa. Me importa no herir los sentimientos de quien está acompañándome conmigo desde hace tanto tiempo. Estoy segura de que mi novio me ama. A pesar de que no le correspondo de igual manera, no sería capaz de abandonarlo. Necesito estar con alguien que me dé estabilidad y Daniel es hoy ese alguien. Bruno solo es un niño con ganas de jugar a ser novios, eso es todo.

Llego a la puerta de la habitación. Una de las enfermeras, cuyo rostro recuerdo haber visto antes cuando fueron a mi casa en busca de mi madre, se detiene antes de seguir su paso. Me explica el estado de salud en el que mi madre ingresó en el hospital y cómo lograron durante la madrugada impedirle un posible infarto.

—Tendrá que consentir mucho a su madre cuando salga —dice la enfermera.

—No dude de que lo haré. ¿Cree que tenga que estar aquí mucho tiempo más?

—Un par de horas, sí —afirma.

Cuando entro en la habitación mi madre tiene los ojos cerrados con la cabeza inclinada, al ver su rostro me doy cuenta de cuán cansado está su cuerpo. Al sentarme a su lado con cuidado acaricio su mano, la percibo un poco fría. La enfermera que me acompaña cambia el suero que le están dando, después se marcha y nos deja solas. No tengo intenciones de despertarla. El solo hecho de mantener mi mano sobre la suya hace que de alguna forma me sienta conectada a ella. Ojalá pudiese haberle evitado este sufrimiento pero ¿qué habría podido hacer?

—¿Cómo estás? —Mi madre me sorprende en medio del silencio.

—¿Cómo estás tú? —le respondo asombrada por su pregunta. La que fue intervenida es ella, no yo.

—Correré a Dylan —dice apenada.

—No hagas promesas que no cumplirás luego.

Nunca sentí algún desprecio hacia mí de su parte, pero puedo decir que como la gran mayoría de madres de varones que conozco tiene una preferencia por Dylan que le es imposible de ocultar. No entiendo bien por qué. Quien está siempre a su lado ayudándole con las tareas de la casa, asegurándose de que su salud esté bien, confiándole sus pensamientos soy yo. Con decir que mi hermano ni siquiera está presente acompañándola como debe es más que suficiente para dejar en claro el trato con el que le responde a su cariño.

—Yo... Lo lamento tanto —Sus lágrimas inundan su rostro.

—No tienes nada que lamentar, no fue tu culpa —trato de tranquilizarla.

—¿Te duele?

—Estoy bien, Dylan no llegó a golpearme —Sonrío para cambiar el tema de la conversación —. En un par de horas podremos irnos a casa.

—Has pasado toda la noche aquí, ¿no es cierto? ¿Has comido algo? —vuelve a preguntar luego de que asienta con la cabeza.

—Iré a comprar algo. ¿Qué quieres que te traiga?

—Acabo de desayunar —Señala la bandeja que está sobre la mesa junto a su cama—. De todas formas, tal vez me den una dieta...

—Está bien, esperaremos a ver qué dice el doctor sobre lo que puedes comer.

Recuerdo cómo acompañaba a mi madre a llevarle las comidas diarias al hospital a mi padre para que se alimentara más a gusto, para que recobrara las fuerzas que a través de su delgadez veíamos que estaba perdiendo. Antes de que mis pensamientos se enreden más en el pasado salgo de la habitación en busca de un café que me reanime. El mediodía se acerca y yo no he comido ni dormido.

Al cruzar la calle observo hacia ambos lados. No hay rastros de Dylan por ninguna parte, ni

dentro ni fuera del hospital. Llego a la cafetería y ordeno el menú más económico que tienen para llevar. Pregunto al empleado si por casualidad no vio a mi hermano de nuevo. El muchacho niega haberlo notado después de que se acercaron con Paul y Neena hace más de una hora. Me entrega el pedido en una bolsa de papel y regreso al hospital.

Dylan, además de humillarme para defender la palabra de su estúpida novia, al parecer no tiene intenciones de regresar. Antes de que Raffaello se enfade de nuevo conmigo me ocupo en llamar a casa de Daniel porque se quedó sin móvil. Si llegáramos a irnos más tarde del hospital él podría acompañar a mi madre a casa para que yo pueda estar a tiempo en la tienda. Dicen que está mejor, pero nada me garantiza que seguirá así si regresa sola a nuestro hogar. Desde el teléfono público la línea suena, aun así nadie atiende. Maldita tecnología, si no fuera por ella recordaría cada número al que podría llamar. Los tendría agendados en una libreta como la que mi abuela sacaba de su bolsa antes de marcar.

Para mi suerte la tarde llega junto con el alta que el médico decide que es prudente de dar. Los últimos exámenes que le hicieron a mi madre resultaron estar bien. En casa de Daniel nadie contestó la llamada. No sé el número de Paul, y el de Bruno por más que lo tenga anotado jamás lo marcaría. No tengo otra alternativa más que hacer enojar de nuevo al viejo cascarrabias cuando llegue tarde al local. Pero no será por mi culpa. Yo no controlo las directivas del doctor, mucho menos el tiempo.

—Tú deberías estar en la tienda ahora, ¿verdad? —pregunta mi madre cuando sale de la habitación.

—Sí, descuida, iré en cuanto lleguemos a casa, pero deberé dejarte sola si Dylan no está.

—No te preocupes, Emma. ¿Has llamado a tu jefe? No sea que esté esperando a que llegues.

No lo llamé porque temía que se enfadara más de como lo hizo la primera vez que le hablé. Prefiero explicarle en persona los detalles de todo lo sucedido. Tiene que entenderme, no creo que sea tan desconsiderado.

Cuando llegamos a casa después de haber tomado el autobús mi madre me despide rápido para que me vaya. Tomo las llaves, le ordeno que se quede en cama sin hacer nada hasta que vuelva y salgo corriendo.

La rabia hacia Dylan, la ansiedad de llegar al trabajo y la falta de sueño se complementan lo necesario para hacerme correr hasta la parada del bus. El día soleado que presencié con Bruno durante la mañana en el patio del hospital se esfumó, parece que en cualquier momento del cielo caerá una lluvia torrencial. Sigo corriendo. Tan solo falta una cuadra. Comienzo a quedarme sin aliento. El bus pasa a toda velocidad a pesar de que con un gesto le pedí que se detuviera. Espero que al sinvergüenza al menos se le pinche una rueda. El transporte iba medio vacío, tranquilamente pudo haberse detenido por mí.

Tuve que esperar más de media hora para que un bus pare a llevarme a la tienda. De seguro Raffaello debe estar ardiendo en llamas. Trato de desviar mi atención de lo que estoy pensando, tengo que concentrarme en qué le diré cuando lo vea. Respiro hondo y bajo del bus en medio de la lluvia. Camino un par de metros más bajo los techos de la acera para evitar mojarme y luego entro directo a la contienda rogando que no dure mucho.

—¡Vaya, hasta que apareces! —dice el viejo detrás del mostrador.

—Lo siento, no quise llegar tarde, pero...

—No quiero oír ninguna excusa más de ti —me detiene.

—No es ninguna excusa, déjeme explicarle, mi madre...

—Quiero que te vayas, ahora mismo.

—Pero ¿por qué?

—¿Todavía lo preguntas?! ¡Vamos, lárgate de aquí! ¡No eres más que una holgazana buena para nada!...

—¿De qué habla?

—Ya he conocido gente como tú, no podrán engañarme otra vez... —Raffaello sigue hablando sin parar.

—Déjeme hablar —suplico.

—¡Sal de aquí! ¡Vuelve a la parranda de la que te has escapado! ¡Aquí no tienes nada que hacer!

Estoy empezando a ponerme nerviosa, muy nerviosa. El viejo no me deja hablar, solo grita como si tuviese la verdad absoluta de todo. ¿Quién diablos se cree que es para hablarme de ese modo? Lo estoy tolerando bastante al escucharlo, ¿por qué? Lo más seguro es que no siga trabajando en este lugar. ¿Quizás debería hacerlo por respeto? El respeto me lo faltó él al decirme holgazana. Condenado viejo, si supiera que desde que mi padre murió estoy haciendo todo lo que puedo para salir del hoyo en el que estoy metida.

—¡Váyase al diablo! —grito arrojando al suelo un gran florero de porcelana que tenía al lado de la caja registradora.

Raffaello se queda con la boca abierta y no dice una palabra. Me voy riéndome por lo bajo. Al fin y al cabo tanto escándalo hizo y terminó mojando sus pantalones del susto.

Cruzo la avenida hacia la parada del bus mojándome a más no poder. Espero que el transporte no tarde en venir, pero sobre todo espero no enfermarme con lo propensa que suelo ser a los resfriados de invierno. No hay techo donde pueda resguardarme de la lluvia así que me quedo debajo de un edificio. Tengo frío y estoy sin trabajo, ¿quién sabe por cuánto? ¿Quién sabe por cuánto tiempo más soportaré vivir de esta forma? Quiero desaparecer aquí mismo, que el agua me esfume o calme mis nervios.

—¡Emma! —una voz grita a distancia—. ¡Espera!

No puede ser el viejo, ¿o sí? Tal vez se arrepintió de la forma en la que me trató y quiere que regrese. Giro para buscarlo con la mirada cuando el bus pasa de largo. Por la lluvia no puedo distinguirlo pero no es Raffaello, sino un sujeto que a mi derecha se acerca con un paraguas.

—Me has hecho perder el autobús, te lo agradezco —digo al reconocer su rostro.

—¿Cuál es el problema? —pregunta Bruno haciéndose el simpático aunque lo es.

Tú, tú eres el problema, tú y tus hermosos labios que quiero besarlos hasta que me quiten todo el aliento que respiro. ¿Qué estoy diciendo? ¿Cómo es posible que un hombre me haga perder los estribos de esta forma?

—No quiero sonar engreída, pero ¿acaso me estás siguiendo?

—Vaya, vaya.

—¿Qué? ¿Eso es todo lo que tienes para decirme?

—Ni que fueras la última gota del desierto, muñeca —Comienza a reír—. Mi local queda a una cuadra de aquí. Te vi pasar a lo lejos hace un rato antes de que el tiempo empeore.

—¿Y te quedaste esperando a que salga?

—Así es —Sonríe el muy cínico.

—Eso es raro.

—¿Te parece raro que quiera evitarte un resfriado, o peor, una gripa?

No, me parece dulce, pero no voy a confesarlo.

—Ven, te llevaré antes de que te sigas mojando —sigue diciendo.

Tengo dos opciones; uno: esperar a que el transporte vuelva a pasar dentro de media hora, posiblemente repleto de gente y que por lo tanto no quiera parar; o dos: que Bruno me lleve a casa

antes de que me enferme.

—¿Dónde está tu auto?

—Esa es mi chica.

Pone el paraguas cerca de mí. Aun así tengo que acercarme a él si no quiero que la lluvia me siga mojando mientras camino. Puedo sentir su perfume e incluso los latidos de mi corazón que suenan cada vez más fuerte. Al hablar Bruno mantiene su vista hacia adelante en dirección al vehículo que está estacionado frente a su tienda. Espero que no me encuentre mirándolo como una tonta, así que aparto mis ojos que por momentos lo observan seducidos por su voz.

—Espera —me detiene Bruno antes de que subamos.

Abre la puerta, espera a que me acomode en el asiento del acompañante y luego la cierra. Quiere impresionarme, pues bien, lo logró. El último gesto de caballerosidad que vi de Daniel fue en el bus cuando le cedió el asiento a una anciana.

—¿Quieres escuchar algo? —Enciende la radio luego de cerrar su puerta.

—Quiero secarme —respondo mirando lo mojada que estoy.

—Se me ocurren cientos de formas para solucionar eso. ¿A dónde vamos?

¿Qué? ¿Escuché bien lo que acaba de decirme?

—A mi casa —Disimulo no haber oído lo que dijo.

Tal vez me equivoqué en haber aceptado que me lleve. Tuve que haberme quedado esperando el bus a pesar de la lluvia. Quizás de esa forma le hubiera dejado en claro que «no quiero tener nada con él», y no me sentiría incómoda en medio de este excitante, pero indebido flirteo.

—Recuerdas que hay algo pendiente entre tú y yo, ¿cierto? —menciona tras el silencio surgido del rechazo a su comentario subido de tono, ese que nos acompañó hasta mitad de camino.

—No, ¿qué?

—Un desayuno que es intercambiable por un almuerzo, merienda o cena. ¿Qué prefieres?

A ti, dice una voz en mi cabeza.

—Sabes que tengo novio.

—¿Sí? No lo he visto por ningún lado, en especial ayer.

—Eso no tiene importancia.

—Claro que la tiene. ¿Cómo puedes llamarlo «novio» si no está cuando más lo necesitas?

—No le avisé que estaba en el hospital.

—Otro motivo más: si en realidad dices que es tu novio lo hubieras buscado.

—No voy a discutir eso contigo —Suspiro.

—Bien porque a mí no me importa hacerlo... yo solo quiero estar contigo.

—¿Por qué?

—Porque me gustas, Emma, ¿o no te has dado cuenta?

No esperé oír eso o quizás sí. Quizás quería escucharlo pero tenía miedo de que mi deseo se hiciera realidad, de que este hombre me quisiera aunque solo fuese a jugar con mi corazón por un rato. Sus palabras que endulzan mis oídos me están envolviendo cada vez más en una posición de la cual no quiero escapar. Cada minuto que paso a su lado, quiero negarlo, es tan placentero que hace que el resto del mundo desaparezca.

—Aquí es —digo al reconocer mi casa desde la ventanilla.

—¿No vas a decir nada?

—No. Adiós —Abro la puerta del vehículo.

¿Qué quiera que le diga?, ¿que me gusta? No voy a decírselo. Quedaría al descubierto, totalmente vulnerable para que pudiera hacer lo que quiera de mí.

Mi madre abre la puerta con la boca abierta, tal vez porque no me esperaba o porque no imaginaba encontrarme bajándome del automóvil de un hombre a quien no conoce.

—¿Quién es el muchacho? —Examina a Bruno que todavía espera a que entre en la casa.

—Es el socio de Paul —respondo viéndola despedir a Bruno con la mano.

—Lindo automóvil —Cierra la puerta. Presiento que está lista para interrogarme—. ¿Dónde se encontraron?

—Tiene un local a una cuadra de la tienda, según me dijo.

—Debe ser el nuevo que han puesto —Se queda por un breve momento pensando—. No esperaba a que regresaras tan temprano. ¿Te dejaron salir para que descanses?

—Me despidieron, mamá.

—Oh, cariño ven aquí —Abre los brazos para estrecharme fuerte.

Quiere consolarme como si el trabajar junto a Raffaello hubiese sido el mejor empleo que tuve. Solo trabajé unos cuantos días, sin embargo fue suficiente para darme cuenta de que no soportaría pasar ocho horas diarias de mi vida junto al viejo. Sí, estoy sin trabajo, y en estos momentos es aún más difícil conseguir uno, pero no imposible. Yo no soy de los que suelen rendirse ante la primera contrariedad. Obtendré un empleo, uno mejor donde mi jefe me trate como a una persona con los mismos derechos de ser respetada como cualquier otra.

—No te preocupes, conseguiré algo mejor —respondo.

—Claro que sí —me alienta—. Pero ahora vete a dormir. Solucionarás todo con la mente descansada.

—Tienes razón, además muero de sueño.

A pesar del cansancio tardo en dormirme. Doy vueltas al menos media hora tratando de hacer a un lado todo lo que ocurrió desde la noche que salí con Daniel, eso incluye a Bruno. No puedo quitármelo de la cabeza. A penas lo conozco, es absurdo; no tiene sentido que mi mente repita cada momento que pasé con él. Me pregunto si a él le estará ocurriendo lo mismo, o si su actitud solo es una estrategia más para que caiga en su red. Por un instante lo imagino: yo atrapada en una especie de tejido sin nada más que mi ropa interior, esperando que se acerque a mí... Echo a suspirar, mis labios se humedecen y siguen la utopía que concluye con dejarme dormida.

Mi madre me espera con el desayuno listo sobre la mesa. Espero que no piense tomar el turno de la tarde para ir a su empleo porque no la dejaré ir. El doctor le ordenó que se quede en casa al menos dos días haciendo reposo, eso más unos medicamentos que debo comprar.

Llevo a la mesa el papel que Bruno me dio, el camarero, en realidad. «La copa no tenía nada que ver con el empleo, llámame. Bruno», leo en la hoja. ¿La copa no tenía nada que ver? ¿En qué estoy pensando? En estos momentos lo único que tiene que importarme, aunque no es verdad, es el empleo.

Puedo seguir buscando anuncios en el periódico o en la Internet. Puedo confiar en que pronto hallaré algo que nos dé un respiro, o puedo trabajar para Paul y Bruno y ahorrarme la búsqueda antes de que las deudas sigan acumulándose. Aunque eso signifique que seguiré en contacto con el fascinante señor secarropas.

—¿Por qué tan pensativa? ¿Qué tienes ahí? —pregunta mi madre untando su tostada.

—Es el número de Bruno, el muchacho que ayer me trajo.

—¿Piensas llamarlo? —Sonríe.

—Sí, pero no es lo que piensas, es para aceptar el empleo que el lunes me ofreció.

—Si tú lo dices... —responde entre risas.

—Oh, mamá, ¿qué estás pensando?

—Nada, es solo que... tus ojos brillan al repetir su nombre.

—No es cierto —Bebo de mi café.

—Claro que sí, soy tu madre, te he dado a luz, conozco todo de ti —Bebe un sorbo de su té—. ¿Por qué no lo llamas ahora? Tal vez en un par de horas puedas comenzar a trabajar, ya sabes, cuanto antes mejor.

—Lo sé —Tomo mi móvil. Tengo diez llamadas perdidas de mi novio.

—Por cierto, Daniel vino a buscarte ayer. Le dije que estabas durmiendo, quiso pasar de todas maneras a despertarte, le insistí en que volviera más tarde porque estabas cansada, aun así no quiso saber nada y casi entra directo a despertarte.

Vaya, qué obstinado. Lo llamaré más tarde, su ansiedad puede esperar un poco. Marco el número de Bruno y antes de que el contestador suene atiende la llamada un tanto agitado.

—¿Sí? —escucho del otro lado.

Me quedo en silencio sin saber qué decirle.

—¿Hola? —vuelve a decir y luego calla la risa de alguien.

No está solo, ¿por qué habría de estarlo?

Cuelgo el teléfono y recuerdo que para él solo será un pasatiempo más como seguramente lo es la chica que en estos momentos lo acompaña. Aguardo un par de minutos y llamo de nuevo. Esta vez no tarda en responder.

—¿Hola? —pregunta.

—Bruno, soy Emma.

—Emma, qué alegría escuchar tu voz por la mañana. Creí que nunca me llamarías.

—En realidad... llamo por el empleo —Lamento decirle— aún sigue en pie, ¿cierto?

—Claro —Hace silencio, tal vez porque lancé al vacío sus ilusiones—. Por supuesto.

—¿Cuándo puedo empezar? ¿O tienes que hablarlo con Paul?

—¿Qué te parece si te espero en el local dentro de dos horas?

—Perfecto.

—Bien, te estaré esperando.

Suspiro por dentro. ¿Acaso Bruno podría ser más encantador? Me rehusé a caer en sus palabrerías e incluso así siguió halagándome. Gracias al cielo que no pudo ver cuando sonrojaba detrás del teléfono al decirme que le daba gusto escucharme, no hubiera sabido cómo negar lo que en verdad me sucede. Su presencia es magnética.

Entro en la tienda. Huele a café y a medialunas. Los ojos entusiastas de Bruno aparecen de inmediato junto a una cortina. Está percatándose de quien hizo sonar la campana de viento que se escuchó al abrir la puerta. Sin decir nada en cuestión de segundos se acerca. Viene enseñando su tierna sonrisa mientras trata de no perder el equilibrio con su bandeja de madera. Trae un desayuno para dos.

—No es lo que más me hubiera gustado, pero algo es algo, ¿no? —Ubica las tazas sobre el mostrador que nos separa.

Sé que se refiere al desayuno, almuerzo, merienda o cena que me propuso anteriormente y que jamás acepté.

—Un desayuno contigo es un desayuno contigo. ¿No vas a decir nada?

—Gracias, yo... no esperaba que me recibieras así —respondo asombrada.

—Así serán todas las mañanas que vengas a trabajar o en las que me permitas llevártelo a la cama.

Vaya, qué intenso.

—Supongo que a veces debe ser agotador tratar así a cada vendedora de aquí, ¿no?

—Supones mal porque el negocio es nuevo y soy el único que lo atiende.

—¿Qué hay de Paul? —digo alzando la taza de café.

—Se queda en el otro local.

—¿Solo?

—No, tiene dos vendedoras que lo ayudan —Le da un mordisco a su medialuna—. Tuviste suerte en llamarme porque estaba a punto de darle el trabajo a alguien más, aunque debo decir que la suerte también fue mía.

—¿No piensas contratar a nadie más?

—¿Qué sucede? —Sonríe atrevidamente—. ¿Tienes miedo de estar sola conmigo?

—Por supuesto que no —niego sabiendo que miento.

—Respondiendo a tu pregunta de momento solo somos seremos tú y yo, ¿qué te parece eso?

—Me parece perfecto —aseguro.

—¿Segura? —Ríe—. Entonces, ven, te mostraré todo lo que debes saber.

Bruno toma mi mano y yo dejándome llevar por ese cosquilleo que experimento dentro de mi estómago, lo sigo hasta detrás del mostrador del que extrae pieza por pieza de cada una de las joyas que vende. Son tan delicadas y preciosas que no puedo evitar preguntar si al menos puedo probármelas.

—Llévate lo que quieras —menciona mi nuevo jefe al observar el contento que tengo al admirar un anillo de plata con forma de leopardo.

—Oh, no, claro que no. Yo podré pagarlo, pero te aceptaré un descuento si sigues insistiendo —Sonríe viendo el precio. Es obvio que me costará un poco pagarlo, aunque todavía no sé de cuánto será mi paga.

—Bien, si no hay más alternativa.

Una parte de mí si le hace caso a Bruno estaría llevándose media tienda, sin embargo decido escuchar a mi lado sensato que me dice que mantenga la calma ante tanta fineza. Confío en que en un futuro no lejano podré tener las joyas que quiera, sin tener que deberle nada a quien pretende que le corresponda de cierta forma ilusoria.

—¿Por qué haces esto? —no me puedo contener en preguntarle—. ¿Por qué todavía quieres impresionarme?

—¿Por qué? Porque me gustas, ya te lo he dicho y lo voy a seguir haciendo hasta que lo entiendas —dice aproximándose más a mí.

—¿No crees que para ti será un poco incómoda la situación si trabajo aquí? —Observo las joyas sobre el mostrador eludiendo verlo a los ojos.

Siento que mi corazón va a estallar dentro de mi pecho si continúa acercándose como lo está haciendo.

—No, desde luego que no. Yo tengo en claro lo que quiero, ¿lo tienes tú? —Con su mano alza mi mentón para que lo mire.

Su aroma me envuelve como un hechizo que debilita la firmeza que trato de sostener frente a él.

—¿Qué quieres decir?

Bruno se hace capaz de hacer temblar el suelo que mis pies tocan.

—Que —susurra suavemente—... si tienes en claro lo que quieres.

—Yo...

Sus labios están a punto de rozar los míos. ¿Realmente quiero esto? ¿Me animaría a participar de este juego traicionero sabiendo que las cartas de Bruno siempre serían las mismas?

Su mano se aferra a mi rostro y lo atrae hacia el suyo. Mi respiración comienza a acelerarse sin poder creer lo que está sucediendo. Estoy deseosa de él aunque algo me dice que me aparte, que lo deje antes de que cometa el error de seguir alimentando algo que debe morir aquí mismo. Quiero sentir su jadeo dentro de mí como si nada más que tocar su boca importara.

—No, no —Interpongo mi mano y me corro—, no puedo.

Quiero, diablos, sí que quiero, pero no puedo besarlo. ¿Por qué pagar el precio de una muestra que me dejará locamente deseosa por obtener más y más de una seductora imitación del amor? ¿Por qué rendirme ante la presencia de un hombre que solo hará añicos mi corazón enamorado? No, no estoy dispuesta a correr ningún riesgo a menos que me tome en serio, sin embargo ¿cómo sé que no lo está haciendo? Bueno, empecemos por su compañera matutina de hoy que no cambia para nada mi punto de vista.

—¿Qué sucede? —responde Bruno sin entender.

Está asombrado, no tanto como yo por haberme permitido llegar hasta la instancia en la que fui capaz de sentirme totalmente vulnerable.

Me alejo de él sin decirle siquiera «lo siento». Bruno no se merece ninguna disculpa frente a la gran lista de corazones rotos que debe guardar bien dentro de su bolsillo.

Tengo que olvidar lo sucedido.

Camino directo hacia la puerta pensando en qué haré después de esto. Antes de que salga Bruno roza mi brazo y me hace sentir obligada a que lo vea de frente.

—Espera, no te vayas —Al igual que sus palabras sus ojos ruegan con desesperación que me quede.

Sin embargo, en un instante lo que en su mirada percibo se transforma en desconcierto. Giro para ver qué sucede en el momento en el que el rostro de mi novio aparece sobre el cristal de la puerta. Una vez más me sorprende por la rapidez que cuenta para encontrarme donde sea que esté.

—Daniel, ¿qué haces aquí? —digo al salir del local.

—Te estuve buscando desde ayer, ¿no recibiste mis mensajes? —Oigo detrás que Bruno sale.

—Sí, pero no tuve tiempo de contestarlos. ¿Cómo supiste dónde estaba?

—He ido a tu casa. ¿Vienes conmigo? —pregunta desesperado como si su vida dependiera de eso.

Asiento con la cabeza y luego miro a Bruno. Está de pie apoyado contra la pared. Me observa como solo él sabe hacerlo aunque esta vez noto cierta pena reflejada en su cara. Cómo me gustaría quitársela de encima.

—La tienda abre a las cuatro, te estaré esperando —Se despide de lejos con la mano en alto.

A pesar de lo que ocurrió entre nosotros él desea que regrese. Tal vez para seguir insistiendo en que le haga caso o quizás no. En estos momentos lo más importante no es pensar en eso, sino en el empleo que tengo que cuidar al menos hasta que consiga uno nuevo. Resistir ante la tentación de tocarlo, si continúo trabajando sola todos los días junto a él, será algo abrumador de hacer, aunque por ahora no tengo otra alternativa más que soportarlo.

—Emma, ¿a qué se refería? —menciona Daniel tras darle la espalda a Bruno.

—Verás, me quedé sin empleo, pero conseguí uno nuevo —Noto la fuerza que ejerce sobre mí al rodearme con su brazo.

—Eso es grandioso —Me contrae todavía más—. El local en el que trabajarás será en el que acabas de estar, ¿verdad?

—Sí —lamento afirmar. Seguramente tiene planes de irme a recoger todos los días como una niña de escuela.

—Es el de Paul, ¿cierto?

—Sí.

Oh, ese brillo en sus ojos aparece de nuevo, igual al que vi cuando le comenté la propuesta de empleo que mi primo y su socio me habían hecho.

—Tendré que venir por ti día tras día para asegurarme de que ese sujeto no se acerque demasiado a ti.

—¿Qué quieres decir? —Me ubico en la fila del bus—. Solo es el socio de mi primo, será mi jefe.

—Sus ojos no decían lo mismo —Esta vez supongo que sus celos no están nublando su vista.

—Sus ojos, como tú dices, podrán decir lo que quieran, los míos no —miento.

—¿Estás segura? —dice arrogante alzando una ceja.

—Sí, lo estoy —miento otra vez.

—Porque tú también lo mirabas de la misma forma.

Diablos. No solo mi madre lo notó.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es.

—No, no lo es —niego intentando no levantar el tono de mi voz. Últimamente tengo ganas de hacerlo porque nadie parece escucharme.

—Emma, no quiero que me mientas, ¿oíste? Lo detesto profundamente. Si tienes algo para decirme será mejor que lo digas ahora, o de lo contrario...

—O de lo contrario ¿qué?

Deseo con tanto frenesí que concluya su oración que tengo que insistirle para que se anime a ser más claro. Comienzo a pensar que detrás de ese hombre buscapleitos no hay más que un niño asustado, un niño empeñado en ocultar sus miedos.

—Tendré que encargarme de ese tipo.

—¿Qué? —Echo a reír—. ¿Escuchas lo que dices?

Sonó tan ridículo que no puedo evitar las carcajadas. Daniel me observa asombrado por mi reacción inesperada, incluso yo me sorprendo. Tal vez si hubiese escuchado la misma respuesta meses atrás me habría quedado en silencio sin decirle nada, hubiera rogado por que no se enfadara, pero en esta ocasión sus palabras me hicieron gracia por la manera en la que las dijo y no fue fácil contenerme.

—Hablo en serio —intenta persuadirme.

—Yo también.

A pesar de que ambos estábamos molestos decidimos comer en su casa luego de que me comuniqué con mi madre para asegurarme de que estaba bien. Según me contó brevemente estaba esperando el comienzo de una película en televisión.

No estuve con Daniel desde que fuimos a jugar a los bolos. No muero de ganas de estar con él porque prácticamente pasamos todos los días juntos, y en estos momentos Bruno ocupa casi todos mis pensamientos. Siento el almuerzo como una especie de compromiso, como algo que me corresponde por no haberlo hecho parte de todo lo que pasó estos días sin que se enterara.

Daniel abre la puerta un tanto nervioso y me invita a pasar disculpándose por el desorden de su casa. De acuerdo a la conversación previa que tuvimos antes de que lleguemos, su madre salió la semana pasada a visitar al resto de su familia que vive fuera de la ciudad. Sé que su hermano hace poco se mudó a un apartamento que rentó con su novia, así que supongo que todo el lío que

estoy presenciando es solo obra de él.

—Sabes que tienes un don para esto, ¿no? —Formo un círculo imaginario en el aire en el que incluyo toda la sala.

—¿Hablas del desorden? —dice a su paso quitando del suelo la ropa sucia—. Lo siento —Sonríe—. Siéntate —me pide quitando una toalla de la silla.

No lo entiendo. El sitio es pequeño, pero ya que ocupa sus horas en nada dispone de tiempo suficiente como para al menos mantener todo en orden, en especial si piensa compartir un momento conmigo. Si su madre encontrara así la casa de seguro le daría algo más que una reprimenda, aunque dudo que a Daniel le importe.

—Tengo una tarta de verdura que me sobró de ayer y un poco de pollo. No sé cómo irá a funcionar eso, pero es lo que tengo —Observa el interior del refrigerador.

No es que me moleste alimentarme de los restos de lo que comió el día anterior, al fin y al cabo son alimentos, saludables sobre todo, sin embargo ¿no pensó en... no lo sé, tal vez hacer de esto algo más especial donde yo pueda ver el interés que le provoco? Si se esforzara por cuidarme un poco más como yo siempre hago cada vez que le preparo algo en mi casa... Pero claro, las ocasiones en las que comimos en la suya siempre cociné porque Daniel asegura que es terrible para la cocina, aun así ¿no pudo haber intentado hacer algo?

—¿Quieres que cocine? —pregunto viéndolo sacar del refrigerador la comida.

—No, a menos que a ti te moleste comer lo de ayer.

—No, está bien.

Introduce la tarta dentro del microondas y después se sienta frente a mí. No dice nada, pero creo suponer lo que está pensando. Mi rostro es demasiado evidente como para que no se dé cuenta de lo que me ocurre.

6

—¿Estás bien? Te veo algo... diferente —menciona Daniel.

—¿Bueno o malo?

—No lo sé, tú dímelo.

Pienso en los excesos de control, las escenas de celos fuera de toda lógica, las veces en las que el miedo se apoderó de mí al verlo enojado. Este es el momento perfecto para confesarle lo que siento sobre nuestra relación que cada vez va peor, sin embargo no lo hago. ¿Qué tal si con lo susceptible que es se molesta y me manda a volar? No quiero acabar sola, no soportaría la presencia de una sombra que me acompañe hasta quién sabe cuándo.

—No sucede nada —Disimulo con una falsa sonrisa que espero que no se note.

—Bien —responde tocándome por debajo de la mesa.

Me sorprende. ¿A esto se debe la pregunta que me hizo? ¿Solo quiere que tengamos sexo? Qué tonta me siento, por un momento creí que en realidad se interesaba por saber cómo estaba.

—Daniel, ¿quieres hacerlo ahora? —Espero haber mal interpretado sus caricias que se hacen cada vez más intensas.

—Sí, ¿por qué no?

—Estamos por almorzar —Me levanto de la mesa para quitar la tarta del microondas.

—Vamos, Emma —Toma mis manos para que las apoye sobre sus hombros—... Aún es temprano para comer.

—Espera... —Lo detengo tratando de hacerme a un lado.

—No quiero esperar —Acalla mi voz besándome.

—No puedo —Intento apartarlo.

—¿Por qué no? —Se detiene. Puedo sentir su aliento y ver sus ojos repletos de un deseo que parece ser incapaz de controlar.

Nunca se puso así. Daniel me sorprende de nuevo. Aunque tal vez este empeño que ahora observo en él no lo vi antes porque jamás me le negué. Siempre estuve dispuesta a satisfacerlo a pesar de cualquier problema que tuviese, no solo en el sexo sino en todo, pero esta vez es diferente. Esta vez mi problema incluye a un hombre por el cual estoy perdiendo la conciencia. Sé que me va a ser inevitable no pensar en él mientras lo hacemos y no quiero eso, lograría enredarme más en algo de lo que debo, pero no quiero escapar.

—Porque no... Tuve una semana difícil, no estoy de humor —trato de convencerlo.

—No pienses en eso ahora —Aferra ambas manos a mi rostro—. Tu madre está bien, tienes empleo, no hay nada de qué preocuparse.

—No, Daniel, esta vez no, lo siento.

Daniel comienza a besarme sin importarle mi respuesta. Con su cuerpo me lleva contra la pared y me deja sin fuerzas para librarme. Sus manos recorren mis senos produciéndome el disgusto que nunca pensé tener en brazos de mi novio. Me susurra al oído que lo siente, que no puede contenerse. Me lleno de impotencia. Quiero desprenderme de él, del objeto por el cual me toma, pero no puedo. ¿Por qué? ¿Por qué no puedo gritarle que se detenga?, ¿por el hecho de que yo le pertenezco? ¿Hasta qué punto eso es cierto? ¿Todo mi ser es suyo? Yo decidí que Daniel fuese el primer hombre en mi vida. Le di algo tan preciado, pero para que lo cuide. ¿Por qué no voy a poder quitarle ahora ese privilegio, si yo se lo di? ¿Es mi cuerpo del que estamos hablando!

—¡Suéltame!

Por las dudas de que Daniel no pare le doy una patada en la entrepierna. A ver si con eso se calma.

Salgo hecha una furia. ¿Cómo se atrevió a hacerme algo así? ¿No se dio cuenta de mi reacción? Claro que sí, sin embargo no le importó, no le importó saber que no quería hacerlo, que solo quería huir de sus manos que parecían extrañas a mi cuerpo. Me siento indefensa, desnuda. La protección que solía sentir de Daniel se desvaneció por completo. Soy su novia, lo sé, pero sobre todo soy una persona con la libertad de poder elegir entre lo que quiero hacer y lo que no.

Cuando llego a casa mi madre está almorzando sola. Dylan de seguro continúa durmiendo. Me acerco hasta la mesa del comedor para preguntarle cómo está. Ella me mira extrañada y logra convencerme de que coma algo. A pesar de que el apetito se me esfumó acepto el plato que mi madre me ofrece.

—Te peleaste con Daniel de nuevo, ¿verdad? —pregunta llenando mi vaso—. Emma, no quiero que vuelvas a enfadarte, pero tienes que dejarlo cuanto antes, hoy vino a buscarte hecho un loco.

—No entiendo qué es lo que le ocurre, antes no era así —respondo luego del primer bocado.

—Sí, lo era, pero tú te estás dando cuenta recién ahora. Tienes que dejarlo antes de que se ponga peor.

Pienso en la idea de abandonar a Daniel. ¿Cómo se sentiría al saber que ya no estaremos juntos, nunca más? ¿Le dolería tanto o más que a mí echar por la borda todos estos años de noviazgo? Sí, qué sencillo es decirlo, incluso imaginar romper con él, pero qué difícil es hacerlo cuando las experiencias buenas construyeron momentos que serán imposibles de borrar.

—Vamos, hija, que el mundo está lleno de hombres, puedes elegir cual más te guste.

—Mamá, el mundo no es como una tienda de dulces donde escoges el que más te gusta y asunto arreglado. Ambas partes deben de sentir lo mismo.

—¿Te refieres al socio de tu primo Paul?

Aquí vamos de nuevo.

—¿Acaso no gusta de ti? —vuelve a decir—. ¿Le has preguntado? ¿Qué te dijo?

Río. La ansiedad de mi madre es aún mayor que la mía.

—No, no le he preguntado porque ya me lo ha dicho. Solo quiere jugar conmigo.

—¿Tan claro fue contigo?

—No, jamás me lo dijo, pero...

—Entonces, ¿cómo lo sabes? —interrumpe.

Tal vez mi madre tenga razón. Quizás ambos no pensamos tan diferente. Tal vez es cierto que él me desea como yo a él o a lo mejor no, pero ¿cómo saberlo?, ¿cómo sabré lo que puedo llegar a vivir estando a su lado si nunca me animo a dar el primer paso hacia una respuesta exacta que me aclare las dudas que guardo?

Desde el primer momento en el que lo vi sentí que frente a él mi corazón se aceleraba a toda marcha, que mis pensamientos se perdían al ver sus labios. Lo quiero. Lo quiero solo para mí aunque sea un sueño del cual despierte cuando la próxima muchacha llegue a tomar mi lugar. Sí, es probable que lo pierda, incluso a mí misma, pero al menos me quedaré con el bello recuerdo de que algún día compartí parte de mi vida con un hombre que me quitó todo el aliento que necesitaba para respirar.

Lo mío con Daniel debe quedar en el pasado, ya lo he decidido, no puedo seguir al lado de alguien que me produce el miedo que siento cada vez que sus nervios se alteran sin razón. Terminaré con él por mi bien y por el de él. Aunque me odie lo haré, incluso en contra del temor a

quedarme sola por el resto de mi vida.

La alarma del móvil vuelve a sonar antes de que entre en el local de mi primo. Creí que la había desactivado luego de despertar, pero no. Cuando abro la puerta se escucha de inmediato la campana de viento. Bruno alza la mirada que mantenía fija en unos relojes que estaba limpiando sobre el mostrador. Avanzo hasta donde está para saludarlo, pero antes se levanta de su silla para impregnar mi nariz con su hechizante aroma mientras besa mi mejilla.

—Viniste y a tiempo —menciona al desprenderse.

—Me gusta ser puntual.

—Creí que no vendrías —vuelve a ubicarse en su asiento.

—¿Por qué? ¿Pensaste que tendría miedo de que me comieras o algo así?

—Sí, a decir verdad sí —Sonríe.

—Oye, si vamos a trabajar juntos tengamos las cosas en claro...

—¿Quieres ir a cenar? —me detiene antes de que termine de hablar.

—¿Qué? —respondo admirada.

Jamás conocí a alguien que sea tan decidido con lo que quiere.

—Quieres tener las cosas en claro, ¿cierto?

—Sí, pero...

—Yo tengo en claro que a pesar de todos tus rechazos, vaya que han sido varios, aún quiero algo contigo.

Esta es la oportunidad exacta para hacerle revelar el propósito por el cual quiere que salgamos, sin rodeos, sin juegos de cortejo que no conducen a ningún sitio más que a suposiciones vanas y sin sentido.

—¿Y qué sería eso exactamente? —pregunto ansiosa por oír su respuesta.

—Solo estoy invitándote a salir...

Vaya, ¿es una simple salida la que me propone o evadió mi pregunta? Tal vez está asustado al igual que yo en querer asumir que es evidente que algo sucede entre nosotros. Quizás le exigí demasiado al pedirle que en este preciso instante esclarezca mi confusión. Sin embargo, comienzo a dudar hasta tal punto que dejo que mi desconfianza hable por mí. No quiero encontrarme con el tan temido rechazo al enterarme de que sus intenciones no son más que hacer rodar mi cabeza.

—¿Qué dices? No voy a dejar de insistir, te lo advierto —sigue diciendo.

—Tengo novio.

—Mientes. No quieres reconocer que ya no te produce nada estar con él y lo pones como excusa. ¿A qué le tienes miedo?

—A ti —No puedo creer que lo digo en voz alta.

—¿A mí?

—Sí —afirmo —, a ti. Yo no soy como una de las que acostumbras a jugar, ¿entiendes? Tengo sentimientos.

—Y eso... es lo que me gusta de ti. Pasaré a buscarte a las diez y no se habla más del asunto.

Le gusto, pero ¿hasta qué punto? En lugar de quitarme las dudas no hizo más que desorientarme. Quizás le pedí una respuesta demasiado rápido y antes de mentirme decidí desviar mi pregunta para no perder la oportunidad de esclarecer la incertidumbre que él también guarda. Aunque más allá de todo lo que pueda suponer en cuanto a su reacción, si estoy preparada para seguirlo a donde sea que me conduzca, tengo que entender que puede o no cumplir con las expectativas que tengo.

Pasaron quince minutos desde la hora que Bruno dijo que vendría a recogerme. Doy vueltas

por mi habitación observándome a cada momento en el espejo para ver si luzco bien. Me aparté el cabello hacia atrás uniéndolo con un broche para que no caiga sobre mis hombros. Como saldremos de noche y aún el invierno no se ha ido supuse que lo mejor sería usar algún atuendo de color oscuro, por lo que escogí un vestido violeta que encaja a la perfección con mi abrigo negro y mis zapatos. Reviso de nuevo la hora en mi teléfono. Tengo diez llamadas perdidas de Daniel, pero ninguna de Bruno.

—Emma —Mi madre golpea la puerta y entra—, ¿estás lista? El muchacho está aquí.

Giro para verla no sin antes ensayar una última vez el reflejo de mi sonrisa. Mi madre sonrío al encontrarse con mi mirada y abre mi abrigo para ponérmelo. Estoy tan alucinada con todo que no puedo evitar sonreírle a ella también, incluso cuando no sé si estaría de acuerdo con lo que estoy haciendo, pero no tiene por qué enterarse, es mi vida y de mí depende lo que suceda con ella. Si he de cometer errores que sea por cosas que he hecho por mí misma, sin la intervención de nadie que me diga cómo vivir la vida que solo a mí me pertenece.

—Estás preciosa, hija, ve, no lo hagas esperar.

—¿Él puede hacerme esperar, pero yo no a él?

—Vamos, creo que está un poco nervioso, podría decir más que tú.

—¿Se me nota mucho?

—No —Hace silencio—. Bueno, un poco, pero quiere decir que te importa, tanto como a él, ve, diviértete.

Vaya, es extraño que no me diga nada sobre el horario de regreso. Tal vez es porque quien viene a buscarme, a diferencia de alguien, le inspira cierta seguridad. Qué ironía es cuando yo siento que estar al lado de Bruno todo se transforma en algo peligroso, pero tan excitante al mismo tiempo. Las llamas del fuego que siento en mi interior siempre amenazan con quemarme cada vez que está cerca de mí.

Bruno está de pie con las manos en sus bolsillos. Lleva un saco a cuadros con una remera blanca, unos jeans y zapatos de cuero. Al verme saca una de sus manos y toma la mía a distancia. Siento como si estuviese a punto de invitarme una pieza para que bailemos bajo las luces de un baile clásico.

Despido a mi madre y ambos marchamos hacia el automóvil que está estacionado frente a la casa. Estoy convencida de que mi madre sigue observándonos desde la ventana como suele hacerlo. Al dar la vuelta sobre mi hombro confirmo mis sospechas. La veo alegre indicándome con su pulgar que todo saldrá bien. Muy dentro de mí espero que así sea.

—Disculpa el retraso, había mucho tránsito y me quedé sin batería en el móvil como para llamarte —menciona Bruno ni apenas ingresamos en el vehículo.

—Descuida, lo importante es que ya estás aquí —Me abrocho el cinturón de seguridad.

—Así es, contigo.

—Connigo —me uno a su expresión.

Sonríe sin decir nada, pero en este momento de silencio su ser dice mucho más de todo lo que pudo haber expresado en palabras. No es un silencio incómodo, es un silencio en el que sabemos que algo especial, sin ningún otro tipo de explicación está sucediendo.

—Bien, ¿dónde quieres ir? —habla encendiendo el motor.

Pude haberme quedado horas observándolo frente a frente si no hubiese interrumpido la breve hipnosis que su boca provoca en mí.

—A donde tú quieras.

—Déjame pensar —Toca sus labios con su dedo índice—. Ya. Lo tengo. Conozco un restaurante de ensueño, te va a encantar.

Su intuición no falla. Jamás vi algo así. El sitio al que llegamos es una especie de caverna con pisos y sillas de madera, mesas redondas que portan una vela encendida rodeada por un cristal, e incluso hay una extensa corriente de agua que desciende al final en forma de cascada.

—Vaya —digo asombrada—, este lugar es... hermoso.

—No más que tú. Ven, vayamos a sentarnos —Me guía suavemente hacia una de las mesas con su mano tras mi espalda.

Aparta la silla para que pueda sentarme. Luego de ubicarse frente a mí entretanto no dejo de sonreírle como una idiota por su reciente gesto, toma la cartilla del menú y me invita a que haga lo mismo.

—¿Qué quieres comer? —logro entender después de pedirle que repita lo que me dijo hace segundos—. ¿Sucede algo?

—Jamás estuve en un sitio tan... lindo como este.

No sé si es la música instrumental que escucho de fondo que hace que todo mi ser se sensibilice, si es la magia del restaurante al que me trajo, o si es el hecho de que es probable que algún día jamás vuelva a experimentar todo lo que estoy sintiendo. Me duele pensar en esa posibilidad. Tengo que recordar que estas son las reglas del juego, que ya no hay marcha atrás porque cuanto más tiempo paso a su lado, más caigo en la cuenta de que me gusta... mucho.

—Buenas noches —menciona un mesero al acercarse a nuestra mesa—. ¿Qué les apetecería cenar?

Miro a Bruno esperando que haya decidido su pedido porque comeré exactamente lo mismo. Estoy segura de que pagará la cuenta, así que no voy a tener demasiadas pretensiones.

—Pediré espagueti con una salsa boloñesa —responde Bruno—. Emma, ¿tú que pedirás?

¿Espagueti?, ¿eso es todo? Hay cientos de alimentos en el menú que no tenía idea de que existen y ¿él solo ordena eso?

—Pediré lo mismo —digo.

—Excelente. Agrégale un vino, el mejor —le sugiere al joven.

—Sí, señor —Se retira y nos deja de nuevo solos.

—¿Espagueti? —pregunto.

—¿Hay algún problema con ello? —contesta divertido.

—No, ninguno, es solo que no creí que fueras tan... sencillo a la hora de comer.

—Soy igual que todo el mundo, adoro las pastas. Tú, ¿no? Además es la especialidad de la casa.

—Sí, por supuesto que me gusta, pero tú tienes la posibilidad de rodearte de un mundo totalmente diferente al mío.

—Es solo un plato, pero sé a lo que te refieres —Hace una pausa—. He aprendido a deleitarme con todo en esta vida, incluso con lo más sencillo.

Vaya, si bien está en sus veinticinco años suena demasiado adulto ahora.

—¿Qué te hizo haber aprendido eso? —sigo indagando curiosa.

—Veras, nada de lo que tengo hasta hoy me fue fácil de conseguir. Tuve que luchar en contra de muchas cosas para llegar a donde estoy, entre ellas el hambre.

El mesero nos interrumpe trayendo una fina botella de vino tinto. Ubica dos copas sobre la mesa y luego se dispone a llenar los cristales. Bruno lo despide agradeciéndole por su amabilidad entretanto yo medito la respuesta que hace minutos me sorprendió. ¿Quién podría imaginarse que Bruno tuvo carencias de ese tipo?

—¿En realidad has pasado hambre?

—Sí, en varias ocasiones. Debo decir que gracias a ello he aprendido a valorar hasta el plato

más simple que tengo delante.

—Oh, entiendo, pero ¿no tenías a nadie que tal vez te ayudara, un familiar o un amigo?

—No quise acercarme a ellos. Quería demostrarles que era lo suficientemente fuerte como para hacer las cosas por mí mismo. Además, gracias a eso conocí a gente estupenda, como tu primo, por ejemplo.

—Pero ¿qué hay de tu familia?

—Mis padres fueron muy duros conmigo desde que me fui de casa.

—¿Por qué? ¿No estuvieron de acuerdo con que te fueras?

—No. Planeaban seguir manejándome la vida y no les gustó para nada que no quisiera continuar con sus negocios. Por eso decidí irme, no entendían que quería hacerme valer sin la necesidad de que estuviesen facilitándome todo.

La cena no tarda en llegar. Por un momento creí que se demorarían bastante porque el sitio está repleto de gente. No obstante, a simple vista se puede notar que el servicio está cumpliendo a tiempo con cada mesa, incluyéndonos a nosotros que estamos preparándonos para el primer bocado de una pasta que luce exquisita.

—¿Qué haces? —Me detiene Bruno.

—Estoy a punto de cortar mi espagueti, ¿por qué? —digo extrañada.

—Así no debes comerlo. Usa el tenedor para enrollarlo sobre la cuchara. Pruébalo, sabrá mejor.

Acepto su sugerencia. Envuelvo el espagueti alrededor del tenedor, lo pongo sobre la cuchara y me lo meto en la boca. Vaya, es mucho mejor que cortarlo en el plato como tenía pensado hacerlo.

—Gracias. Estuve al borde de dejarte en ridículo frente a toda esta gente.

—No era eso lo que me preocupaba. No olvides poner la servilleta de tela sobre tus rodillas —agrega animado.

—Ya lo hice —Ocultar la servilleta debajo de la mesa es una regla básica de toda clase de etiqueta—. ¿Hay alguna otra cosa que quieras enseñarme antes de que siga comiendo? —pregunto divertida.

—Muchas, pero no se incluyen en la cena.

Aquí estoy: sonrojando de nuevo frente a él, sintiendo que el lugar se vuelve completamente a oscuras con una luz que solo ilumina su rostro. Tomo la copa que está sobre la mesa creyendo que me ayudará a sobrepasar el momento de rubor que atravieso, sin embargo el vino que bebo hace que me encienda más mientras veo los ojos deseosos de Bruno que no dejan de mirarme.

Cuando acabamos el postre noto que bajan la intensidad de las luces junto con la música. Miro hacia ambos lados intentando encontrar una explicación que sacie mi incertidumbre, entonces una famosa canción napolitana a mis espaldas comienza a sonar en vivo. La gente cercana a nosotros sale de sus lugares para acercarse a la pista de baile que en cuestión de minutos se llena de parejas que bailan al ritmo del compás. No escuché mucha música proveniente de Italia, pero sin lugar a dudas de todas las canciones que conozco esta es una de mis favoritas.

Distraída viendo cómo la gente se unía para bailar no me di cuenta de que Bruno se había levantado de su silla directo hacia mí. Me tiende la mano para llevarme a la pista, pero esta vez dudo en aceptarla. No sé bailar, e incluso me siento una tonta cuando lo hago.

—Lo siento —respondo—, pero no sé bailar.

—Vamos, no es tan complicado —Logra sacarme de mi asiento para perdernos entre la multitud alegre.

—Bruno, espera...

—Solo tienes que seguir el ritmo de la música —menciona apoyando mis manos sobre sus hombros.

No existe nada más alrededor que nosotros. El mundo para mí dejó de existir al contemplar su presencia. La escena parece ser tan irreal que por un instante creo estar atrapada dentro de un sueño. Sin embargo, todo es cierto. Atraigo su cuerpo hacia el mío entretanto pongo sus manos alrededor de mi cintura. No hace falta que nadie me pellizque, puedo sentir mi corazón que golpea fuerte sobre mi pecho preguntándose si el suyo hace lo mismo por mí. En mi interior grito a toda voz que culmine las sensaciones que provoca en mí, que roce mis labios al estar bailando, pero no lo hace, ni siquiera cuando frente a mi casa me despido de él agradeciéndole por la maravillosa noche que pasamos. Tal vez de cierta forma me castigó por la manera en la que lo rechacé los últimos días, o quizás quiere ir un tanto más despacio, no lo sé. Pero de lo que sí estoy segura es que Bruno es alguien fuera de lo común, hábil para hacer rendir a sus pies a cualquier muchacha.

Gracias al cielo me levanté a tiempo. La alarma del móvil sonó a las siete, pero la pospuse cinco minutos más prometiéndome que me levantaría sin importar cuánto sueño tuviera. No puedo llegar tarde al trabajo, Bruno pensará que estoy abusándome del trato que viene teniendo conmigo hace semanas y no quiero que eso suceda. A pesar de que venimos saliendo juntos sobre todo es mi jefe y debo respetarlo.

Cuando cruzo la avenida directo a la tienda me sorprende al ver la figura de un hombre con la cabeza inclinada al suelo. Da vueltas en círculo muy cerca de adonde me dirijo. No hay razones para que me preocupe, aun así debo tener cuidado, no sé en qué estado se encuentra el sujeto. Poco a poco la atención que pongo en él me hace dar cuenta de que quien ahora tengo adelante es nada más ni nada menos que el mismo Daniel.

—¿Desde cuándo fumas? —Me asombro viendo los restos de sus cigarrillos sobre la acera.

Daniel se detiene para mirarme. Es a mí a quien estuvo esperando tan inquieto.

—Suelo hacerlo a veces —Alza la vista—. De todas maneras, no creo que eso te importe, ¿o sí? —Molesto pisotea el cigarrillo.

La verdad en el fondo sí me importa. Me importa saber que está bien. Después de todo lo bueno que sucedió entre nosotros es imposible que borre nuestros recuerdos de la noche a la mañana. Aunque trate de desprenderme de ellos no es sencillo, pero hay algo en mi interior que me dice que corra lejos a donde Daniel no pueda volver a lastimarme nunca más. Decido hacerle caso a aquella voz y acabar con esto de una buena vez. En ninguno de los días anteriores lo hice porque estuve ignorándolo por completo. Estaba demasiado enojada como para hablarle y prefería hacerlo cuando esté en condiciones de poder expresar, sin ninguna duda, lo que estoy considerando hacer.

—Daniel, yo —Suspiro—... No quiero seguir más contigo —intento ser lo más sutil posible. No quiero provocar otra pelea.

—¿Y me lo dices así? ¿De esta forma, aquí, en la calle? Tuve que venir a buscarte al trabajo para que me hables. No contestaste ninguna de mis llamadas ni mensajes. ¿Qué sucede?

Esto tiene que ser una broma.

—¿Me preguntas qué sucede, en serio? —respondo enfadada—. Habrías estado a punto de abusar de mí si no te pegaba.

—Jamás hubiese hecho algo así. Has malinterpretado todo.

—Daniel, si querías arreglar las cosas lo primero que debías hacer era pedirme disculpas. Debo entrar a trabajar. Adiós —digo antes de que no pueda retener más la furia que llevo dentro.

—No, Emma —Se opone a mi paso—. No te irás. Todavía no hemos terminado de hablar, hace días que quiero hablar contigo —Y seguro no vino antes a buscarme porque sabe que lo que hizo estuvo muy mal.

—Creíste que iba a olvidar todo, ¿cierto?, que iba a ir a buscarte como si nada hubiese pasado. No esta vez. Déjame pasar, ya hemos terminado, se acabó —Trato de hacerme a un lado.

—Yo no soy un juguete para que me deseches cuando te dé la gana, ¿entiendes?

—Y yo si lo soy, ¿verdad? ¿Por eso seguiste tocándome cuando te dije que no quería hacerlo? ¡Imbécil!

—Escúchame, tú y yo...

—Tú y yo éramos una pareja —interrumpo—, éramos —destaco—, pero tú la mandaste al diablo en el momento en el que comenzaste a actuar como un completo idiota.

—Emma, por favor...

—Soporté todo de ti y bien lo sabes, ya no puedo hacerlo más —Me encojo de hombros.

—Espera —Se interpone de nuevo—. Es por él, ¿verdad?

—¿Por quién?

—Por el tal Bruno.

—Hazte a un lado —exijo, pero Daniel me toma fuerte de los brazos buscando mi mirada.

—¿Sabes?, jamás podrá darte todo lo que yo te he dado.

—Agradezco que así sea —Observo de frente sus ojos llenos de ira—. De esa forma sabría que no estoy perdiendo el tiempo con alguien como tú. ¡Suéltame!

—¡Suéltala! —la voz de Bruno aparece de repente.

—Tú no te entrometas —contesta Daniel liberándome al fin.

Bruno se acerca a toda prisa hasta tener a Daniel frente a frente. Se lo ve enfadado, incluso mucho más que yo. Me está defendiendo. Aunque ya no necesito que lo haga, lo está haciendo. ¿Por qué? Tal vez sí le importo. Tal vez le importo tanto que no quiere que nada malo me pase,

sino no respondería de esa forma.

—Lárgate de aquí. No vuelvas a poner tus manos sobre ella.

—¿O qué? ¿Me golpearás? ¡Vamos, atrévete, niña! ¡Quiero ver qué tan fuerte puedes chillar!
—Daniel le empuja el pecho.

Bruno levanta el brazo preparando su puño para pegarle. No me importa que Daniel reciba su merecido, me importa Bruno. No es justo que reciba un solo golpe, ni por mí ni por él. Él no tiene nada que ver con lo sucedido. No tiene razones para ligarse unos moretones, si es que Daniel logra darle alguno.

—Bruno, no, detente —Trato de interferir—. No entres en su mismo juego —ruego en vano cuando le lanza el primer puñetazo en la cara.

Por poco Daniel casi se cae al suelo. Toma impulso y roza el rostro de Bruno que le responde con un golpe todavía más fuerte. Intento interponerme entre ellos pidiéndoles que se detengan, pero ninguno de los dos lo hace. Entonces, llamo a Charlie, el amigable joven de la tienda próxima, para que ambos podamos separarlos, y así sucede. Con gran dificultad los convencemos de que cada uno se marche por su lado, y luego vemos que se apartan mirándose con furia a medida que se dedican insultos sin sentido.

Luego de esperar a que Daniel se aleje lo suficiente corro en busca de algo que alivie el dolor que noto en el rostro enrojecido de Bruno. Cuando vuelvo de la farmacia me resulta extraño que mi jefe no aparezca de inmediato, siempre lo hace tras sonar la campana de viento. Voy detrás de las cortinas esperando encontrarlo allí. Bruno está con la cabeza recostada sobre el respaldo del sofá de cuero. No sé si escucha mis pasos porque en ningún momento levanta los ojos para verme, pero sí se da cuenta de mi presencia cuando me acerco para sentarme junto a él.

—Oye, gracias —Trata de quitarme de las manos la bolsa de hielo que traigo.

—Déjame hacerlo —Tomo el agua congelada para apoyarla sobre su mejilla. Es lo menos que puedo hacer.

—No era necesario que hicieras una cosa así.

—¿Por qué no? Ese sujeto me provocó.

—Sí, pero no tenías razones para responderle, menos golpeándolo.

Estamos cerca, muy cerca. Aún con el rostro golpeado se ve apuesto. Siento ganas de hacer todo a un lado y ponerme a horcajadas sobre él solo para besarlo hasta cubrir cada parte de su rostro.

—Tú eras la razón, ¿no te parece suficiente? ¿Qué querías que hiciera?

—Que te dieras la vuelta y lo dejaras solo —Cambio de lugar la bolsa para ubicársela del otro lado de la mejilla. No dejo de mirar sus ojos penetrantes.

—Bien, lo tendré en cuenta. Tú, ¿cómo estás?

—Yo estoy bien. Mírate a ti, estás hecho un desastre.

—No más que el idiota ese que tenías por novio.

—Sí, le diste una paliza. No sé si alegrarme por eso.

Nos quedamos mirándonos uno al otro sin decir absolutamente nada más de lo que nuestra respiración expresa. Bruno corre un mechón de mi cabello hacia detrás de mi oreja a medida que se va acercando. Esto va a suceder, aquí y ahora. Sus labios por fin se unirán a los míos. ¿Será tal como me lo imaginé: lento, suave y dulce al mismo tiempo? Aunque en este instante no me importa para nada. Solo quiero que lo haga de la forma en la que él sabe hacerlo, estoy segura de que me encantará.

La puerta de la tienda se abre llevándose con ella el momento que estamos experimentando. Bruno niega con la cabeza querer salir. Me dice que seguro es un cliente que volverá más tarde,

que no quiere desperdiciar el clima generado, pero la situación comienza a incomodarme a tal punto que le respondo que debemos levantarnos para atender a quien entró.

—¿Bruno? —dice una voz de lejos.

—¿Papá? —Bruno cree reconocer la voz de su padre—. Lo siento —me dice levantándose del sofá—. Creo que es la voz de mi padre, iré a ver.

—Oh, ahí estás —escucho que la voz le dice cuando lo ve llegar—. Estaba a punto de irme. ¿Qué te sucedió en el rostro?

—Nada importante —responde Bruno—. Dime, ¿necesitas algo?

Siento curiosidad por saber de su padre, en especial por lo que me contó de él y de su madre. Ambos estuvieron en desacuerdo con que su hijo tomara las riendas de su vida, e hicieron todo tipo de cosas para que regresara. Me pregunto cómo lucen, si tendrán el aspecto que cuadra a la perfección con todo lo que Bruno me dijo. ¿Y por qué no averiguarlo yo misma?

Cuando llego hasta donde están conversando el sujeto se queda en silencio observando cómo me pongo al lado de su hijo que está detrás del mostrador. Es bastante mayor de lo que imaginé, tiene el cabello totalmente blanco y lleva puesto un traje gris muy elegante.

—¿Acaso no vas a presentarme a...? —menciona.

—Lo siento. Emma, él es mi padre, Tiburcio. Papá, ella es Emma, mi novia.

¿Qué? ¿Qué diablos dijo?

—Vaya, nunca antes hablaste de ella.

—Prefiero reservarme ciertas cosas —contesta Bruno.

—Entonces, ¿por qué no traes a tu novia a almorzar este domingo? Hace mucho que no vienes a casa. Tu madre de seguro estará encantada de conocerla.

—Claro. ¿Te parece bien, Emma?

¿Que si me parece bien? ¿No estamos yendo muy deprisa? Claro que en medio de todas mis ilusiones soñé con algún día conocer a sus padres, pero ¿ahora? Nuestra relación, si puedo llamarla así, apenas comienza. ¿Debo alegrarme por esto? Tal vez es una buena señal de que esto va en serio.

—Sí —afirmo.

Luego los dejo a solas para que conversen con tranquilidad. Mi curiosidad fue saciada y no quiero que se sientan incómodos al hablar si estoy presente. Cuando el viejo acaba por irse corro directo hacia Bruno. Los minutos que me quedé en la parte de atrás revisando algunos gastos no dejé de pensar en lo que le dijo a su padre sobre mí. Quiero oírlo decir de sus labios, de nuevo, pero sin nadie alrededor más que nosotros.

—¿Por qué le dijiste que soy tu novia? —pregunto al verlo de espaldas.

—No supe qué decirle —Gira sobre su asiento para verme.

—Pues la verdad.

—Emma, no eres solo una empleada. Creo suponer que tampoco eres una amiga. Novia fue lo más cercano que encontré para poder explicarle a mi papá lo que existe entre nosotros. Perdóname si te he ofendido. Si quieres podemos cancelar el almuerzo.

—Tú te das cuenta de que lo nuestro es de a dos, ¿cierto?

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Porque jamás hablamos de lo que queremos, ambos.

—Hay cosas que no hacen falta decírlas, solo se ven.

No voy a quedarme en silencio. Quizás lo que quiero no es igual a lo que yo espero de él. Necesito que sea claro, que no haya más rodeos.

—¿Qué es lo que tú ves?

—Veo que me gustas mucho.

—¿Eso es todo?

—Y que quiero tener algo contigo, pero relájate, ¿está bien?

No sé si interpretar eso como algo bueno o malo. Al parecer no hay mucha información que sacarle al respecto, así que decido que el tiempo hable por sí solo hasta que encuentre la forma de entender hacia dónde quiere ir. Si me ha dicho que «novia» es lo más cercano que encontró para definir lo que existe entre nosotros es por algo, ¿verdad? No debería ser tan impaciente, no cuando siento esto que siento.

La lluvia del domingo corre sobre el parabrisas del automóvil que Bruno va conduciendo. Llevamos una hora de viaje. Viaje en el que la música del estéreo se escucha más que nosotros. Estoy nerviosa, demasiado. Conocí a su padre por un breve momento, pero no tengo idea de cómo será pasar un mediodía reunida en su misma mesa junto a su madre. Espero que no sea tan problemática como mi abuela lo fue con su, en ese entonces, futura nuera la primera vez que se vieron porque claramente no voy en otro plan más que de novia, eso fue lo que Bruno dijo que era. ¿Quién sabe cómo iré a caerles cuando me conozcan realmente?

—Estamos llegando. ¿Estás asustada? Casi no has hablado.

—Algo, sí.

—Tranquila, todo saldrá bien.

—No lo dices muy convencido —Así me parece. Quizás me equivoco.

—Yo estoy seguro de que me gustas, es todo lo importa —Acaricia mi mano infundiéndome confianza.

El vecindario en el que nos adentramos no es para nada ordinario, a decir verdad es uno de los más hermosos que haya visto. Me recuerda a cierto estilo de Beverly Hills por la gran cantidad de palmeras que pueden observarse.

Bruno se detiene frente a un extenso enrejado oscuro. Toca fuerte la bocina y espera a que las puertas se abran. Es una casa de ensueño. ¿Cómo es que abandonó todo esto?

A medida que avanzábamos quedo más deslumbrada. No solo tienen palmeras, sino cientos de flores alrededor de una escalera enorme que llega hasta la puerta de entrada. Las ventanas solo están cubiertas de un cristal con detalles de madera en los extremos. Tienen tres salidas de cochera sobre un balcón en el prácticamente caben cien personas, y una piscina que ocupa casi todo el ancho del espacio.

—¿Cómo fue que dejaste este paraíso?

—Me estaban asfixiando, Emma. Créeme que me costó hacerlo, pero nada se compara con la libertad —responde aparcando el automóvil.

Al bajar antes de que nos mojemos demasiado me aferro rápido a su mano tratando de hacer a un costado la ansiedad que siento. Sin importar si la comida sabe horrible ruego que el almuerzo sea estupendo, que no solo la pasemos bien, sino que todos deseen que el momento vuelva a repetirse pronto.

Tiburcio abre la puerta de repente como si hubiese estado esperando este día por años. Me pregunto hace cuánto que no se reúne con su hijo para comer. Afectuosamente nos saluda a ambos con un abrazo, algo de lo cual quedo sorprendida. No esperaba una reacción semejante. Tal vez no tengo por qué estar tan preocupada, todo saldrá estupendo. Mi rostro refleja una sonrisa por darme cuenta de que estoy apresurándome en sacar conclusiones sin sentido. Debo hacer lo que Bruno me dijo: relajarme, así disfrutaré de lo que me espera por ser su novia como se supone que lo soy.

—¿Y mamá? —le dice Bruno a su padre después de que avanzamos hacia la sala.

—Está arreglándose. Es la primera vez que traes una novia a casa, así que supongo que querrá causarle una buena impresión.

—¿Alguien estaba preguntando por mí? —menciona una voz en lo alto.

Giro para ver. Debe ser su madre. Va bajando las escaleras hacia donde estamos parados. Al

igual que su esposo es mayor de lo que creí. Lleva un traje oscuro con detalles en rojo, el cabello castaño corto peinado hacia atrás y unas alhajas de perla. Saluda primero a su hijo regañándolo por no haberla llamado ayer como se lo dijo, y luego se detiene en mí. Me observa de una manera en la que siento que estoy siendo examinada por una jueza a la que tengo que convencer de algo.

—Hola —se presenta con una sonrisa que lo que menos me inspira es confianza—, soy Cordelia —continúa diciendo sin estrecharme la mano, darme un beso o abrazarme—. Pasemos al comedor.

—Claro... —alcanzo a decir.

—A Bruno no le gusta esperar mucho por la comida —vuelve a hablarme a medida que avanzamos.

Me siento en la mesa sin poder dejar de observar la sala. Todo es tan majestuoso que por un instante me siento pequeña frente a los grandes cuadros que decoran las paredes, los adornos que pueden apreciarse que de seguro fueron traídos de países a los que jamás conocí. Pero sobre todo me siento diminuta frente a esa mujer que me recibió con su mirada altiva. Ojalá esté equivocándome en los pensamientos que me causa. Una voz en mi interior me dice que tenga cuidado; Cordelia es mala.

—¿Has cocinado tú, mamá? —pregunta Bruno sentándose a mi lado—. Ambos cocinan bien —comenta por lo bajo.

Sonrí incómoda; mis nervios están volviendo. Esto va a acabar mal, lo presiento.

—Claro que sí —responde orgullosa su madre frente a nosotros—. Yo misma me he encargado de todo. Tu padre estuvo pensando hacer una barbacoa afuera, pero le dije que llovería, así que preparé tu plato favorito.

Qué bien, pasta. Recuerdo que a Bruno le gusta y a mí también.

—¿Kebab?—Me sorprende Bruno. No tengo idea de a qué rayos se está refiriendo con ese nombre.

No es que los platos exóticos no me gusten, pero esperaba encontrarme con algo que no solo sacie mi hambre, sino que además también me guste.

—Así es —contesta su madre.

—Creí que tu comida preferida era la pasta —le menciono a Bruno.

—Has comido Kebab, ¿verdad, Emma? —pregunta amable Tiburcio.

—No, de hecho ni siquiera sé lo que es —Me disculpo con una sonrisa.

—Veras, el Kebab es pan de azafrán relleno de... —comienza a explicarme cuando su esposa lo interrumpe abruptamente.

—¿De dónde eres? —dice apoyando su mano sobre su mentón.

No puedo mentir, no soy buena mintiendo. Si mi relación con su hijo avanza, algún día sabrá que vivo en uno de los vecindarios más bajos de la provincia. Si tendré que ver a sus padres seguido lo mejor es empezar siendo sincera con ellos. Tal vez de esa forma se den cuenta de que soy una buena muchacha para Bruno.

—Vivo en Girzone —respondo sintiendo un alivio sobre mis hombros.

—Vaya —Veo la desaprobación reflejada en su rostro tras oír mi respuesta—... ¿Y cómo fue que se conocieron?

—Nos encontramos en «La noche de los bolos» —dice su hijo.

—Ese lugar. Te he dicho cientos de veces que es peligroso que vayas, la gente de allí es... ya sabes.

No digo nada. Opto por callarme a pesar de que Cordelia está equivocada. No toda la gente que vive en Girzone son delincuentes como lo dio a entender sin haber acabado su estúpida

oración. Yo soy una de esas personas a las que ella se refirió, o al menos me siento parte de ellas, y no soy una ninguna delincuente.

—Bueno —Bruno trata de regresar al eje de la pregunta luego de haber visto mi rostro molesto—, el hecho es que a partir de ese momento no dejamos de vernos.

—Me alegro por ti, hijo —agrega su padre.

Cordelia se levanta de la mesa para regresar con el almuerzo. Huele delicioso, aunque no sé qué es el Kebab. Lo único que recuerdo gracias a Tiburcio es que se trata de un pan de azafrán relleno. Su explicación habría acabado con mi desconocimiento si su esposa no lo hubiese interrumpido como lo hizo solo para indagarme, no porque deseara conocer quién soy, sino para evaluarme, para saber si estoy a la altura de ella y la de su familia.

—Cuéntanos, Emma, ¿a qué te dedicas? —Tiburcio prepara sus cubiertos para comer.

—Trabajo en la tienda de Bruno.

—Oh, la vez que te vi no creí que tú...

—¿Como vendedora? ¿Eso es todo? —interrumpe de nuevo Cordelia—, es decir ¿no has hecho una carrera universitaria o tal vez aprendido a manejar los negocios de tu familia como alguien aquí presente no quiso hacerlo?

La carne exquisita que mi boca saborea de repente se vuelve insípida. Esta mujer no tiene idea de cuánto sacrifiqué para ayudar a mi madre con las cuentas de la casa. No sabe que tuve que elegir entre llevar el dinero que necesitábamos o estudiar en horarios donde podía estar reuniendo lo que mi familia precisaba para subsistir. No lo sabe y tal vez jamás lo haga porque no pasó por las privaciones que abordaron mi vida.

—Las únicas ganancias que mi familia tiene son las de saldar deudas. Mi madre es viuda, trabaja en una industria textil, no le pagan demasiado —respondo de mala gana.

—Tal vez un hombre era lo que hacía falta para que no cayeran en desgracia. ¿Eres hija única? Me echo a reír. Lo que Cordelia tiene de dinero lo tiene de ignorante.

—Tengo un hermano, y créame que es el hombre menos hombre que pueda existir —digo.

—Tu novia es toda una caja de sorpresas —Tiburcio menciona con humor a su hijo.

—Tiburcio, ¿solo vas a decir eso? ¿No te das cuenta de lo que está sucediendo? —lo reprende su esposa—. ¿Qué clase de broma es esta, Bruno?

—No es ninguna broma, madre, habla en serio.

—¡Por todos los cielos! ¡Has traído a esta muchachita solo para disgustarnos! ¡¿Cómo te atreves a traerla a nuestra casa?! ¡¿Acaso no has notado que se trata de una miserable cazafortunas?!

—¿Qué ha dicho? —Me levanto de mi silla.

—Emma, cálmate, siéntate —Bruno trata de persuadirme.

—Lo que escuchaste —reafirma su madre—. Has venido aquí, has montado todo un teatro de que quieres a mi hijo, pero yo sé que lo único que te importa es su dinero. Atrévete a mentirme en la cara, niña.

No tengo por qué estar escuchando sus insultos. No tengo por qué estar en este sitio soportando que me humillen. No hay necesidad de tener que atravesar todo esto solo porque un hombre me gusta. Salgo de la sala enfadada con Bruno por haberme traído hasta aquí sin haberme advertido que sus padres desprecian a la gente que no tiene su misma condición social. Estoy molesta conmigo misma por haberme callado frente a lo que esa mujer me dijo. La furia que llevo es tanta que me contengo en destrozar un par de jarrones de cerámica que veo al pasar por el recibidor.

—¡Emma, vuelve, por favor! —grita Bruno detrás, pero yo sigo caminando por el jardín sin

hacerle caso.

No va a detenerme. No sé a dónde iré sin un vehículo, pero me iré. Caminaré lo que sea necesario, aunque esté lloviendo, con tal de salir de aquí y no tener que volver a verles las caras otra vez.

—¡No me toques! —le digo a Bruno cuando se aferra a mi brazo para que volteé a mirarlo.

—Lo siento, en verdad lo siento.

—¿Lo sientes? No has hecho absolutamente nada para detener lo que tu madre estaba diciéndome, ¿y dices que lo sientes?

—Perdóname.

—Confíe en ti. Creí que pasaríamos un día agradable, ¿y así es como me pagas? ¿Por qué no me hablaste de cómo son tus padres?

—Lo hice.

—Pero no del modo que me sería útil. Me has contado cómo han sido contigo, no que rechazan a la gente por no tener su dinero. Rayos, Bruno, ¿en qué estaba pensando? Míranos... somos de mundos diferentes... y ni siquiera sé qué demonios quieres conmigo.

Bruno apoya ambas manos sobre mis mejillas con fuerza. Las atrae a su rostro. Sus labios que se mezclan con el agua que descende del cielo tocan los míos con un fervor que a medida que me presionan me encienden cada vez más. Nunca nadie me besó de la forma tan salvaje en la que lo está haciendo. Quiero más. Quiero seguir probando mucho más de lo que me está dando.

—¿Eso responde tus dudas? —dice al desprenderse.

Fijo la vista en el firmamento teñido de negro. El agua que cae comienza a traer consigo granizo.

—Volvamos adentro —propone Bruno llevándome de la mano.

—No —me rehusó de todas formas—. No quiero volver a esa cueva de leones.

—Todo estará bien.

—Eso me dijiste antes de que llegemos, y como verás no fue así.

—¿Confías en mí?

Asiento. No puedo negarme. Escucho el sonido del trueno que advierte que el clima seguirá igual al menos un rato más. Tengo que acompañarlo si no quiero arriesgarme a que algo malo me suceda al ir caminando sola bajo la tormenta, claramente es imposible que Bruno me quiera regresar a casa.

—Bien, sígueme —vuelve a decir.

Prefiero largarme, pero definitivamente el granizo lo cambia todo. De la mano caminamos apresurados por las escaleras empapando nuestra ropa de un agua que nos hiela la piel. Llegamos a la puerta de la casa. Cordelia abre de inmediato observando con desagrado nuestros cuerpos mojados.

—Aquí estás. Ve a secarte antes de que pesques un resfriado —le ordena a Bruno.

—Lo haré, pero Emma entra conmigo, no quiero pleitos, ¿de acuerdo?

—De todas formas, no iba a dejarla aquí afuera, puede quedarse hasta que el clima haya mejorado.

Bruno sigue sosteniéndome de la mano sin desprenderse siquiera un minuto. Pasamos a la casa bajo la mirada de Cordelia que es más fría que el mismo hielo que cae del cielo. Tal vez esté molesta porque su hijo salió tras de mí a buscarme a pesar del tiempo, sino no se hubiera sorprendido de la manera en la que lo hizo cuando abrió la puerta. Quizás está enfadada porque eso significa que yo soy alguien importante en la vida de Bruno.

—¿Podrías conseguirme algo de ropa de papá para mí? Emma usará algo de Priscilla.

¿Priscilla? ¿Quién es ella?

—Sí, sube arriba.

—No me has contado quién es Priscilla —le comento a Bruno avanzando por las escaleras.

—Es mi hermana menor —Oh, cierto, lo había olvidado—. Tiene tu edad. ¿Ves aquella puerta? —dice cuando llegamos al corredor—. Entra y busca algo que ponerte. Te estaré esperando afuera cuando haya terminado de cambiarme.

Camino sobre el segundo piso. A diferencia de Bruno la habitación de Priscilla está casi a mitad del pasillo. Giro la perilla. El suelo está mayormente cubierto por una alfombra púrpura que al igual que con las paredes hace juego con el escritorio del ordenador. Hallo una camiseta gris con inscripciones en rosa y un jean claro dentro de un armario tan grande que podría caber otra cama más. Hay tanto por querer probarme, pero no quiero demorarme demasiado. Bruno podría llegar a aburrirse esperándome afuera. Tomo la ropa que escojo. Voy hacia el baño. Me descambio y cuando quedo solo en ropa interior escucho que la puerta de la habitación se abre. ¿Acaso Bruno es tan impaciente o quizás planeaba sorprenderme desnuda?

—Emma, ¿tienes tu teléfono? —dice agitado.

¿Qué rayos está ocurriendo?

Salgo cubriéndome con una toalla y enseguida me encuentro a Bruno. Tiene todo el cuerpo húmedo, está semidesnudo; solo trae puesto un bóxer azul.

—Sí, está en mi bolsa —respondo tratando de desviar mi mirada de sus estimulantes pectorales—. Déjame ir por ella. ¿Qué sucede?

—Han entrado a robar. Mi móvil está abajo en la sala, por eso necesito que me prestes el tuyo para llamar a la policía.

Llevo toda mi concentración lejos de lo que mis ojos se deleitan. Hay un grupo de delincuentes en la misma casa en la que estoy. ¿Cómo es posible? La desesperación comienza a crecer en mí cada vez que intento hallar respuestas a lo que sucede. ¿Esta familia no tiene un maldito sistema de alarmas, seguridad propia o algo parecido?

—¿Qué ocurre, Emma?

—No puedo marcar. La llamada se desvía, tal vez sea la recepción —Veo la pantalla de mi inútil móvil—. ¿No hay algún otro teléfono en la casa de donde podamos llamar?

—En la habitación de mis padres. Está en el piso de arriba —Bruno se aproxima a toda prisa hasta la puerta—. Cierra con el seguro y quédate aquí, iré por él.

—No, no puedes dejarme aquí sola —Me atemorizo—. ¿Qué tal si me encuentran? Iré contigo.

—Está bien, vamos.

Bruno toma de mi mano y abre la puerta lentamente. Cualquier ruido que hagamos puede provocar que los criminales se percaten de que hay más gente dentro de la casa. Mi corazón late demasiado fuerte y no por una buena razón. Estoy asustada. Ni siquiera la gente rica se salva de la delincuencia que existe. Caminamos por el corredor escuchando gritos a lo lejos. Aquel matrimonio no me cae para nada bien, pero espero por Bruno que al menos no les hagan daño. De repente los escalones de madera hacia el segundo piso resuenan con gran estruendo. Dos o tres individuos están subiendo justo detrás de nosotros.

—Vienen por la caja fuerte que está en la habitación de mis padres —Bruno susurra dándose cuenta de que los pasos se aproximan con mayor intensidad.

Abre la primera puerta del pasillo. Las voces de los ladrones se escuchan a pocos metros. Mi corazón parece estar a punto de estallar de las palpitaciones aceleradas que siento. Son tres sujetos, estoy segura. Antes de que nos encuentren en el mismo lugar nos metemos en un armario y oímos cómo se disputan por abrir la caja que hallaron detrás de un cuadro. En un instante, en

medio de toda la conmoción, a uno de ellos creo reconocerle la voz. Pero ¿qué diablos? ¿Dylan? No, me estoy equivocando, no puede tratarse de él. Es imposible. ¿Qué estaría haciendo? ¿Robando aquí, precisamente en la casa de los padres de Bruno?

En medio de la oscuridad Bruno busca mi mano para aferrármela sobre su pecho. No puede decirme nada, pero de cierta forma siento que está prometiéndome que todo estará bien y así le creo. Después de escuchar a los delincuentes salir de la habitación como si el mismo diablo corriese tras ellos nos quedamos en silencio sin decir una palabra. No queremos arriesgarnos a que algo los haga volver, si es que todavía no se fueron de la casa, así que decidimos esperar un par de minutos más a que sea seguro para abrir las puertas del armario.

Debo admitir que por otro lado esto es excitante. Estar sola con él que está casi desnudo frente a mí, sin nada puesto más que su ropa interior, provoca intensas sensaciones por mis pensamientos. Aunque no pueda verlo mi boca se hace agua de solo recordar su cuerpo, su trabajado y sensual cuerpo que está a centímetros del mío. Quiero tocarlo, que su respiración se oiga sobre mis oídos al besarme de manera primitiva, que vuelva a comerme la boca con ese salvajismo que ahora sé que bien lo caracteriza. Aunque apuesto que Bruno seguramente estará pensando en salir de inmediato para ver a sus padres, y no puedo culparlo por eso.

Salimos con cuidado hacia el corredor y acordamos de vernos abajo. Me visto lo más rápido que puedo con la ropa que dejé preparada en la habitación antes de que Bruno irrumpiera, y después de buscar, sin éxito, a mi supuesto novio, los gritos de Cordelia me hacen encontrarlo afuera junto a su padre y el personal de seguridad que trata de justificarse por la tardanza que tuvo en llegar.

Si estaría en el lugar de Cordelia también estaría enojada por la ineficiencia del servicio, pero al menos me alegraría de estar viva. La mayoría de los robos que últimamente se vienen escuchando en las noticias terminan en todo tipo de violencia.

—¡Vaya! ¡Hasta que por fin apareces! —dice Cordelia a toda voz—. ¡Ya puedes largarte para ir a decirles a tus cómplices que todo salió de maravilla!

—¿De qué habla? —Me aferro al brazo de Bruno. Sí que es fuerte, puedo comprobar.

—¿De qué estoy hablando? —responde ella con una risa irónica—. ¡De lo que has planeado, vulgar ladrona! Ya tienes lo que querías, ahora aléjate de mi hijo.

Sus palabras vuelven a herirme. Yo no tengo nada que ver con lo que Dylan hizo. No soy responsable de lo que él haga de su vida. ¿Por qué me siento culpable? Aunque nadie sepa la verdad es mi hermano quien planeó robarle a la familia de con quien estoy saliendo, y no logro entender cómo es que algo así sea posible.

—No le hagas caso, vamos —Bruno me lleva para ir busca de su automóvil. No quiere que siga escuchando los insultos de su madre, y yo tampoco.

Tiburcio nos despide con la mano alzada a distancia entretanto nos subimos al vehículo. Cierro la puerta echando un gran suspiro. Fue peor de lo que imaginé.

—Lo siento, lo siento mucho —dice Bruno encendiendo el motor.

—Está bien... ¿Tus padres perdieron mucho dinero? —pregunto rogando que no sea así.

—No tanto. Pero no te preocupes, tienen mucho más que eso en siete bancos diferentes.

Vaya, tanto escándalo por una miseria.

—¿A dónde quieres ir? —sigue diciendo—. Déjame compensarte por el día que has pasado. Tú solo dime.

Sonrío. Este hombre es capaz de sacarme una sonrisa a pesar de que me sienta mal, capaz de cambiar mi panorama gris por su rojo, su ardiente rojo que me envuelve en llamas por cada minuto que paso con él.

Las horas que siguen de la tarde transcurren en menos de lo esperado. El tiempo corre tan rápido que no me doy cuenta hasta que la pantalla de mi móvil sobre la mesa de la cafetería, en la que estoy con Bruno, se enciende con la llamada de Daniel que no deja de insistir una y otra vez en que lo atienda.

—¿No vas a contestar? —Bruno guarda el vuelto de la paga de lo consumido—. Es él, ¿verdad?

—Sí.

—Permíteme hablarle.

—No, ya han sido suficientes las discusiones que presencié hoy, no es necesario agregarle una más —Me levanto para tomar mi abrigo.

—Está bien, no le diré nada. Pero si llega a seguir molestándote me avisarás, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —digo aunque en realidad no piense hacerlo. Yo sé cómo tratar a Daniel en caso de que continúe con ese irritante comportamiento.

Llegamos a mi vecindario en su automóvil observando a toda la gente fuera de sus casas. Las luces de un vehículo policial se reflejan justo frente a la puerta abierta de la mía. Descubrieron a Dylan, no cabe otra posibilidad.

—Adiós —me despido de Bruno acercándome para darle un beso. Tal vez el último cuando vea a mi hermano salir por esa puerta esposado.

—Espera —me detiene—. ¿No quieres que te acompañe?

No, por favor. Por una vez haz a un lado tu sublime caballerosidad y déjame ir sola antes de que pienses que soy una ladrona.

—No, está todo bien, no te preocupes.

—Emma, está todo el vecindario y la policía frente a tu casa. Algo grave debe haber ocurrido. Bajaré contigo.

No tengo otra alternativa más que permitirle que venga. Salgo del vehículo con todos los ojos de mis vecinos puestos en nosotros. No sé si es porque estoy acompañada de alguien a quien seguramente desconocen, o porque una vez más no pueden separar su atención de mí por ser la hermana de un delincuente. Quiero desaparecer aquí mismo aunque no vuelva a ver a nadie nunca más, lo que me espera de seguro no será para nada agradable.

Los susurros de la gente curiosa que se asomó para ver qué sucede me saluda al pasar, entre ellos Daniel, en cuyo rostro puedo ver el enfado que tiene al ver el brazo de Bruno alrededor de mi hombro. Dylan aparece antes de que entremos tal como lo supuse; esposado y con mi madre echando lágrimas detrás.

—Ella, ella es mi hermana —le menciona al oficial que lo acompaña.

—¿Es cierto lo que está diciendo? —responde él.

—Sí, es mi hermano —lamento afirmar.

—Bien. Tendrá que acompañarnos hasta la delegación —Le indica a su compañero con un gesto para que también me sujete.

—Pero ¿por qué oficial? —dice Bruno. Su rostro de desconcierto me conmueve.

—El hombre aquí presente la acusa de ser cómplice de un robo efectuado a primeras horas de la tarde en casa de una familia del distrito federal. Tiene la obligación de acompañarnos —

menciona uno de ellos.

—Descuida, Bruno, estaré bien —trato de convencerlo intentando calmar mi enfado hacia Dylan.

—Pero es absurdo, estuvo conmigo todo el día —defiende él.

—Eso tendrá que explicarlo ante las autoridades, disculpe —responde el oficial apartándonos a mi hermano y a mí.

—Todo saldrá bien. Te sacaré de allí, lo prometo —escucho que la voz de Bruno dice antes de que me encierren como a una delincuente dentro del vehículo.

Estoy tranquila, no solo porque sé que pronto todo acabará, sino también porque no puedo evitar sentir un gran alivio al ver a Bruno preocupado más de lo que yo debería de estarlo. A pesar del poco tiempo desde que nos conocemos decidió depositar su confianza en mí, sin importarle cómo los hechos puedan llegar a interpretarse tras la acusación que Dylan me impuso. Sin embargo, no puedo dejar de sentirme furiosa con mi propio hermano por haberme involucrado en un robo que él mismo planificó. ¿En qué diablos estaba pensando cuando fue capaz de inculparme a mí de las necesidades que él hace?

Giro para observarlo. Está sentado a mi lado asomando su vista por la ventanilla del vehículo que va en marcha. Tengo tantas ganas de gritarle. Por más que trato una y otra vez de hallar la respuesta a lo que acaba de hacerme, no se me ocurre otra cosa más que sea otro intento por hacerme la vida tan miserable como en cierta ocasión aprovechó para decirme que tendría.

Respiro profundo porque al pensar en que pudo haber estropeado mi relación con Bruno las llamas del enojo que cargo se avivan. Quiero decirle cientos de cosas y aunque sé que nada va a poder expresar lo que estoy sintiendo en este momento lo enfrento de todos modos para decirle lo que se merece.

—Las palabras no me alcanzan para describir la escoria que eres.

Dylan voltea su mirada y empieza a reírse.

—Guarda esa valentía con la que ahora me hablas para cuando compartas una celda.

—No tienes nada que pueda perjudicarme. Terminarán por liberarme de toda la basura que seguramente le has dicho de mí, y todo el esfuerzo que has hecho habrá sido en vano.

—Yo no estaría tan seguro de lo que dices.

—Escúchame bien —digo sin dejar de mirarlo fijo a los ojos. No le tengo miedo, no más—. No dejaré que ni tú ni nadie arruine lo que tengo con Bruno, mucho menos mi vida. Prepárate para quedarte en la cárcel porque con los antecedentes que tienes allí estarás el resto de tu vida.

Mi hermano no dice una sola palabra. Jamás le hablé de esa forma. Estoy tan sorprendida por lo que le dije que no hablo hasta que llegamos a la delegación donde Bruno, en cuya mirada encuentro el refugio que necesito para no sacarme de quicio, me espera impaciente junto a mi madre porque baje del automóvil.

A la par de Dylan camino hasta ingresar al establecimiento. Me entenece escuchar a Bruno. Está consolando a mi madre asegurándole como lo hizo conmigo que todo estará bien.

Lamento que no hayamos tenido tiempo de hablarnos más que con nuestros ojos cuando giré para verlo, antes de que me lleven a tomarme la declaración. Sus ojos me dijeron que tiene miedo, miedo de perder a alguien a quien quiere, y lo entiendo. Teniendo en cuenta la clase de justicia que en los últimos años se arraigó en el país... Sin embargo, no hay nada a qué temerle. No hay pruebas, no hay nada que me inculpe más que las falsas palabras con las que Dylan trató de perjudicarme.

Cuento la experiencia que pasé junto a Bruno en casa de sus padres tal como sucedió, aunque prefiero no contarla con demasiados detalles. La imagen de su torso desnudo me distrae del relato

cada vez que pienso en ello.

Firmo lo descrito deseando que de inmediato me pidan que me retire a esperar la resolución en la sección de espera, pero me exigen que permanezca sentada hasta que terminen con su trabajo.

La aguja del reloj sigue pasando y comienzo a inquietarme. Observo cada rincón de la delegación que alcanzo a ver, entre ellos en el que está Bruno. Oh, no, se pone de pie, viene directo a donde estoy. Su imprudencia me asombra, todavía no resolvieron lo que sucederá conmigo y ya viene a buscarme. Ruego que no vaya a comportarse al igual que Daniel cuando monta un escándalo frente a su impaciencia. Aunque esté fascinada por él no estoy dispuesta a volver a pasar por escenas de ese tipo otra vez.

—Lo siento, señorita, pero deberá pasar hoy la noche aquí —Giro para escuchar a la voz que habla.

—¿Qué? —digo sin entender.

Bruno, que de seguro vio cómo se aproximaban al escritorio para explicarme qué sucederá conmigo, escucha lo que están diciéndome.

—Esto es un atropello —interviene—. No tienen absolutamente nada en su contra, tienen que dejarla ir, ahora mismo.

—¿Es usted su abogado? De no ser así le pido que se retire —Le indican con un gesto que a Bruno lo hace sentir molesto, demasiado.

—No, no lo soy, pero vendrá uno en este instante y acabará con toda esta basura.

—Perfecto, aquí esperaremos entonces.

Al cabo de media hora veo llegar a una mujer de labios rojos, cabello rubio y zapatos de diseñador. Es alta, usa unos soberbios pendientes que apuesto que no se tratan de ninguna imitación. Debe tener en cierta medida la misma edad de Bruno, y vaya, se acerca a donde estamos. ¿Es ella mi abogada?

Saluda con cariño a Bruno, con demasiado cariño, tal vez, y se detiene a verme, no de la manera en la que Cordelia lo hizo la primera vez que me vio, pero aun así con cierta arrogancia.

—Tú debes ser Emma, me llamo Regina, es un placer conocerte —me dice sonriendo al desprenderse del abrazo que le dio a Bruno, pero su muestra de entusiasmo no me parece para nada sincera.

—Lamento que sea en estas circunstancias —respondo sin poder quitarle la vista a sus aretes.

—Al contrario, es un placer. Nada me da más satisfacción que enfrentarme a un par de cretinos que juegan a tener el control donde no lo tienen.

—¿Podrás sacarme de aquí hoy? —pregunto esperanzada.

—No lo dudes. Bruno me ha explicado por teléfono lo ocurrido. Esta situación es más que ridícula, no tienes nada de qué preocuparte, saldrás en menos de diez minutos.

A pesar de que la primera impresión de Regina no me inspiró demasiada confianza no puedo negar que parece determinada en lo que dice. Solo habrá que esperar a que sus hechos le sigan a sus palabras, y así me demostrará que su compromiso no es algo ficticio que usa para complacer el pedido de Bruno, a quien por cierto ahora no deja de ver de una forma pretenciosa.

—¿De dónde la conoces? —menciono cuando la veo apartarse.

—¿A Regina?

—¿A quién más? —Noto lo embobado que está al verla escurrirse entre la gente.

—Hicimos el bachillerato juntos, luego nos distanciamos y digamos que gracias a ti pude volverla a ver —Sonríe como un niño en Navidad.

—¿Por qué se dejaron de ver?

—Siempre estaba demasiado ocupada como para que saliéramos, o al menos eso decía ella —
Suspira lamentándose el muy idiota.

¿Acaso no se da cuenta de que lo estoy observando como tal vez jamás lo hice?

—¿Has tenido algo con ella?

Bruno hace una pausa y se prepara para responderme. ¿Teme ser sincero conmigo?

—Fuimos novios por algún tiempo cuando estábamos en la universidad, pero no funcionó.

—Espera un momento —Medito la situación incómoda en la que estoy frente a su ex—. ¿Has roto tú con ella?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Por eso no quiso volver a verte. Estaba resentida todavía, diablos, Bruno, si ha vuelto es porque no lo ha superado y no tiene intenciones de ayudarme.

—Por supuesto que sí, lo nuestro sucedió hace años.

—Ella aún no lo ha superado. Deberías de darte cuenta por la manera en la que te mira.

No me molesta tanto que traiga a una ex para evitar que me quede siquiera una noche en la delegación, más me irrita el hecho de saber que todavía a esa ex, que parece haber salido de la nada misma, le siguen ocurriendo cosas con Bruno. Tal vez mis celos me llevan a pensar que es así, pero apuesto lo que sea a que incluso cualquier persona que esté en el establecimiento puede notar el interés que Regina, a pesar del tiempo, mantiene intacto por Bruno.

—Bien, ya está todo listo —menciona Regina al regresar—, solo tienes que firmar unos papeles y podrás irte a casa.

—¿Qué hay de lo que su hermano ha dicho en su declaración?

—Pues quedará sujeto a lo que el juez en cuestión dictamine. Al menos por el momento no tiene ningún elemento contundente que acuse directamente a Emma, así que puede irse.

—Gracias, gracias realmente, no sé cómo agradecerte después de tanto tiempo sin verte, Emma, ¿no vas a decir nada? —dice Bruno tras mi silencio. Creí que con las muestras de su agradecimiento exagerado sería más que suficiente para Regina, pero me equivoqué.

—Lo siento —respondo intentando no mostrarme molesta por su actitud—, gracias.

—Descuida, no es nada. Hasta luego, Bruno, espero volver a verte pronto. Adiós, Emma.

Adiós, zorra.

La mañana del martes despierto con un fuerte dolor de cabeza. El teléfono debajo de mi almohada no deja de vibrar. Tal vez se trate de algún mensaje. Lo más probable es que sea algún tipo de publicidad engañosa que suelen enviarme usualmente a primera hora, o tal vez no.

—¿Daniel? ¿Qué haces llamándome a esta hora? —digo al contestar. Faltaban dos minutos para que sonara la alarma.

—He estado preocupado por ti. Acabo de enterarme de que ya estás en casa y quería saber cómo estabas.

—Estoy bien —respondo sin darle más detalles, ¿en qué estaba pensando cuando atendí el teléfono?—. Escúchame, no quiero llegar tarde al trabajo, debo colgar.

—Espera, Emma, por favor, ¿cuándo podríamos vernos?

—Adiós, Daniel.

Me pregunto cuándo llegará el día en el que Daniel se dé cuenta de que ya no nos correspondemos, de que lo nuestro ha terminado de una buena vez y para siempre. Lo único que puedo llegar a sentir por él es compasión porque es evidente que necesita ayuda, terapéutica es probable. Por momentos suelo sentirme culpable por haberlo dejado, pero no había nada que yo pudiera hacer al respecto más que alejarme de él. Ya no estaba dispuesta a tener que lidiar con sus

malos tratos, menos siendo su novia. De no haber sido por Bruno no sería consciente de que una pareja por más ficticia que sea sobre todo merece respeto.

Entro en la cocina. Se huelen las tostadas recién hechas junto al café que mi madre ahora cada mañana hace antes de salir a nuestros trabajos. Para mi sorpresa veo que esta vez ha preparado solo el desayuno que lleva hacia la mesa del comedor. Me pregunto qué fue lo que la ha hecho levantarse con tanto estímulo como para dejarme comer sola, sabe lo deprimente que me resulta tener que hacerlo.

—Buenos días, Emma, te he dejado el desayuno listo —menciona al saludarme.

—¿A dónde vas con esa prisa? Todavía tienes tiempo de salir —Me aseguro viendo el reloj de la pared—. ¿O es que han vuelto a cambiarte el horario de trabajo?

—Pasaré primero a ver a tu hermano —responde impaciente por querer irse, tal vez para no escuchar lo que tengo para decir al respecto.

No culpo a mi madre por estar pendiente de Dylan. Haga lo que haga seguirá siendo su hijo, y aunque me cueste trabajo hacerla entrar en razón de que todos sus esfuerzos por intentar cuidarlo son en vano, creo suponer que muy dentro sabe al igual que yo que la vida de mi hermano continuará siendo la misma, si él no decide comenzar una nueva, lejos de todos sus amigos que bastante lo han mal influenciado.

Me acerco a la mesa para tomar asiento. Mi madre quita su abrigo del respaldo de la silla para salir cuando Neena aparece detrás. Luce como una pobre niña que acaba de ser reprendida luego de haber hecho algo malo. Se aproxima a donde estoy para saludarme, pero la interrumpo de mala gana preguntándole qué está haciendo aquí. Según tenía entendido tiene una casa a pocas cuadras en la que vive junto a su familia. No tiene nada que estar haciendo si Dylan no está.

—No tiene un lugar donde quedarse —interrumpe mi madre en su defensa.

Es increíble. Después de todos los incidentes ocurridos anteriormente en los que Neena y Dylan han sido los causantes, la única desalmada a quien no le importa lo que suceda con el otro parezco ser yo.

—Pues que se vaya buscando uno porque Dylan no volverá por algún tiempo —respondo.

—De eso es lo que quería hablarte Neena, quiero que conversen —dice mi madre—. Pero háganlo con tranquilidad, por favor.

—Es claro que tú y yo nunca nos hemos llevado demasiado bien, pero la vida de tu hermano creo suponer que nos importa a ambas, ¿verdad? —me habla Neena al quedarnos a solas.

—Supones mal, no me interesa tener ningún vínculo con un alguien como Dylan.

—Sé que estás enfadada ahora, lo entiendo, pero si aceptaras pagar su fianza prometo que te dejaremos en paz, nos marcharemos para siempre de esta casa y no tendrás que volvernos a ver si así lo prefieres.

Río de lo absurdo que eso ha sonado.

—Yo no tengo dinero, ¿o acaso no te das cuenta? —digo.

—Tal vez tu novio podría ayudarte un poco.

—¿A mí me ayudaría? ¿Por qué no usan el mismo dinero que se robaron? —reprocho irónica.

—Ya lo han encontrado, por favor —suplica Neena. Por un momento me parece ver que trata de contener sus lágrimas—, no estaría pidiéndote esto si no lo necesitara.

—No pienso pedirle dinero a Bruno para sacar de la cárcel a quien le robó a sus padres, ¿qué tienes en la cabeza?

—Bien, cómo gustes. Luego no te quejes de nosotros en caso de que Dylan quede libre.

Reírme sería poco frente a lo absurdo que acabo de escuchar. ¿Con qué atrevimiento Neena se anima a pedirme que la ayude, o es decir, que ayude a Dylan? Vuelvo a sentir pena por ella, por

estar atada a un hombre que no vale la pena. Aunque tampoco puede decirse demasiado de su parte. Después de todo, no son muy diferentes entre sí, tanto que presiento que un día acabarán matándose entre ellos.

El frío deja de golpear mi rostro cuando entro en el local. Esperaba deseosa un chocolate caliente y que Bruno hubiera encendido la calefacción a más no poder, pero al ver de espaldas la cabellera rubia inconfundible de una mujer conversando con él hace que todas mis ansias se interrumpen para concentrarme en lo que veo.

—Hola, Emma, ¿cómo estás? ¿Trabajas aquí? —pregunta Regina luego de verme pasar el mostrador y ponerme al lado de Bruno.

—Sí, desde hace algún tiempo —respondo—. Creí que te lo habían contado todo acerca de mí.

—Bueno, no exactamente todo, pero imagino que ya tendremos tiempo para eso, ¿cierto? —Desvía su mirada hacia Bruno.

—Claro —contesta él.

—Y cuéntanos —Finjo ser lo más amable posible, no me gusta para nada que esté aquí—, ¿a qué debemos tu temprana visita?

—Estaba comentándole a Bruno que han encontrado una bolsa con el dinero que han robado.

—Sí, acabo de enterarme —Bruno me observa con asombro—. Neena me lo ha dicho —le explico al ver su expresión.

—Dentro de la bolsa —sigue hablando Regina— hallaron unos aros, de mujer, claro.

—Queremos saber en caso de que esto se ponga un poco más, digamos, complicado para ti, si estarías de acuerdo en que ella te represente como abogada —agrega Bruno.

—¿Qué dices, Emma?, ¿aceptas... o no?

Si acepto su proposición significaría que Regina estaría en contacto permanente, no solo conmigo sino con Bruno también que es lo que más me importa de todo. Estoy segura de que su regreso no es señal de nada que pueda ser bueno. Si se muestra tan interesada en querer contentar la intención de su ex por ayudarme, bien podría ser porque aquello no le es más que una oportunidad para reanimar la relación que perdió con el tiempo. En mis labios está la decisión de apartarla, no definitivamente porque no cabe duda alguna de que sabrá ingeniárselas para volverle a hablar a Bruno, pero al menos le dificultaría un poco el asunto.

—Yo... Bruno —Centro mi atención en él. Es claro que si me niego a recibir apoyo como en realidad quiero hacerlo, mis celos quedarían en evidencia—, si tú estás conforme no hay nada que decir. Sabes que no dispongo del dinero suficiente como para pagarle a un abogado del calibre que imagino que Regina es, así que mi respuesta es sí.

Tal vez me arrepienta de esto, lo sé.

—Bien, en ese caso me marcho, voy directo a la delegación por más detalles.

—Gracias de nuevo —dice Bruno.

—No es nada —Le toma la mano sobre el cristal del mostrador—. Solo cumple con devolverme la llamada —concluye Regina para despedirse.

Le tomó la mano, enfrente mío, no le interesó en lo más mínimo que Bruno le haya contado que yo soy su novia. Tal vez debería de recordárselo yo misma cuando tenga la ocasión de hacerlo porque al parecer se le olvidó. Ahora más que nunca estoy segura de cuáles son sus intenciones. Hice bien en aceptarla como abogada, así podré vigilar sus pasos más de cerca.

—¿Qué sucede? —habla Bruno percatándose de mi enfado.

—¿A qué se refería con que quiere que le devuelvas la llamada?

Vamos, Emma, los celos no pueden enseñorearse de ti de esta forma, estarías comenzando a comportarte como Daniel, y aunque tus razones sean válidas Bruno se merece la confianza que en ti ha puesto siempre.

—A que la llame —responde divertido.

—Bruno, no finjas conmigo —Suspiro para intentar que mis celos no hablen por mí—, ¿qué te ha dicho?

—Calma, solo me ha invitado a salir —Levanta las manos en señal de defensa.

—¿A salir? ¿Ella a ti? —pregunto solo para confirmar aún más mis sospechas. Era obvio que Regina había tomado la iniciativa.

—Sí, ¿por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿No sabe que estoy saliendo contigo?

—Pues sí.

—¿Entonces?

—Solamente quiere que salgamos a tomar algo —dice sereno— como amigos, tú sabes, para recordar viejas épocas. Por cierto, este fin de semana es...

—Tu cumpleaños —interrumpo—. Lo sé, no lo he olvidado como presumo que tú tampoco olvidarás el mío —digo animada.

—El plan es este —Toma mis manos para hablarme—: pasaré el sábado a buscarte a las siete, iremos a casa de mis padres...

—¿Es una broma? Tus padres me odian.

—No, no te odian, bueno, tal vez un poco —Se ríe—, pero habrá mucha gente, no los notarás.

—Gente que no conozco, Bruno, me dejarás sola toda la noche mientras conversas con cada uno de ellos.

—Tranquila, no estarás sola, Paul también irá.

—Vaya, eso será de ayuda —contesto con ironía—. ¿Has invitado a Regina?

—Es una noche especial —sigue hablando—, mi hermana, Priscilla, regresa de viaje. Es importante para mí que estés allí.

Agradezco en mi interior que haya ignorado mi pregunta. Si hubiésemos continuado conversando en torno a Regina habría sido probable que acabáramos peleándonos, y ninguno de los dos queremos eso. Además, Bruno todavía no ha aceptado su invitación y en caso de que lo haga no debo preocuparme. Su fiesta de cumpleaños es la muestra suficiente de que lo nuestro finalmente parece estar afianzándose cada vez más. Aquella noche no solo me presentará como su novia frente a sus padres, sino también frente a todo su círculo social. ¿Estoy preparada para eso? ¿A quiénes les caería bien?, ¿podría llegar a hacer alguna amistad? Desde mi relación con Daniel perdí a todos mis amigos. Esta será la oportunidad ideal para reparar eso, y para disfrutar de una celebración que marcará un antes y un después en mi relación con Bruno.

—Lo haré —respondo con entusiasmo.

La noche del sábado estoy demasiado indecisa, no encuentro dentro de mi armario ningún vestido que me quede tal como deseo: perfecto. Bruno me comentó que habían planeado llevar a cabo el cumpleaños en el salón trasero de la casa donde por lo general suelen hacer los festejos familiares, así que supongo que la cantidad de gente que había expresado que iría no había sido ninguna mentira suya, en realidad el lugar estará repleto, por eso debo de estar impecable ante tantos ojos que de seguro no dejarán de observarme quizás toda la noche. Necesito algo intermedio, que no sea informal, pero tampoco demasiado formal. La ocasión amerita que halle algo, así que sigo buscando hasta que mi madre entra a ver por qué tardo tanto.

—Tienes tantas prendas que ni yo he visto, vamos, elige al menos dos y vete a bañar.

—¿Qué te parecen estos? —le digo alzando dos vestidos cortos de color negro que aparté hace minutos.

—Son perfectos, ahora entra al baño.

Me gusta escuchar a mi madre dándome órdenes en este tipo de escenas. Por un momento parece regresarme a mi niñez, cuando la vida no me parecía tan llena de problemas.

Termino de bañarme después de haber meditado cuál de los atuendos usaré. No falta mucho para que Bruno pase a buscarme, será mejor que me dé prisa antes de que llegue y yo aún esté arreglándome. Camino sobre el corredor hasta mi habitación. La puerta está abierta, qué extraño, siempre tengo el hábito de dejarla cerrada. Tal vez mi madre entró y se olvidó de cerrarla. Con mi vista busco la ropa que sobre mi cama había dejado preparada, sin embargo no está allí. Trato de encontrarla por toda la habitación aunque me parezca imposible de haberla cambiado de lugar, aun así sigo sin hallarla.

—Mamá, ¿sabes dónde están los vestidos que dejé en mi cama? —levanto mi voz para que me escuche desde el comedor. Tal vez ella se los llevó para hacerles algún arreglo, quién sabe.

—No... Los habías dejado aquí —Se acerca para señalarme el sitio donde deberían de estar.

—Qué extraño.

—No pierdas tiempo, ponte otra cosa —dice abriendo el armario dispuesta a buscar más ropa.

Mi madre se queda inmóvil con el rostro completamente horrorizado.

—¿Qué sucede? —respondo ante su reacción.

Me aproximo para ver qué es lo que está sucediendo. Al igual que ella quedo con la boca abierta, todos los vestidos que estaban colgados están destrozados. ¿Qué demonios? No tengo nada que ponerme, no solo para la ocasión de esta noche sino para el resto de las que seguirán. ¿Qué haré?

—¿No has visto a nadie entrar en mi habitación?

—No, Emma, nadie ha entrado, he estado rondando por aquí todo el tiempo, Neena está en su...

—¿Neena?! —Es evidente que ella es la culpable. Estaba molesta porque no quise acceder a su absurda propuesta de querer sacar a Dylan de la cárcel y se ha desquitado de esta forma tan inmadura.

—Cálmate, Emma.

—¿Ha sido ella! Pero se irá ahora mismo de esta casa —digo saliendo a buscarla.

—¿Emma, espera! —grita mi madre siguiéndome detrás.

La puerta de entrada suena en el momento en el que entro en la habitación de mi hermano para buscar a Neena, seguramente se trata de Bruno. Llego a la sala hecha un manojo de nervios, e incluso siento que parecen brotarme llamas del cuerpo cuando veo a Neena sonriente de pie junto a la puerta con un par de tijeras en la mano. Sabe que no voy a hacerle ningún escándalo porque Bruno ha llegado y está en lo cierto, pero ya se las haré pagar de algún modo.

—Hola. Veo que no estás lista, ¿o sí? —menciona Bruno viéndome rodeada de una toalla.

—No, pasa —lo invito a que entre.

Mi madre se acerca a nosotros después de que la veo hablar con Neena por lo bajo. No tengo idea de qué fue lo que le dijo, pero no debió de ser nada bueno puesto que la cara de Neena parecía no haberse contentado demasiado con lo que escuchaba.

—¿Le has contado que no tienes nada que ponerte?

—Mamá —la regaño, no quiero que Bruno mal interprete la situación y piense que pretendo que me compre algo.

—Lo siento —dice.

—¿Quieres que compre algo por ti? —habla Bruno sin siquiera cuestionar lo mencionado.

—No, claro que no —me niego—, puedo usar uno de mis jeans con...

—Por supuesto que no —interrumpe—. Tienes que estar espléndida hoy, ve a cambiarte, iremos por algo.

De camino a casa de sus padres entramos en un gran centro comercial. Es más enorme que cualquier otro que haya visto antes. Hay tantas casas de moda, tanta ropa en las exhibidoras por querer probarme que de no haber encontrado mi tienda favorita estaría horas en decidirme por un atuendo. Por momentos me siento un tanto incómoda, es la primera vez que alguien que no sea mi madre va a obsequiarme algo de esta magnitud. Quizás me siento incómoda porque el precio de cualquiera de estas prendas está excedido de lo que puedo llegar a pagar. Pero quiero estar a la altura de Bruno. Viste tan elegantemente apuesto con su camisa y su corbata azul que prefiero al menos por esta vez correr a un lado los pensamientos que dicen que no es necesario que gaste su dinero en mí, y dejar que me obsequie lo que él quiera.

—¿Qué te parece este? —Le muestro a Bruno un vestido púrpura que extraje del perchero—. ¿O este? —Le enseño otro—. ¿Qué tal este? —Hay tantos modelos alucinantes de diferentes colores y texturas que no sé cuál de todos elegir.

—Quédatelos todos —responde sin más ni menos.

—¿De qué hablas? —Los vestidos que sostengo se me han estado a punto de caer.

—Cuando fuiste a cambiarte tu madre me contó lo ocurrido, sé que no tienes ningún vestido ya.

—¿Y qué más te dijo? —le pregunto esperando que mi madre le haya contado lo que había visto decirle a Neena.

—Que la ha echado.

—Es lo justo —menciono siguiendo con la búsqueda.

—Emma, ¿no crees que si tienes tantos problemas en casa deberías irte?

—No podría dejar a mi madre sola, está enferma —respondo—. Además, ¿a dónde me iría?

—Imagino que no planeas vivir con ella toda la vida, ¿o sí?

—No, claro que no, pero al menos por ahora dejaré que las cosas queden así. ¿Qué te parece este? —menciono al encontrar un vestido bordó al final del perchero—. Para que lo use esta noche.

—Es perfecto.

Ocupo uno de los vestidores para cambiarme. Me quito la ropa para colocarme encima la nueva que lleva mangas transparentes con detalles que sobresalen de la tela del mismo color que el vestido. Me queda estupendo, solo que no llego a tirar del cierre para dar por terminado que lo usaré en el cumpleaños. Lo más conveniente será llamar a alguna de las vendedoras para que me ayude. Abro con cuidado la puerta en busca de alguna de ellas, sin embargo al parecer todas están ocupadas.

—Bruno —lo llamo al divisarlo no muy a lo lejos.

—Sí, dime.

—¿Podrías tirar del cierre? —le pregunto señalando mi espalda.

—Claro.

Bruno entra en el espacio limitado entre la puerta y el espejo. Está un tanto nervioso. Por un par de minutos supe que estaba observando mi piel descubierta porque se quedó parado frente a ella sin hacer nada más que mirarla.

—¿Estas bien? —digo.

Su respuesta que es instantánea es besar mi desnudez avanzando de a pequeños pasos hasta hacerlos mayores. Al alcanzar mi cuello no puedo evitar suspirar suavemente del placer que me genera. Lo tomo de su cabello para hacerlo girar y uno mis labios a los suyos que estaban desesperados por rozarlos. Con su cuerpo me lleva hasta chocar contra el cristal sin dejar por un segundo de besarme. Su tacto es tan magnético a mi cuerpo que estoy a punto de desbordarme. Lo deseo, lo deseo con locura.

«Anímate a acariciarme otras partes» es todo lo que mi mente puede pensar, pero Bruno se detiene diciendo que será mejor que salgamos.

Sé que no es lo más pertinente hacer este tipo de cosas dentro del vestidor de una tienda de ropa, pero en realidad el motivo por el cual decidimos salir, el motivo por el cual Bruno dejó de tocarme ha sido porque mi cuerpo junto al suyo le produjo una erección, una gran erección, puedo decir, que se deja notar bastante bien frente a mí.

—¿Cómo haré para salir ahora? —me dice sonriendo.

Se me ocurren varias formas para solucionar eso, pero no voy a decírselas aquí.

Salimos hacia una de las cajas registradoras que afortunadamente está libre. Bruno oculta su entrepierna con el atuendo que había llevado al vestidor para probarme. Se me está haciendo un poco difícil no reírme. De camino se acerca a la sección donde había visto la última colección y toma la mayor cantidad de vestidos posibles para cargarlos encima. Había olvidado por completo su deseo de querer regalármelos.

—No es necesario que me compres todos esos vestidos —digo.

—Sí, lo es —responde entregándole a la cajera modelo por modelo—. ¿Por qué simplemente no puedes dejar que te consientan? Eres mi novia.

—¿Lo soy?

—¿Tienes dudas de eso?

—No, ya no.

Lo dije, no de la forma que hubiera deseado escucharlo, pero aun así me está asegurando que a nadie más que a él le pertenezco, y por el solo hecho de saberlo siento que mi temor a perderlo por otra mujer poco a poco disminuye. Quiero a este hombre, a pesar del riesgo que sé que estoy corriendo al estar junto a él, lo quiero como tal vez jamás llegué a querer a alguien.

—Prométeme que usarás cada uno de estos vestidos —menciona recibiendo las bolsas.

—Lo prometo, hada madrina.

Bruno conduce a toda velocidad hasta llegar a casa de sus padres. La puerta enrejada está abierta de un lado al otro y un par de hombres vestidos de negro se encuentra de pie junto a ella. Me recuerda a algún tipo de fiesta de cierta celebridad a la que claramente vi solo por televisión. El lugar está repleto de los vehículos más costosos que pueda haber, hay tantos que parece que Bruno no irá a encontrar un buen lugar para estacionar.

—¿Seguro que aquí es tu cumpleaños?

—Sí, ¿por qué? —responde con esa media sonrisa que lo caracteriza tan bien.

—Esto parece la playa de estacionamiento de alguna banda en concierto.

—Mi madre ha aprovechado la ocasión para invitar a un par de contactos que le gustaría incluir en su red de negocios.

—¿En tu cumpleaños?

—Le pareció una idea estupenda para afianzar el vínculo —menciona apagando el motor—. ¿Sabes?, quisiera quedarme el resto de la noche aquí dentro, contigo.

—Tal vez luego —Veo cómo su sonrisa se torna traviesa tras oír mi respuesta alentadora.

Es claro que quiere que continuemos con lo empezado en el vestidor de la tienda, y es claro

que yo también lo quiero.

Bruno me mira por un minuto sin decir nada más de lo que sus ojos llenos de desenfreno hablan por sí mismos. Me quedo observándolo y espero a que se mueva de su lugar para que haga lo que quiero que haga, aunque tal vez dado el contexto no se anime.

Mi mente comienza a inquietarse. Me pregunto si toda la tensión que experimento irá a acabar de la forma en la que cientos de veces imaginé que sucedería cuando Bruno al fin me hiciera suya. Tal como lo deseo Bruno se acerca hasta mi asiento buscando mis labios que están ansiosos por rozar los suyos. Con sus brazos rodea mi cuerpo y me saca de mi lugar de manera que caigo del lado del conductor encima de él. Sigue por mi cuello besándome cada parte hasta alcanzar de nuevo mi boca. Mientras, sus manos con suavidad tocan mis senos provocando que la excitación acumulada en mí aumente con gritos que reclaman libertad.

—Emma, ya no puedo resistirme, ¿quieres hacerlo?

Junto mi boca con la suya bruscamente. El desenfreno que había visto en sus ojos parece haberse incrementado.

—Sí —respondo sintiendo como si una ola de calor invadiera mi cuerpo.

Bruno toma el borde de mi camiseta y la extiende hacia arriba. Antes de quitármela se escucha un fuerte golpe sobre el cristal que viene del otro lado de la puerta.

Es su madre.

—¡Salgan del auto ahora mismo! —grita desde afuera.

Por fortuna ninguno de los dos estamos desnudos, así que solo bajamos acomodándonos un poco la ropa.

—¿Qué rayos estaban haciendo ahí dentro?! ¡Bruno, ya no eres un adolescente! La casa está repleta de gente, podrían haberte visto, ¿dónde has estado?

—Emma, entra en la casa, busca donde cambiarte.

—Vamos, Bruno, date prisa —le dice Cordelia apartándolo del brazo.

—Te estaré esperando en el salón —Bruno gira para hablar antes de que comience a alejarse más por el jardín.

Entro en la casa con la bolsa en la que llevo el vestido que usaré. Hay muchachos que entran y salen con las manos repletas de bocadillos, mientras que otros llevan la bebida seguramente al salón donde ha comenzado la fiesta. Me acerco a un hombre bien distinguido que está de pie junto a la escalera observando la pantalla de su móvil sin hacer nada. Le pregunto si no hay algún sitio cerca en el que pueda cambiarme cuando aparta su vista para examinarme de manera bastante atenta debo decir. Aparenta unos diez años más que Bruno y por lo particular de su rostro sé de inmediato que se trata de algún miembro de su familia, uno de los tantos a los que espero caerle bien esta noche.

—Lo siento, estoy buscando un lugar donde cambiarme de ropa, ¿podrías ayudarme?

—Claro. Por lo que veo llegas tarde. Ve por el corredor, primera puerta a tu izquierda — Señala con su pulgar hacia atrás.

—Gracias.

Cuando regreso a la sala usando el vestido que Bruno me eligió puedo notar que el sujeto ni siquiera se ha movido. Me pregunto qué es tan interesante como para que se esté perdiendo de toda la diversión allí atrás. Tal vez la fiesta está siendo tan aburrida que escogió escabullirse un

momento.

—Dime que el cumpleaños no está siendo un fiasco, te lo ruego —menciono.

El desconocido levanta su cabeza y deja su boca entreabierta.

—No, es solo que... me aburren las fiestas.

—¿Por qué simplemente no te vas? —le sugiero con amabilidad.

—Soy el hermano del festejante, no tengo escapatoria. Además, se supone que era la sorpresa de la noche.

—¿Tú eres el hermano de Bruno?

—Sí, así es, ¿y tú eres...?

—Emma, su novia.

—Vaya, discúlpame, cuando te vi llegar creí que eras una camarera —sigue hablando tras tomar una de las copas de champaña que pasan—. No sabía que Bruno tenía novia.

Me sorprende, pero luego recuerdo que a pesar del lazo que los une, Bruno no es tan allegado a su hermano mayor como lo es de Priscilla. Tal vez por eso no se enteró de nuestra relación.

—Yo no sabía que tú eras Vincent. ¿Cuándo has llegado?

—Pues esta mañana junto a mi hermana de hecho. Vaya, mi hermano no deja de sorprenderme —sigue diciendo después de tomar un trago largo—, ha sabido escoger una bella mujer.

—Gracias.

—Solo espero que no lo eche a perder.

—¿Qué quieres decir?

—Es un mujeriego, los mujeriegos nunca cambian.

Escuché tantas cosas de esta familia que pudieron haberme lastimado, mucho más de lo que Vincent me dijo, pero nada me ha hecho doler tanto como lo que acabo de escuchar. No puedo imaginar cómo sería un solo día sin que Bruno esté a mi lado, sin que hablemos largo y tendido por teléfono aunque nos viésemos a diario, sin que me sorprenda en la tienda abrazándome fuerte cada vez que estoy de espaldas, sin que me bese como solo él sabe hacerlo; con aquellos labios finos sabor a fuego y miel que introducen en mi boca el veneno que me hace caer rendida a sus pies. No, no imagino nada fuera de eso si es que pronto Bruno llega a reemplazarme por otra. Sé que lo que Vincent dijo no lo hizo con malas intenciones, pero no por eso deja de preocuparme porque todo siga igual de bien como hasta ahora.

—Oh, lo siento, ¿te hice sentir mal? —habla tras seguramente notar la pena sobre mi rostro.

—No, es solo que... no quisiera hablar de ello, al menos no hoy que es una noche de festejo, discúlpame —respondo y me aparto.

No creo que sea el momento más indicado para hablar sobre aquel aspecto de la vida de Bruno que a toda costa trato de olvidar. Aunque por momentos mi mente me recuerda que es algo necesario de hacer, si es que entre mis deseos nace la idea de algún día formalizar la relación que tengo con él. Hoy solo quiero alegrarme de tenerlo a mi lado, que festejemos algo tan especial como lo es su cumpleaños, que no le demos importancia a lo que pueda ocurrir mañana. Las esperanzas de que pueda cambiar aún siguen vivas.

—Lo sabías —Vincent me detiene—. Es decir, sabes que corres un riesgo al estar con él y aun así lo quieres.

—Pues sí —Giro para afirmarle.

—Bien, cuídate, es todo lo que querrás oír.

—Lo haré, gracias.

¿Que me cuide? Ya es tarde. Poco a poco siento que me sumerjo más en las aguas profundas de un océano que acabará por cubrirme. ¿Cómo podría volver atrás?, ¿cómo hacerlo si ahora mis

ojos no ven más que el azul del agua? El camino parecía ser tan lejano desde la divertida arena, donde no había riesgos de que mi corazón fuese pescado del tal repentina forma, que no había notado lo rápido que se podía llegar a él.

Abro la puerta del enorme salón y oigo el bullicio de la gran cantidad de gente que conversa de pie bajo la luz tenue que acompaña la cálida música instrumental. Me pregunto si el género continuará igual el resto de la noche o lo cambiarán por algo que al menos trate de mantenernos despiertos por un buen rato. Camino hacia el centro con un par de miradas que siguen mis pasos. Apunto mi vista hacia la decoración. A pesar de ser sobria hace que no pueda sacarle los ojos de encima, al igual que a cada persona que veo hablar a mi alrededor. Me parece un tanto descortés de su parte que ni siquiera intenten disimular su interés al verme caminar. Decido ignorarlos, no me importa lo que estén viendo de mí...

—¡Emma! ¡Por aquí! —Bruno alza la mano tratando de capturar mi atención.

Visualizo a los lejos su encantadora sonrisa para reunirme con él.

—Luces maravillosa —expresa emocionado—. Ven —Toma mi mano para guiarme por la pista—, mi hermana está por aquí, quiero que la conozcas.

Caminamos entre la gente hasta llegar a una chica de cabello rubio ceniza que se la ve de espaldas bebiendo una copa. Estoy nerviosa. Quiero con todas mis fuerzas al menos caerle bien a tan solo un miembro de la familia de Bruno, con eso me bastaría para quedarme tranquila.

—Priscilla —Bruno le toca el hombro para que gire—, ella es mi novia.

—¿Tú eres Emma? —dice asombrada con una gran sonrisa en su rostro. Espero que sea una buena señal.

—Sí —Me alegro en decir.

—¡Gracias a Dios! —responde con entusiasmo dándome un abrazo—. He estado esperando ansiosa hace horas por conocer a quien ha sido capaz de hacerle sentar cabeza a este... picaflor.

—Priscilla...—gruñe Bruno.

—¿Qué? ¿Acaso no digo la verdad? Ibas de flor en flor, de flor en flor —Ríe bastante alto—... Es la primera vez que nos presenta a alguien como su novia, así que estoy segura de que es señal de algo bueno. Ven —Esta vez Priscilla es la que toma mi mano—, tienes que conocerlos a todos.

Me lleva por todo el salón y no deja a una sola persona sin presentarme. Recorremos todo el lugar que es bastante grande conociendo a cada miembro y no miembro de su familia. La gran mayoría de ellos se muestra realmente alegre tras escuchar la presentación que Priscilla hace de mí, eso hace que me consuele un poco después del terrible almuerzo que tiempo atrás he tenido con sus padres. Aunque ya el hecho de haberme sincerado antes con Priscilla al comentarle que de no ser por su hermano sería prácticamente pobre, y que no le importara en lo absoluto, me hace sentir más aliviada de lo que habría imaginado.

—Bien, creo que ya te he presentado a todos o a casi todos —dice al apartarnos un poco de la multitud—. Creo suponer que ya conoces a mis padres bastante bien —menciona indicándomelos con el dedo, ambos al parecer están en medio de una discusión.

—Ni me lo digas, no hemos tenido, si pudiese decir, un buen comienzo —Lamento.

—Descuida —habla tomando un cóctel—, nada que no haya ocurrido antes. A mis padres tampoco les había caído bien cuando en uno de mis viajes traje a un fabuloso jamaicano que no tenía ni un centavo. Fue un desastre.

—¿Tanto así?

—Sí, incluso cuando les había explicado que era algo... eventual —Ríe.

Vaya, ahora sé que otro tema Bruno y ella tienen en común: el amoroso.

—Acabamos peleándonos, pero nada que un delicioso español no pudiese resolver pronto —

sigue diciendo luego de beber un sorbo.

—Viajas mucho, ¿verdad?

—¿Lo suficiente como para no ver a mis padres? Sí —se responde a sí misma—. Oh, hablando de Roma —expresa tras a ver a Cordelia aproximándose a nosotras.

—¿Mamá? ¿Mamá estás bien? —le pregunta notando seguramente al igual que yo lo ebria que está.

—Claro que sí —contesta Cordelia entrecerrando los ojos. Se ha pasado de copas, sus mejillas rosadas dan muestra de ello.

—Has estado bebiendo de más, ¿no es cierto?

—¿Qué rayos a ti te importa? —le dice a Priscilla sirviéndose un cóctel—. ¡Si a nadie, absolutamente a nadie en este maldito lugar le importo! Ni siquiera a mi propio esposo. ¿Tú crees que fue capaz de engañarme, otra vez, con una de aquellas zorras con las que trabaja?

—Mamá, es el cumpleaños de Bruno, ¿lo recuerdas? Tienes que verte bien —trata de calmarla para que no siga haciendo crecer el tono de su voz.

—¡Quiero que todos sepan aquí mismo, ahora, la clase de hombre que es tu padre, porque estoy harta!

—Mamá, baja la voz.

—Vamos, querida —Tiburcio aparece y la rodea con sus brazos para llevársela lejos.

—¡Quítame las manos de encima! ¡No quiero que me pongas un solo dedo! —grita a toda voz. Está tratando de librarse de su esposo cuando su bebida cae sobre mi vestido nuevo.

—Oh, lo siento, ¿te lo arruiné? —Cordelia ríe a carcajadas—. Bruno arruinará mucho más que eso, arruinará tu corazón como todos los hombres de esta familia.

—Ya es suficiente —dice su esposo enfadado—. Mira la vergüenza que estás dando. Salgamos afuera.

Cordelia se resiste un poco más, pero acaba accediendo y junto a Tiburcio sale del salón. Me dejan cubierta de una mancha que no estoy del todo convencida de que pueda quitarse. Precisamente en el vestido nuevo que Bruno me regaló tenía que ser.

—Cuánto lo siento —menciona Priscilla—. Te ha costado mucho, ¿verdad?

—Emma, ¿estás bien? —interrumpe Bruno.

—Sí, estoy bien, el vestido se ha ensuciado un poco nada más —respondo observando la mancha.

—Ya veo, ¿quieres salir a cambiarte? Mandaré a que mientras alguien se encargue de arreglarlo.

—Sí, eso sería bueno.

—Bien, vayamos por las bolsas de compra que están dentro del auto así te pones otro.

Caminamos hasta su vehículo que se encuentra estacionado no muy lejos de donde estábamos. A pesar del frío que recorre mi cuerpo cuando Bruno abre la puerta para tomar las bolsas un calor renace en mi interior. Recuerdo las llamas de un fuego que fue interrumpido hace tan solo un par de horas; cuando estuvo a punto de consumirse por completo en puro deseo. Observo su fornido trasero que está medio recostado mientras extrae los vestidos, no puedo quitarle la mirada. Es tan tentador pensar en tocarlo que mi mente queda cautiva hasta que me doy cuenta de que debería dejar de verlo. La baba podría asomarse por mi boca, y parecería una descortés si no ayudo a tomar las bolsas que quedan.

—Permíteme —Bruno me detiene cuando abro la puerta izquierda en busca del resto.

—¿Seguro que puedes con todas? —digo viéndolo cargar las bolsas—. Déjame llevar alguna.

—De ninguna manera, pero te agradecería que cerraras la puerta —Sonríe.

Al llegar al mismo piso donde una vez habíamos estado huyendo de un grupo de ladrones, entre ellos mi hermano, Bruno abre una puerta animándome a pasar entretanto busca con su mirada dónde dejar las prendas. El dormitorio es bastante espacioso, sin demasiados muebles u objetos de decoro más que un par de lámparas y fotografías que luego me tomaré el tiempo de ver con atención. Sin embargo, hay algo tan particular en el retrato de un adolescente que reposa sobre la mesa de luz que de inmediato quiero verlo. Sin lugar a dudas aquellos rasgos le deben pertenecer a Bruno.

—Vaya, quién habría imaginado que fuiste abanderado de tu escuela —digo alzando la fotografía.

—Era totalmente un *nerd* en aquel entonces —Se acerca también para ver la imagen—. Toda mi familia estaba orgullosa de ello.

—¿Y tú no lo estabas? —pregunto a su lado.

—Antes sí, pero hubiese preferido disfrutar un poco más de la escuela con mis compañeros de clase, en vez de preocuparme por las calificaciones.

—A mí siempre me gustaron los *nerds* —respondo dejando el retrato en su sitio.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué?

—Tal vez por su gran habilidad para aprender —Admiro sus ojos. Sus pupilas ahora las noto dilatadas.

—¿Te gustaría ahora aprender algo de un *nerd*? —Se aproxima más a mí.

—¿Qué sería con exactitud?

—Algo que ninguna escuela me ha enseñado, pero sé hacerlo muy bien.

—Me interesa, sigue.

—¿Sigo? —Se acerca todavía más a tan solo centímetros de mis labios.

—Ajá.

Toma mi barbilla y la lleva a su boca. Con sus manos acaricia mis mejillas y va guiándome hacia la cama donde luego me deja sentada. Quizás quiere que lo observe, pienso viéndolo de pie a medida que se va desprendiendo el botón de su manga. Quizás quiere que vea cómo poco a poco va quedándose desnudo... solo para mí. Aunque más me agradaría la idea de hacerlo yo misma, de poder apreciar cada parte que iría descubriendo como si desenvolviera un regalo, un excitante regalo.

—Déjame hacerlo —le digo con suavidad cuando apenas comienza a desprenderse el resto de los botones de su camisa. Puedo ver pistas de su cuerpo ejercitado.

Me pongo de pie, frente a frente. Bruno apoya ambas manos sobre mí y recorre toda mi espalda. Siento su respiración que al igual que la mía está agitada. Besa mi cuello hasta llegar a mis orejas, y por una extraña razón que no entiendo quiero que me las muerda en este preciso instante.

—Muérdeme —le digo.

—¿Qué?

—Muérdeme con cuidado las orejas.

Así lo hace. Sus dientes me aprietan mezclándose de una esencia placentera que invade mi cuerpo. Mi corazón palpita cada vez más fuerte al darme cuenta de que este hombre es solo mío, de que esta vez nada detendrá lo que ambos deseamos tal vez hace tiempo. Le desabrocho botón por botón admirando su piel. No puedo evitar darle un delicado beso sobre el pecho. Me toma de nuevo para besarme con fuerzas. Le quito el resto de su camisa y luego él se aparta para quedarse solo en ropa interior.

—Oye, esto es muy injusto —dice al mirarme, y es porque aún estoy vestida.

Me recuesto viéndolo venir a mí con el condón que sacó del pantalón tirado sobre el suelo. Luego sube a la cama para extraerme el vestido y me describe cuán ansioso está de verme sin ropa.

—Ahora estamos de igual a igual —menciona sonriendo.

Apoyo mi cabeza sobre la almohada. Percibo con mi cuerpo desnudo la seda que cubre las sábanas. Bruno se acerca para quedar encima de mí. Puedo ver sus ojos, su boca, todo su hermoso rostro que se muestra tan deseoso como yo de que finalmente sea suya.

—Me gustas mucho, Emma.

—A mí también —Me acerco para que nos besemos.

Se mueve para sacarse el bóxer que lleva puesto y deja a mi vista su miembro, su enorme y bello miembro del cual no puedo hacer mis ojos a un lado. Se ubica rápido el condón y vuelve dispuesto para penetrarme.

—¿Lista?

—Ya —Lo quiero adentro mío, ahora.

Se introduce lento haciéndome sentir cómo el calor de su piel recorre hasta el fondo de mi interior. Suave, lento al principio, hasta que luego comienza a ir más deprisa.

—¡Ah! —exclamo del placer sin poder creerlo, nunca antes había gemido tan fuerte.

—¿Quieres que vaya más despacio? —Bruno me pregunta al oído entretanto sus manos recorren lo tenso de mis senos.

—No.

Su sexo entra y sale cada vez con más fuerza. Sea lo que sea que esté sintiendo mi cuerpo es demasiado. Esto está convirtiéndose en una tortura, una dulce tortura que estoy dispuesta a atravesar una y otra vez.

—Oh —Bruno suspira con su boca entreabierta.

Encendida de escucharlo gozar me aferro a su espalda, su ancha espalda marcada que mis manos acarician alegrándose de estar tocando a semejante hombre.

—Lo haces tan bien —sigue diciendo.

Comienza a dar la vuelta para que cambiemos de posición. Vaya, esto jamás lo hice antes. Me dejo guiar y en instantes acabo encima de él con mis manos sobre su pecho. Quiero apretárselo, quiero mordérselo para expulsar todo este salvajismo inexplicable que recorre mi ser.

—Oh —Bruno gime—. Sigue así.

Apresuro el ritmo de mis caderas viendo su rostro placentero que no tiene precio. A medida que acaricio cada parte de su pecho siento ya estar llegando al punto máximo de mi clímax.

—Voy a acabar, Emma.

—Ya —respondo alegrándome de que ambos lo hagamos al mismo tiempo.

—¡Oh! —dice Bruno a toda voz—. ¡Oh!

—¡Ah! —me uno a él.

Pasé por la experiencia más increíble que jamás haya tenido. El haber estado con Daniel, de quien no quiero acordarme, menos en este momento, no se compara en lo absoluto con todo lo que Bruno ha hecho sentir en mí, y no sola una sino varias veces. Por momentos creí que este hombre tenía en su miembro una especie de batería o algo semejante porque la cosa parecía de no acabar. Aunque tengo que decir que aquello no fue lo único que me tomó por sorpresa. El hecho de haberse preocupado por cómo estaba, de mostrarse sincero en complacerme, de tratarme con delicadeza, con amor hizo que inevitablemente me sintiera como si fuera mi primera vez.

—Podría pasar horas así —le digo a Bruno con mi cuerpo apoyado sobre el suyo.

—¿Así cómo? —pregunta divertido luego de que beso su tetilla.

—Encima de ti —Río—, mirándote, ¿de qué crees que hablo?

—Del sexo —Se aproxima para tocar mis labios.

—Oh, ¿aún puedes continuar? —lo reto.

—¿Que si puedo?, ¿me estás desafiando? —Empieza a moverse de su lugar.

—Tal vez.

Con sus manos me lleva al lado contrario de la cama y me deja tendida debajo de él. Veo que su erección comienza a crecer de nuevo. Tengo deseos de jalársela, pero no sin antes confesarle la conclusión a la que he llegado en las últimas semanas.

—Creo... creo que estoy enamorada de ti, me gustas mucho.

Bruno choca mis labios con precipitación y luego baja de manera lenta dándome pequeños besos hasta llegar a mi vientre.

—¿Tú qué sientes por mí? —digo intentando concentrarme.

—Qué no siento, Emma —responde asomando la cabeza.

Abro mis piernas cuanto puedo, aunque no me es nada difícil que del deseo no las cierre. Su lengua traspasó mis labios y con ello... todos los límites que en cuanto al sexo conocía.

El martes después de dos días sin ver a Bruno llego a la tienda. Por fin comienza la semana. Atrás queda el feriado en el que ni siquiera pude comunicarme por teléfono con él. Según me contó la noche de su cumpleaños había elegido pasar tiempo con sus hermanos fuera de la provincia antes de que alguno decidiera irse de nuevo de viaje. Supongo que todos fueron hacia

alguna zona campestre donde tal vez la recepción no funcionaba demasiado bien, por eso aunque hubiera querido hablar conmigo no habría podido ser.

Admito que padecí un poco el no saber absolutamente nada de él. Quizás soy un poco exagerada teniendo en cuenta que solo dos días fueron los que estuvimos separados, pero desde que lo conozco el contacto jamás se ha perdido. El hecho de que en ese momento hayamos estado siquiera sin enviarnos mensajes de texto, me ha resultado desesperante.

—Buenos días —digo con una sonrisa acercándome a Bruno que está detrás del mostrador.

—Hola —Besa mi mejilla sin decir nada más. Intenté tocar sus labios.

—¿Sucede algo? —menciono notándolo un tanto extraño. ¿No se percató de que quise besarlo?

—Emma, hay algo de lo que quisiera hablar contigo —responde casi mirando el suelo.

—Sí, dime, ¿de qué se trata?

¿Por qué no puede observarme a los ojos? ¿Qué es aquello de lo que quiere hablarme y al parecer le es difícil de decir? ¿Acaso se trata del trabajo? ¿También él va a despedirme? ¿Por qué?

—¿Y bien? —vuelvo a decir al ver que no dice nada.

Bruno alza la vista, me mira, me toma de ambas manos, suspira y se prepara para hablar.

—Sabes que me gustas, ¿cierto?

—Sí —afirmo sin entender hacia dónde se dirige su pregunta—, y tú a mí, ¿por qué lo dices?

—El sábado cuando dijiste que estabas enamorada me hizo pensar que tal vez fuimos demasiado de prisa.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Creo que deberíamos tomar cierta distancia.

—¿Por qué?

—No quiero herir tus sentimientos sabiendo lo que sientes por mí, yo... —Aparta de mí sus manos.

—No me quieres, ¿verdad? —interrumpo.

—Emma... —Baja de nuevo la cabeza.

¿Por qué no puede decirme a los ojos lo que en realidad le ocurre? Sé perfectamente el riesgo que asumí al involucrarme con él, lo supe y no me importó, hasta ahora. Y es porque acabé enamorándome. Como una tonta creí que iba a ser capaz de poder manipular a mi corazón, pero no pude. Sus encantos, que lograron hechizarme por completo hasta en lo más profundo de mi alma, fueron suficientes para que en poco tiempo no quisiera desprenderme de él jamás. Pero necesito escucharlo. Quiero oír de sus labios que todas las esperanzas que puse en nuestra relación se han esfumado. Solo así sabré qué hacer con todo lo que siento.

—Dímelo de una buena vez.

—No —contesta.

Me aparto de inmediato y lo dejo solo para irme detrás de las cortinas. No quiero que me vea llorar, no es justo que lo haga si no siente nada por mí.

Me quedo sentada en el sillón negro rogando que no venga a buscarme, al menos no si su postura sigue siendo la misma. Comienzo a llorar tratando de hacerlo en silencio. Debo entender que el juego en el que participé no irá a cambiar por más que yo quiera. Los jugadores seríamos los mismos, pero con objetivos distintos.

—Lo siento —menciona Bruno avanzando hacia mí.

—No tienes por qué disculparte.

—Claro que sí, mira cómo estás —dice sentándose a mi lado.

—Sabía en lo que me estaba metiendo, la culpa fue mía.

—¿A qué te refieres?

—A que tú no vas a cambiar, ni por mí ni por nadie.

Bruno se queda en silencio esta vez observándome, pero sin decir nada. Tal vez está reflexionando en que estoy en lo cierto. Vivir la vida de la forma en la que lo hace de seguro le genera mucha satisfacción, tanta que por eso no tiene razones para querer cambiarla.

—¿Qué sucederá con el empleo? —vuelvo a hablar corriendo las lágrimas de mis mejillas.

—Pues seguirás trabajando aquí, a menos que quieras lo contrario.

—No, claro que no.

—Escúchame, Emma, eres una hermosa mujer, por dentro y por fuera, solo que no creo estar listo para ser lo que necesitas.

—Te necesito a ti, te quiero a ti.

Al terminar el día no tengo ánimos ni siquiera de comer. El tiempo después del trabajo lo paso dentro de mi habitación pensando cómo haré para trabajar sin que la presencia de Bruno me afecte. Doy vueltas sobre la cama. Recuerdo lo fugaz que fue conocerlo y lo fugaz que terminó. ¿Y es que eso fue todo? ¿Así concluye?, ¿con una noche soñada, pero irreal? Porque es claro que Bruno me utilizó como lo hizo con el resto. Ensayó cada una de sus palabras y gestos para poder envolverme y yo, no como una víctima, sino como alguien consciente de que quizás perdería la consciencia misma, me dejé envolver por deseo, por pasión y luego por amor. Eso es lo que más me molesta, haberme enamorado sabiendo que la relación estaba construida sobre la arena aunque por momentos creyera que no.

—Emma, ¿acaso no piensas comer? —Mi madre aparece—. Me he esforzado haciendo lo que más te gusta y tú ni siquiera lo has probado.

—Lo siento, mamá, no tengo hambre, lo comeré mañana —le digo sentada desde mi cama viéndola aproximarse.

—¿Ha ocurrido algo con ese chico? —Su intuición no me sorprende, mi madre me conoce bien.

—¿Con Bruno? Me ha dicho que ya no quiere estar conmigo, que quiere tomar distancia, ¿qué significa eso?

—Que es un idiota, ven —Me acurruca en sus brazos—, no será el primero ni el último antes de que encuentres al hombre indicado.

—Pero yo lo quiero a él, a nadie más.

—Lo sé, pero para que un noviazgo funcione bien ambos deben de sentir lo mismo, ¿no? Recuérdalo, tú lo has dicho una vez.

—Sí, solo que no lo entiendo. Creí que todo andaba bien entre nosotros y luego sucedió esto, no tiene sentido.

—Así son los hombres, pero prométeme que no volverás con Daniel, ni siquiera para darle celos a Bruno.

—No, claro que no, ni pensarlo.

—Come y trata de descansar —Se despide mi madre.

—Lo haré, gracias.

Regresar con Daniel es algo que definitivamente no está en mis planes, no después de que intentó forzarme a que tuviéramos sexo, y de que luego su actitud psicótica, con la que hasta hace un par de días siguió tratando de comunicarse conmigo, me colmara la paciencia. Tengo que aceptar que el juego se acabó, resignarme a pensar que de Bruno lo único que obtendré serán caricias vacías, repletas de pasión, pero no de amor. Pero no quiero hacerlo, me rehúso a creer

que todo haya sido puro teatro. ¿Cómo es posible que todo haya sido parte de una obra en la que yo ni siquiera sabía que era tan solo la espectadora?

Trabajar con Bruno los días siguientes me resultó bastante incómodo, a decir verdad. Sabía que la situación no iba a ser del todo muy agradable que digamos, pero creí que de todas formas podría afrontar la realidad como la adulta que soy y seguir adelante sin importar lo que estuviese sintiendo. Aunque hubo momentos en los que quería romper aquella barrera que de forma inesperada, al menos para mí, había surgido para alejarme de su lado. El hecho no solo se volvió incómodo, sino molesto y angustioso para mis manos que deseaban abrazarlo con todas sus fuerzas cada vez que tenía la necesidad de hacerlo, y él sin más ni menos me respondía con el trato que cualquiera le daría a una compañera de trabajo.

Un día como otros, a excepción de los divertidos juegos sensuales de palabras y gestos que ya no existen entre nosotros, cerramos la tienda para irnos a almorzar como solemos acostumbrar ahora; cada uno por su lado. Bruno cierra con llave la puerta después de despedirme con un frío beso en la mejilla. Antes de que ambos nos marchemos un convertible rosado aparece frente a nosotros.

—¡Hola! No sabía a qué hora cerraban, pero supuse que llegaría a tiempo para el almuerzo —dice Priscilla al bajar.

—Lo siento, Priscilla, hoy no podré almorzar contigo —menciona Bruno saludándola.

—Yo lo lamento por ti porque no he venido a buscarte, he venido por Emma.

—¿Qué? —Bruno se sorprende no menos que yo.

—Oh, no te asombres, ambos sabemos que estaré en la ciudad por un buen tiempo, así que necesito una nueva amiga con quien pasarlo.

—De acuerdo, chicas, diviértanse, las veo luego —se despide.

—Adiós —ambas respondemos.

—Bien, ¿tienes hambre o qué? —dice Priscilla.

—Sí, totalmente, pero espera —respondo—, ¿por qué viniste aquí?

—¿Quieres que me vaya?

—No, claro que no, solo que... no lo esperaba.

Y es cierto. Hace tan solo días que la conocí. No creí que la vería después del cumpleaños de Bruno, mucho menos luego de que él y yo termináramos. Tal vez aún su hermano no se lo contó y por eso vino a buscarme; para intentar generar un vínculo que nos una más que el cariño que las dos tenemos por Bruno. Pero prefiero no decirle nada al respecto. En algún momento me dará un indicio de qué es lo que sabe, y yo me ahorraré de tener que recordar que ya no estoy al lado de quien sigo queriendo tanto.

—Ya lo he dicho, quiero una amiga, vamos —Camina hacia el vehículo—. Iremos a un rico y rápido lugar a comer, yo invito.

Dejo que el viento juegue con mi cabello que va suelto a toda velocidad por la gran avenida hasta que llegamos a la cafetería de una famosa cadena de café. No tengo idea si Bruno le comentó a su hermana lo fanática que soy de aquel lugar, pero me alegra saber que allí estaré almorzando.

Caminamos por la acera sin dejar de conversar, rogando poder conseguir, dado el horario, una mesa donde comer y poder hablar. Y entre nuestros dilemas de decidir qué almorzaremos entramos directo a una caja que por fortuna está libre.

—Un *wrap* italiano, por favor —Priscilla habla—, tú, ¿qué ordenarás?

—Oh, yo... —Lo admito. Cada vez que visito esta cafetería hay tantas cosas deliciosas que quisiera probar que solo logra dificultarme más la elección—. Quiero una *Focaccia* de pollo, sí. Bruno y tú tienen bastante en común, ambos prefieren la comida italiana.

—Te equivocas, no tenemos tanto en común —responde acercándose a la barra de madera para retirar las órdenes—, yo no hubiera sido tan tonta como para dejar ir a la persona que quiero.

Priscilla desvía su mirada para luego indicarme que la siga hasta la mesa que acaba de desocuparse.

—¿A qué te refieres? —pregunto tomando asiento—. ¿Lo sabías?

—Claro que sí, soy su hermana, ¿lo olvidas?

—Pensé que tal vez no te lo había contado.

—Y no lo hizo, en realidad, mi madre me lo dijo —dice antes de que empecemos a comer. Huele delicioso.

—Oh, tu madre... —no sé qué otra cosa decir, de seguro se habrá puesto muy contenta al enterarse.

—Sí, no sabes lo que feliz que se la veía al contármelo —me confirma Priscilla.

—Creo imaginarlo.

—A propósito, ¿qué piensas hacer para recuperarlo?

¿Es una broma? ¿Bruno terminó lo que sea que haya tenía conmigo y yo debo de reconquistarlo?, ¿por qué?

—Nada, no pienso hacer nada —contesto.

—¿Cómo que no? ¿Acaso estás ciega? Bruno está enamorado de ti.

—Eso no es cierto.

—Sí, lo es. Escúchame, Emma. La noche del sábado los vi, a ambos, vi cómo se miraban uno al otro, cómo se trataban, y eso mi querida amiga no es algo que cualquier otra chica antes haya logrado en mi hermano.

—No lo sé, no creo ser yo la que deba dar ese paso que dices, es decir, él me dejó. ¿Por qué lo hizo entonces si está enamorado de mí como tú dices?

—Porque es un mal perdedor, no quiere aceptar que el amor lo terminó venciendo. Está asustado, aterrado de dejar toda su vida de rompecorazones por corresponderle solo a una mujer.

—Pues tendrá que hacerlo si en realidad me quiere.

—Lo sé, pero tú... ¿le darías otra oportunidad?

Me quedo en silencio pensando cuál sería mi respuesta en caso de que Bruno quizás se arrepintiera de la decisión que tomó. Mi móvil comienza a vibrar sobre la mesa.

—¿Es él? —menciona Priscilla.

—Sí —digo tras el asombro—, ¿qué hago?

—Responde.

¿Debo contestar la llamada? Bruno terminó conmigo, me dejó totalmente con el corazón destrozado, pero aun así lo sigo queriendo y como le dije a mi madre: no quiero a nadie más que a él.

—Emma, siento interrumpirte, pero ¿podríamos hablar? —Bruno pide del otro lado—. Es decir, cuando hayas acabado con Priscilla, claro.

—¿No podrías esperar a que nos viéramos en la tienda?

—No quisiera que ningún cliente nos interrumpiera, ya sabes cómo se llena de gente por la tarde. Vamos, ¿qué dices?, ¿te espero?

—Bien, ¿dónde estás? —Acaba por convencerme, aunque admito que no me resistí demasiado, no puedo, no con él.

La llamada va finalizando con Bruno dándome la dirección de donde está y con cientos de preguntas que en este momento me estoy haciendo. ¿Tomé la decisión correcta de hacerle caso a lo que me pide o debí de haberme negado? Mi corazón ya tiene suficiente de tanto sufrir.

—¿Y bien?, ¿qué fue lo que dijo? —pregunta Priscilla.

—Quiere verme, en su apartamento, dijo que tú conocías la dirección y que podrías llevarme.

—Desde luego, no hay problema.

Seguimos hablando varios minutos más, minutos en los cuales trato de mantenerme enfocada en el tema de conversación porque de verdad me interesa y quiero construir una buena amistad con Priscilla. Sin embargo, por momentos mi atención se desvía buscando respuestas a lo que quizás esta tarde pueda escuchar de Bruno. No sé en lo absoluto qué es lo que tiene para decirme, pero tampoco deseo ilusionarme con un posible arrepentimiento de parte suya, no quiero de nuevo caer en la decepción.

De camino envió un texto avisándole a Bruno que en poco tiempo estaré llegando a su casa. Priscilla, a quien ahora considero como a una amiga, durante el viaje no vuelve a interceder por su hermano, aunque apuesto que por dentro quiere hacerlo, y no la culpo. De todas formas, creo que si alguien es quien tiene que hacer una elección, sin importar lo que cualquier otra persona pueda decir, esa soy yo.

—Adiós y gracias, en verdad me alegró saber que cuento contigo como amiga —digo antes de bajar del automóvil.

—A mí igual. Sé que nos llevaremos estupendo, más aún cuando formalices con Bruno.

—Ya habrá tiempo para eso.

—Claro que sí, pero date prisa —responde Priscilla—. Lo conozco bien, de seguro debe de estar dando vueltas de un lado al otro esperando a que llegues.

—Lo sé, Bruno es bastante impaciente a veces, pero esperar por mí unos minutos más no le hará daño.

Me despido y salgo del vehículo. Estoy animada por saber no solo que cuento con su amistad, sino también con su apoyo. Y aunque esto último sería considerable en caso de que el deseo de su hermano fuera el de estar a mi lado, de cualquier forma me alegra saber que aprobaría la idea de que tal vez algún día fuésemos familia.

Acostumbrada a que todo lo que rodea a Bruno es de buen gusto ingreso en el apartamento directo al piso donde me dijo que vivía, no sin antes observar con el mayor detenimiento que alcanzo a tener cada detalle que va pasando frente a mis ojos. Ojalá algún día pueda vivir en algún sitio como este, pienso antes de tocar la puerta.

—Emma, adelante, pasa —menciona Bruno al abrir.

Lleva puesta una camiseta gris que deja entrever lo trabajado que está su cuerpo. Al parecer acaba de bañarse porque todavía tiene su cabello mojado. Huele bien, demasiado bien. Se puso aquella estúpida fragancia francesa que una vez le mencioné que me encantaba sentirse, qué atrevimiento el suyo.

—¿Cómo estás? —vuelve a decir tras cerrar la puerta—. Lo siento, tal vez no debí preguntarte, ¿quieres beber algo?

—No, está bien. Solo dime lo que tenías para decirme y me iré.

Tengo que huir, escucharlo y escapar de inmediato. No sé por cuánto tiempo más podré soportar el tenerlo frente a frente sin poder decirle que lo quiero, que ya no puedo sostener más el hecho de estar separada de sus besos, de sus caricias, del cariño que sé que no fue ficticio porque de verdad me quiere. Su hermana me lo confesó y yo creo que es cierto.

—¿Por qué te comportas así?

Porque contigo cerca sé que es la única forma de sentirme segura.

—¿Por qué? Porque si esto se acabó quiero cerrarlo de una vez y para siempre —respondo con las esperanzas de estar equivocada.

—¿Y quién dijo que lo nuestro ha terminado? —Se acerca para hablarme más de cerca—. Si todavía ni siquiera ha empezado...

Toma mi vientre y lo acerca al suyo, diablos, su erección comienza a crecer por debajo de sus pantalones. Aferra sus manos sobre mi rostro y me acaricia a medida que sus labios van rozando los míos.

—Bruno, yo —Llega a una de las zonas que más me alegra que sea besada: el cuello—... No quiero esto, no así —Suspiro.

—¿Estás segura? —susurra al oído mientras va recorriendo la piel de mi vientre.

No dijo nada concreto con respecto a nosotros. No sé qué es lo que quiere de mí, no de la forma que buscaba saber, pero incluso así quiero esto. Si será la última vez que me una a él lo haré solo para quedarme con el bello recuerdo de lo que en realidad hubiese deseado que ocurra.

—Emma, te deseo... Tú —Su mano desprende el primer botón de mi pantalón—... ¿me deseas a mí?

¿Qué puedo decirle cuando hace a un lado mi ropa interior y me deja totalmente indefensa frente a sus dedos que se introducen poco a poco dentro de mi sexo?

—Ah —gimo al sentir que encontró aquel sitio que solo él encuentra para darme placer.

—Creo que eso es un sí —me dice sonriendo sin dejar de tocarme.

Me sostengo fuerte de sus hombros aún de pie sin poder controlar mis piernas que cada tanto intentan cerrarse. Mi respiración que se agita más suena sobre los oídos de Bruno. Por momentos trato de no apretarle demasiado del cabello. Es tanto el fervor con el que me masturba que temo hacerle daño.

—Te gusta, ¿verdad? —sigue diciendo—. ¿Quieres acabar así?

—No, no quiero —alcanzo a decir.

—Pues yo tampoco.

Me guía besándome con el salvajismo que lo caracteriza tan bien hasta llevarme al rincón de una pared. Con sus dientes quita el envoltorio del condón que guardaba en su bolsillo y se lo coloca en su sexo.

—¿Lo quieres? ¿Quieres que te penetre? —habla tomándome por el trasero para alzarme.

—Sí —Me aseguro en su ancha espalda.

Bruno apoya mi cuerpo sobre los extremos de ambas paredes. Con un brazo sostiene mi pierna derecha para levantarla un poco y con la otra roza mi cola. Su miembro entra en mí con el calor

con el que tal vez el mismo infierno está ardiendo. Entra y sale cada vez con más prisa.

—¡Ah!

—Me gusta cómo gritas, ¿sabes? Pero ahora te haré gritar más fuerte —menciona apartándome del rincón.

Carga conmigo hasta dejarme sobre la mesa del comedor. Me deshago de toda la ropa que llevo puesta viéndolo quitarse la camiseta que tan bien describe su deleitable cuerpo.

Bruno se acerca a mí para que unamos nuestros labios. Luego va bajando hasta llegar a mis senos que dan muestra de lo que me provoca estar con él. Con suavidad lame mis pezones acariciando todo mi cuerpo ya hechizado por su encanto y hace a un lado mis piernas para meter su lengua dentro de mi sexo.

—¡Ah! —Me aferro a ambos lados de la mesa moviendo las caderas. Bruno está haciendo maravillas, más de las que hizo en nuestra primera vez juntos.

Cuando se queda completamente desnudo se sube a la mesa, se pone encima de mí y vuelve a penetrarme.

—Oh —Suspira.

Vamos, gime más fuerte para mí.

—Oh, Emma —vuelve a decir.

Mis manos que tocan su espalda descienden hasta tocar su trasero. Al apretárselo fuerte el deseo de querer darle una palmada aparece en mi mente como si fuese algo imposible a lo que pudiera resistirme. Levanto mi mano no muy alto y acabo pegándole donde quería. En un instante su rostro apasionado cambia de expresión. Se enfadó, tal vez no le gustó para nada lo que hice. Al segundo siguiente sonrío como todo un descarado.

—Eres una perversa —Ríe.

—Golpéame tú a mí —le pido dándome cuenta de que en realidad yo soy la que quiere recibir aquella palmada.

Giro con rapidez elevando mi cola lo suficiente como para recibir un buen golpe. Al apoyar mis brazos sobre la madera Bruno me da aquella esperada palmada sobre la piel y luego se introduce en mí por detrás.

—¡Ah! —gimo a toda voz. Estoy llegando a uno de los tantos orgasmos que he tenido esta tarde.

Bruno me sacude con sus brazos aferrados a mi vientre hacia adelante y hacia atrás. Sigue penetrándome fuerte, salvajemente. Su respiración se acelera cada vez más. Grita, exclama cuánto le gusta penetrarme hasta que su miembro rígido me da señales de que está por acabar.

—¡Oh! —su voz se une a la mía.

Bruno se aparta a un lado recobrando el aliento. Luego le hace un nudo al condón que tan bien aprovechamos y lo tira.

—Eso fue fantástico —dice sentándose en el borde de la mesa.

—Lo eres, nadie me ha hecho experimentar las cosas que tú logras —me sincero. Si bien Daniel fue el único hombre, si puedo llamarlo así, con el que estuve, creo que vale la pena mencionar el mérito.

—Entonces, déjame mostrarte más —dice acariciando mi pierna—. ¿Qué dices si alquilo una cabaña en Costa del Este para este fin de semana?

Aquello suena perfecto. Dos días enteros para estar a solas con él sin que nadie interrumpa la llama que cuando estamos juntos se aviva cada vez más. Aunque en su propuesta no tengo la certeza de que cumpla las expectativas con las que el amor invadió mi corazón cuando me di cuenta de que estaba enamorada. Necesito saber si mis esperanzas no son en vano, y solo hay una

forma de saberlo.

—Bruno, ¿hacia dónde vamos exactamente?

—¿A qué te refieres? —Deja de tocarme.

—A que no sé cómo interpretar lo que dices.

Por favor, dame una respuesta clara de lo que quieres de mí.

—Creí que todo había quedado más que claro entre nosotros.

—¿Así fue? Entonces, ¿por qué llamaste diciendo que necesitabas verme?

—Quería estar contigo, Emma. Discúlpame si la situación se ha mal interpretado, pero tienes que aceptar que juntos somos dinamita. ¿Quieres perder eso?

Bruno no termina de hablar cuando las lágrimas amenazan a mis ojos con querer salir. Trato de contenerme. Al parecer me quiere, sí, lo comprobé, pero solo para acostarse. Darme cuenta en este instante de que jamás escucharé de sus labios el cariño por el que gracias a las palabras de Priscilla llegué a ilusionarme me hace sentir como una completa idiota.

—No. No quiero perderlo —Me pongo de pie. Necesito encontrar rápido un sitio donde no pueda verme llorar.

—¿Hablas en serio? No lo dices muy convencida —Está notando mi intento de fingir que nada ocurre.

—Sí, es solo que... ¿podrías decirme dónde está el baño?

—Claro, la primera puerta a tu derecha.

Entro en el baño. Apoyo ambas manos sobre el lavabo con la cabeza gacha y me pregunto si estoy dispuesta a seguir con este juego. Al parecer la partida no cambió para nada; Bruno sigue en el mismo plan de cazavaginas y yo en el de la tonta enamorada que a pesar de todo tiene la esperanza de que un día le corresponda.

—Emma, ¿estás bien? —Golpea sobre la puerta—. No quisiera apurarte, pero debemos de estar en la tienda en menos de media hora.

—Enseguida salgo —contesto.

Las cartas están echadas. Tengo dos opciones: salir sin ninguna otra expectativa dispuesta a jugar la partida que él mismo comenzó, o retirarme definitivamente del juego para no volverlo a ver nunca más. ¿Qué haré? ¿Cómo puedo decidir cuando mi mente me dice que me detenga, como en una ocasión me lo advirtió para que no acabe lastimada, pero mi corazón habla lo contrario animándome a seguir a su lado sin importar lo que vaya a suceder?

—¿Todo está bien? —pregunta Bruno cuando salgo del baño.

—Sí —Busco mi ropa para vestirme.

Miento. Otra vez miento creyendo que estoy haciendo lo correcto en ocultar mis sentimientos, pero ¿qué iba a decirle?, ¿que estoy mal, enfadada, incluso conmigo misma por haberme ilusionado con un posible arrepentimiento de parte suya? No, no podía decirle absolutamente nada porque para Bruno no tiene la menor importancia. Solo quiere que pasemos largas noches juntos, lo dejó claro y yo al fin parezco haberlo comprendido a la perfección, con frustración, pena, pero lo logré.

—¿Qué tal la has pasado con Priscilla? Está un poco loca, ¿cierto? —Bruno menciona al volante.

¿Por qué tengo que responderle si lo nuestro no es más que una relación ficticia? ¿Por educación? Tal vez. De todas formas, ninguno de los dos debería de ofenderse si alguno no contesta como es de esperarse. Ni él ni yo tenemos algo que nos una más que el deseo de estar juntos, cada uno a su manera, claro está.

—Emma —vuelve a hablar.

La voz de Avril Lavigne con *Complicated* suena en la radio. Vaya casualidad estar escuchando precisamente esta canción con Bruno a mi lado.

—¿Sí? —digo siguiendo la melodía para que mi niña interior tome el control de la situación y suba a todo volumen el estéreo.

Estoy actuando de una manera muy infantil, lo sé y no me interesa que así sea.

—Emma, baja eso —suena un poco molesto—. Te pregunté qué tal la pasaste con mi hermana.

—En realidad nos hemos divertido mucho juntas —Bajo el sonido—. Parece ser que es la única persona de tu familia a quien le agrado...

—¿Qué hay de Vincent? Lo has conocido la noche de mi cumpleaños.

Sí y no me quitó el ojo de encima.

—No llegamos a hablar más que un par de minutos.

—Tal vez también puedas ganarte su amistad. Regina lo ha invitado al igual que a ti a su cena del viernes, lo había olvidado, ¿quieres ir?

Me pregunto cómo es que a esa zorra se le ocurrió invitarme. Es evidente que no desea otra cosa más que tener cuanto tiempo pueda para estar a solas con Bruno y así volver a enredarlo. Mi presencia para ella si no sabe quién soy para su viejo enamorado es un estorbo, y si lo sabe no tiene motivos para invitarme, por eso no se me ocurre otra respuesta a mi pregunta más que Bruno la haya alentado a hacerlo.

—¿Le has dicho que me invite?

—No, claro que no, ha salido de parte suya, quizás cree que ambos salimos.

—¿Por qué entonces no me invitó personalmente? La he estado llamando a su móvil varias veces porque se supone que tú la has contratado para que sea mi abogada y jamás responde.

—Si algo importante hubiese ocurrido con respecto a tu hermano o incluso contigo lo habríamos sabido, ¿no crees?

—No lo sé. Realmente confías en ella, ¿verdad?

—No confío en nadie, ni siquiera en mí mismo.

Vaya, eso me deja mucho más tranquila.

No era necesario que hiciera tal acotación justo en el momento en el que más dudo de las intenciones de Regina, sin embargo lo hizo y me deja aún más preocupada. ¿Acaso no tengo razones para estarlo? Encontraron junto al dinero robado un par de pendientes que claramente no me pertenecen, pero que tal vez puedan complicar un poco el lío en el que Dylan me metió, y yo siendo una de las personas a quienes acusaron de cómplice no sé nada al respecto.

Hace frío. A pesar de que en los últimos días la temperatura comenzó a subir un poco las noches continúan igual de frescas que en invierno. Llevo un suave abrigo de hilo que Bruno me obsequió antes de llegar a casa de Regina. Me lo puse solo porque me había cansado de escucharlo pidiéndome que lo llevara puesto. No entiendo por qué, tengo cientos de prendas nuevas que compró para mí y que ni siquiera usé, pero él por una razón que no comprendo se encaprichó en que me lo pusiera.

—Te ves hermosa —Bruno menciona esperando a que abran la puerta.

—Ya no es necesario que sigas haciéndome cumplidos.

—¿Por qué no?, ¿es que no puedo apreciar tu belleza?

Vamos, de prisa, ¿por qué rayos nadie se digna a abrir la puerta? No quiero volver a hablar sobre el mismo tema. Bruno no entiende que por momentos su encantador talento para doblegarme a sus pies con cada palabra o gesto que hace me traslada al pasado como si nada hubiese cambiado.

—No si solo quieres acostarte conmigo, me confundes, ya lo hemos hablado.

—Tienes razón, lo lamento.

Primero me dijo que quería que tomemos distancia. Dejó de tratarme como siempre lo había hecho para transformarse en una pared de hielo. Luego llamó diciéndome que le urgía hablar conmigo. Tuvimos sexo en su apartamento. Cuando creí que iba a retractarse de su postura hacia mí volvió a afirmarla convenciéndome de que juntos en la cama éramos dinamita. Yo lo acepté porque es cierto, pero él en lugar de facilitarme un poco la pena que todavía no llego a asimilar del todo, con las acciones contradicentes de sus palabras solo hace que me sienta más confundida de lo que antes estaba.

—¡Hola! Qué gusto verlos, vamos, pasen —Regina indica con una gran sonrisa.

Ingresamos en una gran sala que no se diferencia demasiado a la de los padres de Bruno. El lugar está repleto de gente que conversa de pie entretanto algún camarero llena con alcohol sus copas de cristal. Sigo sin entender por qué accedí a estar en medio de tantas personas con las cuales me es difícil relacionarme. Todos tienen prendas de buen vestir, automóviles último modelo y con eso seguramente mucho dinero. Frente a ellos yo no soy más que Cenicienta. Una Cenicienta que se enamoró de un príncipe mujeriego y que en lugar de haber perdido una zapatilla perdió la dignidad.

Sácame de aquí, dice una voz en mi interior, pero decido hacerla callar. Tengo la oportunidad de al menos otra noche más disfrutar en apariencias de una vida que jamás tendré con Bruno, y no voy a desperdiciarla.

—¿Todo en orden? —Bruno fija su mirada en mí por arriba de su copa de champaña.

—Sí —Asiento y luego trato de desviar la vista hacia mi alrededor. Necesito encontrar de inmediato al menos una buena razón para quedarme, Priscilla es una de ellas.

—Allí está Vincent —Apunta con su copa hacia mi espalda—, por si quieres ir a saludarlo, mi hermana debe de estar por allí también.

—Acompáñame —respondo y doy la vuelta, pero no por la primera sugerencia, sino porque quiero encontrarme con la única amiga que logré hacer durante este último tiempo.

Camino por la sala con Bruno detrás hasta llegar a donde Vincent repite la misma escena en la

que lo encontré cuando lo conocí. Está de pie con la espalda apoyada contra la pared pendiente del teléfono.

—Pellízcame para saber que no estoy soñando.

Giro para ver la expresión de Bruno tras el comentario de su hermano. Hasta donde todos creían yo formalmente era su novia.

—¿Qué sucede, buscas a Bruno? —menciona Vincent tras la sorpresa que me llevé, Bruno no está conmigo.

—De hecho sí —contesto extrañada.

—Tranquila, se debe haber quedado conversando con alguien por el camino. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿tú...?

—Pues tu rostro dice lo contrario —interrumpe antes de que le pregunte cómo está él—. ¿Tienes problemas con Bruno?

¿Por qué quiere realmente que hablemos del tema? Cuando nos conocimos Vincent trató de advertirme sobre su hermano, pero yo elegí no hacerle caso, en especial porque aquella noche pensaba que Bruno merecía verme alegre, y porque no quería que sus palabras acabaran con las esperanzas que todavía tenía. Ahora lo está haciendo de nuevo; está preguntándome acerca de la relación que tengo con su hermano. Tengo la opción de negarme a hablar como antes lo hice. No tengo motivos para compartir con casi un extraño cosas que poco le importan.

—El problema es mío que no supe entender que mi amor nunca va a cambiarlo —digo sin dar más detalles, aunque creo que es más que suficiente para que se dé cuenta de lo que sucede entre Bruno y yo.

—Estoy seguro de que sabrás encontrar a alguien que sí te ame tal como mereces.

—Sí, supongo que sí —Suspiro rogando que sea pronto.

—Háblame más de ti —menciona tomando dos copas de una bandeja que pasa cerca de nosotros—. Ven, salgamos, hay demasiado ruido aquí.

No sé con exactitud qué quiere que le hable, pero de todas formas lo sigo por donde me indica que vaya. Llegamos a un enorme jardín bien iluminado repleto de flores. En el centro el agua fluye en forma de cascada dentro de una enorme fuente. Hay espacio suficiente para que nos sentemos a conversar sin que nadie nos oiga u observe.

Vincent lleva puesta una camisa azul arremangada con unos jeans oscuros que le dan un cierto toque juvenil que me recuerda a Bruno. Tiene los labios finos, una media sonrisa que encuadra a la perfección en su bello rostro y un cuerpo ejercitado que aunque no lo tuviese de todas formas seguiría siendo atractivo para cualquier mujer. Para mí, por ejemplo. Pero si bien no puedo negar que es hermoso, mi Bruno lo es más.

Pensé que la conversación giraría en torno a la pregunta que me había hecho en la sala, que hablaríamos sobre su hermano y que intentaría consolarme para luego aprovecharse de mi vulnerabilidad, pero ocurrió todo lo contrario. Conversamos sobre sus viajes, sobre lo mucho que disfrutaba hacerlo, incluso me invitó a navegar con él a lo que no supe cómo responder más que con un «te avisaré luego». Dado que no tenemos formas de contactarnos sin algún intermediario, ambos supimos qué significaba aquella respuesta. Pero ninguno se incomodó al respecto, así que seguimos hablando...

—No puedes negar que la estamos pasando de maravilla —menciona sonriendo.

—Claro que no —digo riéndome. La última anécdota que contó me pareció bastante cómica—. Creo que debemos volver, mira la hora que es —continúo diciendo al revisar la pantalla de mi móvil.

—De acuerdo, pero tenemos que volver a vernos. Si no quieres ir a navegar podríamos...

—Me encantaría —lo detengo antes de que acabe su oración.

—Fantástico.

Cambié de parecer para seguir aquel impulso que había reprimido por deberme a alguien a quien poco le importo. No había razones válidas para desechar la propuesta. Pasamos un agradable momento juntos que estaría gustosa de volverlo a repetir sin que se mal interprete un cierto interés fuera de la amistad, que es lo que en realidad espero tener, ya que a pesar de todo para mi Bruno sigue estando en primer lugar.

Vamos regresando por un camino de piedras cuando mi atención se desvía hacia algo que se oye no muy lejos. Giro la cabeza hacia mi derecha. Puedo distinguir entre las sombras a una pareja muy apasionada bajo la copa de un árbol. No se percatan de que los estoy observando hasta que la mujer rubia deja de abrazar con fervor cada parte de la espalda de su acompañante y me mira a los ojos sin el más mínimo pudor.

—Oh, Emma, cuánto lo siento —menciona Regina, pero en su rostro no hay perdón, sino arrogancia y contento por haberla descubierto junto a Bruno.

Por supuesto que estaba en lo cierto, siempre lo estuve, Regina regresó a la vida de Bruno dispuesta a recuperarlo, si es que alguna vez fue suyo. Le importó poco y nada que fuese su supuesta novia, por eso no tuvo el menor reparo en besarlos estando los tres presentes en su misma casa.

—No es necesario que des explicaciones —le dice Bruno acomodándose la desprolijidad de su ropa.

—Ah, ¿no? Creí que ustedes...

—No —interrumpo a Regina—. Entre nosotros jamás hubo nada.

—En tal caso me quedo más tranquila —Sonríe la muy cínica pasándose los dedos por el resto de pintura que le queda en los labios.

Salgo de la escena a toda prisa olvidándome de la compañía de Vincent. Ahora más que nunca está claro que quiero conocerlo mejor, no por despecho, sino porque merezco darme la oportunidad de estar con alguien mejor que sí me valore.

—¿Emma! ¿A dónde vas tan rápido? La cena aún no ha comenzado —Priscilla me detiene pisando la salida.

—A casa, fue un error haber venido, fue un error haberme involucrado con tu hermano —Sé que quitarme definitivamente a Bruno de la cabeza no será un trabajo fácil, pero haré el esfuerzo.

Comienzo a sentirme mal, muy mal, con deseos de llorar, y todo por un hombre que me voló la cabeza con puras palabrerías.

—Espera... —Mi amiga trata de contenerme.

—Quiero, pero no puedo salir de este embrollo sentimental en el que yo sola me metí —hablo entre lágrimas.

—Tranquila...

—Lo amo, en serio lo amo —Voy secando mis mejillas—, pero todo lo que obtengo de él no son más que ilusiones que no llevan a ningún lado.

—Lo sé, sé que no es justo que pases por esto porque ambos se aman, de eso estoy segura.

—No, él no me ama, nunca lo hará.

Escucho detrás el ruido de un automóvil que se acerca. Dos sujetos se bajan y se aproximan hasta donde estoy conversando.

—¿Emma Kosel? —menciona el oficial de la policía.

—Sí —afirmo.

Estoy asustada. Nada de lo que tengan para decirme debe de ser bueno.

—¿Podría acompañarnos, por favor?

Uno de los hombres me entrega en manos una orden de detención. Trato de leerla con cuidado, pero mi atención se desvía cuando escucho la voz de Bruno que habla con Regina a mis espaldas.

—¿Qué está ocurriendo? Se suponía que nos mantendrías al tanto.

—Yo —Hace una pausa—... no lo sé —responde ante el reproche.

—¿Cómo que no lo sabes? Eres su abogada.

—Pues sí, pero... No tengo la culpa de que te hayas involucrado con una delincuente. Era obvio que esto iba a suceder.

—¿Qué dices? Emma no es ninguna delincuente.

Me defendió, de nuevo. Su confianza en mí no cambió pese a que la policía misma me vino a buscar.

—Disculpen, pero debemos irnos —menciona el oficial que estaba también escuchándolos.

—Emma, no te preocupes —dice Bruno—, iré por ti a sacarte.

Lo veo preocupado. Realmente le importa saber qué ocurrirá conmigo en las próximas horas. ¿Por qué lo hace?, ¿por qué se muestra así si para él no significo más que un simple revolcón? ¿O es que en realidad se siente culpable por haberme puesto a su exnovia como defensora y ahora trata de enmendar su error?

Me siento dentro del vehículo e intento no hacerle caso a las palabras que escuché. No es necesario que me vaya a rescatar como si fuese un caballero y yo su doncella. Me las ingení toda mi vida para hacer las cosas por mí misma y lo volveré a hacer.

Tantas cosas vienen a mi mente que no alcanzo a pensar una cuando ya otra llega detrás. ¿Qué sucederá con mi madre si en esta ocasión no logro salir? ¿Cómo podré ayudarla con dinero, con los quehaceres domésticos, con su enfermedad, si yo no estoy a su lado?

Bajo del automóvil tratando de mantener la calma. No me pusieron las esposas y eso hizo que me sintiera con un poco de menos tensión. Al ingresar en la delegación camino por un largo pasillo con los oficiales acompañándome por cada costado. Ninguno de ellos habla hasta que antes de que llegemos a una de las celdas pido llamar a mi madre para avisarle de que es probable que no vuelva hasta quién sabe cuándo.

—Mamá, soy yo, Emma —le digo al escucharla hablar.

—Emma, ¿qué ocurre? Creí que estarías divirtiéndote en aquella fiesta.

—Estoy en la delegación.

—¿Por qué? —Se alarma—, ¿qué ha pasado? Oh, no, ¿es por lo del robo?

—Sí. Estaré bien, solo quería que supieras eso.

—No, hija, dudo que lo estés. Iré para allí de inmediato.

—Mamá, no creo que te dejen verme, quédate en casa, descansa.

—Tonterías, iré ya mismo, adiós —Cuelga sin que pueda volver a insistirle en que estaré bien.

Me ponen en una celda prometiéndome que al día siguiente a primera hora me explicarán todo con detalles. Intento rogarles que no me dejen pasar la noche así, que no huiré a ninguna parte, pero ellos aprovechándose de que no cuento con la defensa necesaria hacen oídos sordos a mi pedido y se largan dejándome sola.

Me acurruco en un rincón, en el que creo más limpio, y sobre el suelo me siento con la cabeza entre las piernas como si realmente pudiera fingir que nada está ocurriendo.

—Solo tiene cinco minutos —dice una voz.

Alguien se acerca. Tal vez sí le permitieron pasar a mi madre y aquí viene para darme su apoyo. Levanto la vista esperanzada. Junto al oficial sí lo acompaña una mujer, pero esa es Regina. Viene sola, sin nadie que la acompañe más que su soberbia elegancia.

—¿Qué haces aquí? —Me pongo de pie para llegar hasta las rejas que nos separan—. ¿Has venido a sacarme o qué?

—He venido a asegurarme de que este sea el lugar en donde te quedes, hasta que te trasladen a prisión, claro.

—¿Cuál es tu problema conmigo? Estabas besándote con Bruno hace un momento, ¿lo olvidas?

—Por supuesto que no —Pasa el dedo por sus labios—. Pero no volveré a dejar que ninguna niña estúpida vuelva a entrometerse en mi camino.

—¿De qué hablas? Quédate con Bruno si es que puedes. No ha sido mío y jamás será de nadie.

—Oye, escúchame, Bruno y yo sí teníamos algo especial. Estuvimos a punto de casarnos y él me dejó. Ahora que he vuelto a verlo no dejaré que esto acabe de nuevo, ¿comprendes?

—Estás loca si piensas que retenerme aquí va a solucionar tu pasado con él.

—Tal vez, pero no se me ocurre otra forma de sacarte del juego a menos que quieras que te mate, y no creo que quieras eso.

—No puedes dejarme aquí. Saldré de todas maneras, conseguiré otra persona que sí me defienda.

—Inténtalo. Las pruebas en tu contra hablan por sí solas. Tienes todas las de perder mi querida ladronzuela. Esos aretes... ¡Gracias a Dios por esos aretes!

—¡Zorra! —Es lo mínimo que esa se merece oír.

—No tengo tiempo para tus insultos. Adiós —Se despide con su gran sonrisa y se marcha.

—¡Maldita psicópata! —le grito lo suficientemente fuerte como para que me escuche antes de que se vaya.

Agito las rejas con todas mis fuerzas de la rabia que cargo encima. Esa desquiciada de seguro se encargó de involucrar alguna falsa evidencia en mi contra, y lo hizo precisamente porque aún quiere a Bruno.

Volví a mi rincón y traté de cerrar los ojos para quedarme dormida. No tenía intenciones de usar la sucia cama que había y esperaba no tener que hacerlo. Por muy incómodo que fue estar sentada sobre el suelo con la cabeza inclinada contra la pared acabé durmiéndome. Claro, después de que mi mente se cansara de dar vueltas alrededor de todos mis problemas.

Por la mañana despierto con un fuerte dolor en el cuello. No sé qué hora es, pero estoy segura por el sol que se ve desde lo alto de una ventana que no pasan de las nueve. Me pongo de pie y desde las rejas me acerco lo más que puedo al pasillo que está desierto. Espero escuchar algo importante de todo el bullicio que se oye desde lejos porque no alcanzo a distinguir nada concreto que se relacione conmigo.

De repente escucho que una puerta se cierra y luego un par de golpes sobre el piso que se acercan hacia mi celda. Quizás es Regina que regresa para cerciorarse de que todo esté igual que ayer. Zorra. Le voy a demostrar en cuanto tenga la oportunidad lo que consiguió por haberme dejado encerrada entre cuatro paredes siendo inocente. Aunque tal vez su propia locura hacia Bruno le haga pagar su mal y la despoje, ¿por qué no?, también de su libertad. Donde esa debe estar es en una institución de salud mental.

—Emma, qué bueno verte, no me habían dejado pasar, por eso no pude verte antes.

—Bruno, ¿qué haces aquí?

Todavía se lo puede ver preocupado, quizás un poco más que la última vez que me detuvieron.

—¿Cómo que qué hago aquí? He venido a ver cómo estabas, a sacarte de este lugar, tal como te lo he dicho.

—No quiero que hagas eso.

—¿Por qué? —Se aferra a los barrotes tratando de acercarse su rostro.

—Porque entre tú y yo no hay nada. No es necesario que te preocupes por alguien que en tu vida no tiene ningún valor.

—Emma —Baja la mirada y luego me observa fijo a los ojos—... tú vales mucho para mí.

—Deja ya de jugar conmigo —Me doy la vuelta sin creerle su mentira.

—Hablo en serio. Pensé que iba a ser capaz de hacer a un lado mis sentimientos, pero no pude.

—¿Sabes que no creo en ninguna de tus palabras? —giro para hablarle. Lo percibo seguro de sí mismo, seguro de lo que me está diciendo, pero ¿cómo puedo creerle esta vez si sé lo buen actor que es?

—Por favor, créeme... Estoy enamorado de ti.

—Señor, su tiempo —Una oficial aparece de nuevo por el pasillo y con eso detiene la declaración que tanto esperé escuchar de Bruno.

—Iré a ver qué puedo hacer. No dejaré que te quedes aquí —me dice antes de irse.

A medida que camina pasa sus dedos entremedio de su cabello con la mirada puesta en el suelo. Quizás se decepcionó al creer que al sincerarse yo le correspondería de igual manera. Pero ¿cómo espera que lo haga después de que él mismo montó un teatro solo para que me metiera en su cama? ¿Es que acaso tengo que hacer a un lado todo lo ocurrido entre nosotros, creer que sí está diciendo la verdad, que en realidad me quiere tal como dijo? ¿Por qué? ¿Por qué si durante todo este tiempo no hizo más que darme falsas esperanzas?

Sin embargo, para mi sorpresa algo cambió. Bruno dijo palabras que no creí que iría a escuchar nunca de sus labios. O cambió sus métodos de conquista o en verdad dijo con honestidad lo que siente. Decido quedarme con la segunda opción que es por la cual ruego que tras ver sus ojos apenados sea cierta. No puede ser tan cruel como para querer engañarme diciéndome que me ama cuando no es así. De todas maneras, sé que si sus palabras son sinceras sus hechos las acompañarán para demostrarme la verdad que ahora se esmera en probar a pesar de que lo vi besarse con Regina. Eso es algo que todavía no puedo olvidar. ¿Por qué lo hizo si me ama?, ¿para demostrarse a sí mismo que podía seguir siendo un casanova?

De vuelta sobre el suelo apoyo mi cabeza contra la pared y observo el sol que apenas se asoma. No sé cuántas horas transcurrieron desde que Bruno se marchó, pero el estar concentrada en ver lo único agradable que alcanzo a mirar me hace saber que ya pasó bastante tiempo. Tiempo que desperdicié imaginando cómo sería estar junto a un Bruno enamorado, uno que no solo quisiera mi cuerpo, sino también mi corazón. Pero claro, aún sigo encerrada, sin nadie que me diga qué rayos está sucediendo conmigo, sin nadie que me diga cuándo saldré para saber si soñé la confesión que tanto había deseado. Tengo dudas, estoy llena de dudas que necesito aclararlas cara a cara y en privado. Y aunque ya no esté dispuesta a volver con Bruno bajo ningún término, ni siquiera como ambos acordamos, quiero escuchar de sus propios labios lo que me dijo.

—Vamos, date prisa, nos vamos, Kosel —la voz de la oficial interrumpe mis pensamientos.

—¿Cómo que nos vamos? —respondo poniéndome de pie—. ¿A dónde?

—Lo siento, cariño, no estoy autorizada a darte ningún tipo de información —Abre la celda y me indica con un gesto que salga de ella.

—Por favor, tengo que saberlo en caso de que necesite de un abogado —Comenzamos a caminar por el pasillo.

—Tranquila. Solo estaba bromeando. Además, no creo que ahora sea necesario que consigas uno.

—Entonces, ¿qué es lo que sucede?

—En verdad no estoy autorizada a darte ese tipo de información, pero si lo estuviera —Sonríe de manera cómplice—, te diría que en estos momentos están analizando de nuevo las pruebas.

—¿Por qué?

—No están seguros de que tu ADN coincida con el de los aretes.

—Por supuesto que no, yo no robé aquel dinero.

—Lo sé, lo sé.

—Y ¿de quién sospechan?

—De la sobrina del jefe. Oh, creo que no debí decir eso —Tapa su boca luego de reírse.

—¿Regina? ¿Ella es la sobrina del comisario?

—Yo no le he dicho, con permiso —Abre una puerta y me deja sola.

La delegación está repleta de gente. Observo para todas partes. Sería sencillo huir en medio de la multitud. Sin embargo, al parecer, aunque no sería capaz de hacerlo, no será necesario porque saldré en libertad tal como lo había confiado. Me quedo de pie sin moverme, sin saber qué hacer cuando a lo lejos puedo distinguir la espalda de un hombre que bien conozco. Da la vuelta para regresar, pero antes de que pueda mirarlo a los ojos un grupo de personas pasa por mi frente, entre ellas la oficial que me había sacado fuera de la celda.

—Quédate aquí. Ya vendrán por ti a buscarte.

—¿Quién? ¿Quién vendrá a buscarme? ¿Me dejarán ir?

—Pero ¿no te lo he contado todo ya?

—No, solo me has dicho —Suspiro y hago una pausa. Hay algo que también me interesa—... ¿Quién vino por mí?

—Pues fíjate tú misma —Se despide luego de haber apartado su vista por un momento hacia mis espaldas.

—Eres libre —una voz masculina suena detrás.

—¿Qué? —giro para contestar—. ¿De qué hablas? —Quedo sorprendida. Creí haber visto a su hermano o tal vez en el fondo eso había querido.

—He pagado la fianza.

—¿Por qué?

—¿Es que acaso querías quedarte?

—Claro que no. Vincent, no sabré cómo pagarte, es más, no estoy segura de que pueda hacerlo, debe de haberte costado mucho.

—De hecho sí puedes pagarme —Sonríe con descaro por un momento—. Relájate, no es lo que piensas —Se echa a reír después de hacerme caer en su broma—... Tenemos un cita pendiente, ¿lo recuerdas?

¿Hizo todo esto solo porque quiere que salgamos?

—Lo recuerdo.

—Bien. Vamos, te llevaré a tu casa para que descanses. Aquí tienes tu desayuno —menciona alzando la bolsa de papel que lleva el nombre de mi cafetería favorita.

—No debiste molestarte, gracias —Tomo la bolsa.

—No es nada, necesitas empezar bien el día y no hay nada más sabroso que lo que tienes ahí dentro.

Vincent apoya su mano sobre mi espalda y me conduce fuera del sitio al que espero no tener que volver jamás. Llegamos hasta su automóvil que está aparcado a metros de la entrada. Abre la puerta con el mismo gesto cortés que Bruno había hecho cuando me invitó a que ocupara mi asiento. Me reprendo a mí misma por haber recordado a su hermano. Me propuse hacerlo a un lado de mi mente para comenzar a olvidarlo. Vincent no es Bruno, o al menos de eso trato de convencerme a pesar de que en cada expresión que veo mis recuerdos buscan su rostro.

—Huele delicioso —Asomo mi nariz a la bolsa luego de que el vehículo se pone en marcha—. Dime, ¿cómo conoces mis gustos? —Extraigo el *roll* de manzana.

—Lo sabía —Sonríe sin quitar los ojos del frente.

—Sí, claro —Bebo un sorbo de café—. ¿Tienes alguna especie de don sobrenatural o algo así?

—Tal vez —Desvía un segundo su mirada hacia mí—. En realidad no tenía idea, pero supuse que tendrías hambre y que querrías comer algo que de verdad fuese rico.

—Acertaste. De todas maneras no me han dado ni siquiera agua, así que no sabría decirte que tan apetitosa es la comida allí.

—Supongo que un asco.

—Seguramente. ¿Quieres un poco? —Le ofrezco algo del *roll* que me estoy devorando yo sola.

—No, gracias —dice—. Lo bueno es que ya no tendrás que volver. Jamás. Me he encargado de que ni siquiera tengas que volver a pisar la delegación.

—¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Es cierto que Regina usó las pruebas en mi contra?

—No lo sé. En realidad hasta ahora solo hay suposiciones, por eso te dejaron en libertad.

—Tú debes conocerla más que yo, ¿la crees capaz de hacer algo así?

—No dudo de que se las haya ingeniado para alterar los resultados, si eso responde a tu pregunta. Casi toda su familia trabaja dentro de la policía, pero no tienes nada que temer.

—¿Estás seguro?

—Cien por ciento.

—No quisiera tener que regresar —menciono observando las calles. Estamos llegando a mi

casa.

—Y no lo harás, créeme.

—¿Y por qué lo hiciste? —Giro para verlo.

—¿Por qué hice qué? ¿Sacarte?

—Sí —afirmo.

—Detesto las injusticias...

—Oh, vamos... —No puede pretender que me crea tal mentira.

—...Y porque me gustas, ¿no es obvio? —Voltea para mirarme.

Puedo ver en sus ojos, que a diferencia de los de Bruno son claros y rodeados de finas líneas que expresan madurez, que sus palabras son sinceras, que quizás desde la primera vez en la que nos vimos se propuso seducirme. Pero ¿acaso estoy dispuesta a jugar con fuego de nuevo, a conocer a alguien que tal vez solo quiera estar conmigo sin ningún tipo de compromiso? Por más que Vincent me parezca atractivo, no puedo hacerlo, no sería yo. Involucrarme con él sería aceptar que tengo los mismos miedos que él y que su hermano, y eso es algo que no voy a permitirme. Estoy convencida de que aunque sea corta mi edad, si así lo quiero, merezco tener una relación seria.

—Vincent, eres increíble, pero debo ser honesta contigo... —comienzo a decirle.

—Estás enamorada de Bruno —interrumpe—. Lo sé y no me importa.

—¿A qué te refieres con que no te importa?

—A que estoy dispuesto a pelear por ti —Detiene el vehículo—. Me gustas, Emma, y no porque mi hermano no haya sabido valorar la mujer que tenía enfrente significa que yo no vaya a hacerlo.

—¿Y qué se supone que harás?

—Conquistarte. Déjame hacerlo, déjame entrar poco a poco en tu corazón. ¿Qué dices?, ¿paso a buscarte el sábado para irnos a navegar?

Aquello no sonó para nada a lo que me había esperado. Vincent me propuso por segunda vez que salgamos juntos, pero a diferencia de la ocasión en la que lo había hecho cuando nos encontramos en casa de Regina, en esta lo hizo con el valor de declararme el interés que tiene hacia mí. Un interés del cual si bien tengo ciertas dudas que no me convencen del todo, despertó en mí la curiosidad de saber si lo que dijo es verdad o simplemente comparte las técnicas de conquista de su hermano. Pero no tengo nada de qué preocuparme, no tengo intenciones de comprometer mi amor hacia nadie más que no sea Bruno, y como eso no va a suceder, no hay riesgos que correr si quiero ir conociendo a Vincent poco a poco como amigo.

—Sí, está bien. Pero solo como amigos, ¿de acuerdo? —le aclaro, aunque tal vez sea un poco cruel de mi parte decírselo.

—Estupendo, pasaré por ti a las nueve. Adiós, preciosa.

Bajo del automóvil analizando si hice lo correcto, si es justo para él salir conmigo en las condiciones que le di, si es justo para mí también relacionarme con alguien tan parecido a quien trato de sacar de mis pensamientos. Hago a un lado mis preguntas. Tomo las llaves de la casa. Me dispongo a introducirlas en la cerradura cuando mi madre de repente abre la puerta.

—Gracias al cielo que ya estás aquí, estaba tan preocupada —Me rodea con fuerzas dándome un abrazo.

—Tranquila, ya no tienes nada de qué preocuparte, estoy en casa.

—De seguro debes tener hambre, vamos a la cocina, preparé algo —Vamos entrando.

—No es necesario, ya he desayunado.

—Tienes que alimentarte bien, siempre te lo he dicho. De seguro cuando me llamaste todavía

no habían cenado, ¿o sí?

—No.

—Y quieres conformar a tu cuerpo con un simple desayuno —Comienza a preparar unas tostadas—, ¿qué has comido?

—Vincent compró unos *rolls* de manzana con café. Estaba delicioso.

—Sí, ya veo —Se detiene a examinarme.

—¿Qué? ¿Qué es lo que ves?

—Que es bastante guapo, un poco mayor, pero guapo —Toma una taza para volcarle café.

—¿Lo viste? Estabas espionando por la ventana de nuevo, ¿no es así?

—Lo siento, cariño, pero esto es algo que no ocurre todos los días. Que no uno sino dos pretendientes quieran conquistar tu corazón. ¿Qué me dices de eso? —Acerca el desayuno a la mesa.

—Te equivocas, Bruno quiere mi cuerpo y en cuanto a Vincent... —Suspiro tomando asiento.

—Ese tal Vincent me agrada más que el otro.

—¿Por qué? —pregunto y le doy un mordisco a la tostada. Qué sorpresa es escucharla tomar partido por uno de los dos.

—Es mayor. Se supone que sabe lo quiere, sin rodeos, tiene experiencia, además por su cara parece ser más honesto. No es por nada, pero lo que Bruno tiene de atractivo lo tiene de zorro.

—Lo sé, tienes razón y es por eso que decidí no verlo más —Bebo un sorbo de café.

—¿Qué ocurrirá con tu empleo?

—Pues seguiré trabajando hasta conseguir otro, no puedo darme el lujo de no trabajar.

—No, claro que no.

—Bien, iré a descansar —digo, no sin antes tomar una última tostada para llevarla a mi habitación.

Dormir un par de horas será suficiente para recuperar la fuerza que necesito para seguir con el resto del día. Por la tarde debo volver al trabajo, de lo contrario Bruno podría llegar a pensar que no estoy tomándome muy en serio el empleo que me dio. Lo menos que quiero en estos momentos es sumar un problema más entre nosotros.

Cuando acomodo la almohada que tanto había extrañado mientras estaba en la celda mi teléfono vibra sobre la cama. Me acerco para ver la pantalla que revela el nombre de quien tengo que evitar pese a que mis deseos gritan todo lo contrario. Quiero responder. Necesito escuchar su voz, decirle que estoy bien, pero no puedo hacerlo. Decidí levantar un muro lo más alto posible, y no voy a desistir de ello.

Sin embargo, el móvil sigue sonando una y otra vez. Ya no puedo resistirme más. ¿Y si se trata de algo importante? Bruno ya debe saber que estoy en libertad. Probablemente Vincent se lo haya dicho. Tal vez hay algo urgente de lo que tenga que hablarme.

—¿Emma? —dice desde el otro lado—. ¿Emma, estás ahí? —vuelve a decir tras solo escuchar mi silencio.

—Sí. Dime.

—¿Cómo estás? Mi hermano acaba de decirme que ya estás en libertad.

Al parecer no es nada grave, puedo colgar, dicta una parte de mí.

—Sí, todavía no sé cómo fue que lo consiguió, pero estoy en casa. Si me disculpas he pasado casi toda la noche en vela y quisiera dormir un poco.

—Claro, te entiendo, lo siento.

—Te veré en la tienda más tarde —Me dispongo a colgar.

—No. No es necesario que vengas, tómate el día, descansa. Iré a verte cuando cierre, si

precisas de algo solo llámame.

Claro que no lo haré. Llamarlo sería afirmar que todo marcha bien entre nosotros, que el acuerdo implícito que ambos firmamos, cuando me reveló sus verdaderas intenciones de seguir viéndome sin compromisos, todavía sigue en pie.

—Bruno, hay algo de lo que tengo que hablar contigo, algo que tal vez tuve que haberte dicho mucho antes pero que no me atrevía.

—¿Qué cosa?

Un momento. Lo más indicado sería que se lo diga teniéndolo frente a frente, así como él se había sincerado conmigo cuando me dijo que no estaba preparado para ser lo que necesitaba. Se merece, desde el punto de vista en que lo vea, que le responda de la misma forma.

—No quisiera hablarlo por teléfono —trato de evitarlo—. Es solo que —pero ya abrí la boca. Tengo que advertirle de alguna forma que lo que sea que hayamos tenido se terminó—... No quiero que vengas con una idea equivocada de nosotros, ¿me entiendes?

—Iré a verte ahora.

—No. Te he dicho que voy a descansar, te veré más tarde.

—De ninguna manera, has tirado una piedra, ¿y ahora escondes la mano?

—Creo que ambos sabemos a lo que me refiero.

—No, no lo sé, voy en camino.

—Bruno, no, espera —Acaba finalizando la llamada—. ¿Hola? —vuelvo a decir, pero me ha colgado.

Al cabo de una hora creyendo que estoy dormida mi madre abre con cuidado la puerta para avisarme de que Bruno llegó. Dado que no pude dormir después de la conversación que tuve y que mi cabeza no dejó de dar vueltas sobre lo que tengo pensado decirle, escuché cómo Bruno saludaba a mi madre para luego pedirle con bastante insistencia que quiere verme.

—Le he dicho que estabas durmiendo, pero parece no importarle. ¿Quieres que vuelva a decirle que se vaya?

—No —le respondo a mi madre que se acercó para sentarse sobre la cama—, dile que estaré con él en un momento.

—Hija, piensa si quieres seguir dando vueltas alrededor de un hombre que solo puede darte una noche.

—Ayer me dijo que se enamoró de mí —Junto las rodillas a mi rostro.

—¿Y tú le crees?

—No lo sé, no lo sé, estoy tan confundida, pero debo terminar con esto, ya no quiero seguir así.

—Pues hazlo, lo más seguro es que te sea difícil hacerlo, pero sabrás recomponerte pronto, eres fuerte.

—Gracias, mamá.

Me apresuro en salir de la cama. Cepillo mi cabello que está un tanto enredado después de haber tomado un baño rápido, y me dispongo a ir por el pasillo directo a la sala. Tengo tantas cosas para decirle, pero debo de ser lo más simple y breve que pueda. No puedo pasar mucho tiempo a su lado sin que se me parta el corazón de escuchar lo que mis palabras van a decir, pero mis deseos van a negar.

Bruno me está esperando de pie con la mirada puesta en el suelo entretanto da un par de pasos cerca de la ventana. Saludo al verlo de espaldas. Él gira con rapidez y deja entrever su media sonrisa esta vez con cierta pena. Luego con amabilidad invito a mi madre a que se retire. Al parecer no notó que necesitamos estar solos. El silencio que su paso nos deja no tarda mucho en desaparecer cuando ambos tomamos asiento sobre el sofá prestos a conversar.

—¿Qué era lo que no podías decirme por teléfono?

Que yo también estoy enamorada de ti.

—Bien —Suspiro—. Creo que hay una sola forma de decir esto... No quiero que sigas tratándome como lo haces.

—No entiendo, ¿ya no quieres que sigamos saliendo?

—No.

—¿Por qué? Te he dicho que estoy enamorado.

—¿Qué te ha hecho creer que yo lo sigo estando? —No puedo creer que sea yo la que está diciéndome esto. Es totalmente mentira, pero necesito dar vuelta la página a como dé lugar.

—Tu actitud hacia mí... no ha cambiado —Se pone de pie y se aproxima hacia donde estoy sentada. Luego pone su rostro muy cerca mío, tanto que puedo sentir su aliento—. Emma, no puedes mentirme cuando todo tu ser me dice lo contrario.

—Eso no es cierto —Trato de mirarlo fijo a los ojos sin que una sola parte de mí grite por sus caricias.

—Claro que sí, tú me quieres y yo estoy dispuesto a responderte.

—¿Como lo has hecho antes, jugando conmigo? —Me levanto del sofá.

Bruno me da la espalda llevando con su mano el cabello hacia atrás.

—¿Por qué no dices nada? —vuelvo a decir aunque en realidad ambos sabemos el motivo por el cual lo dejé sin habla.

—Porque estás en lo cierto —Gira—. Al principio solo jugué contigo, después traté de acercarte a Vincent, pero acabé enamorándome de todas formas.

—Pues ya es tarde para eso.

—Mírame a los ojos y dime que no me quieres.

Se acerca a mí. Apoya sus firmes manos detrás de mi cabeza. Su nariz roza la mía. Mis labios están desesperados por tocar los suyos, por saborearlos por última vez. Pero no puedo permitir darme ese gusto. Aunque como él bien dijo, todo mi ser lo quiere, no puedo, hacerlo significaría que todavía tiene el poder de hacer lo que quiera de mí.

—No —Interpongo mi mano antes de que su boca encuentre la mía—, no te quiero.

—Bien. Me iré, pero te estaré esperando así como tú lo has hecho, y cuando el enfado se te haya pasado y creas que en realidad no estoy diciéndote mentiras, solo ven a buscarme.

Abre solo la puerta y se marcha dejándome el corazón hecho pedazos. Terminamos. Lo que sea que hayamos tenido se acabó para siempre porque yo lo elegí. Sé que será inevitable que no lo extrañe, que no lo necesite, que tal vez me tiente a mí misma por las noches en llamarlo por teléfono, que quiera besarlo cuando lo tenga cerca, pero también sé que tengo la fuerza para soportar toda aquello que me propuse hacer a un lado de mi vida, no por resentimiento o capricho, sino porque sé que merezco respeto.

El sábado por la mañana tal como lo prometió, Vincent llega a buscarme. Seguramente está emocionado porque al fin acepté su invitación, aunque quizás no esté más feliz que yo que es la primera vez que sabré lo que es navegar.

—Adiós, mamá —Me acerco para despedirme.

—Adiós, hija —Aparta hacia un costado la taza de té caliente que estaba bebiendo para darme un beso.

Salgo de la cocina. Intento apresurarme porque Vincent ya aparcó su automóvil frente a la casa y está viniendo directo a tocar la puerta.

—Espera, ¿llevas contigo las llaves? —Me detiene mi madre antes de que salga.

—Sí.

—¿Segura? Mira que hasta mañana no volveré a casa.

Cierto. Lo olvidé. Mi madre me comentó que pasaría la noche en el hospital a cuidar de una tía que hace mucho no veía, pero que necesitaba mucho de ella.

—Sí, las tengo —contesto hurgando en mi bolsa.

—Bien. Ve, diviértete, solo hazme el favor de no meterte en más líos sentimentales, ¿quieres?

—Trataré de no hacerlo —Giro para abrir la puerta.

Vincent aparece sonriente. Lleva puesta una camiseta blanca y un par de pantalones cortos que disimulan bastante bien la edad que desconozco, pero que recordando algunas fechas que Bruno me dio de sus hermanos estoy segura de que ronda los treinta y cinco.

—Hola —digo observándolo con atención. Tiene unas fuertes piernas.

—Buenos días. ¿Estás lista? No olvidas nada, ¿verdad?

—Creo que no —Vuelvo mi interés hacia su rostro.

—Déjame ayudarte con eso —Toma la bolsa de playa donde llevo el traje de baño que prometí que usaría cuando nos arrojáramos al agua—. ¿Alguna vez habías ido a navegar? —sigue

diciendo—. ¿O conoces el mar?

—Conozco el mar, pero esta será la primera vez que navegue por él.

—Estupendo, la pasaremos genial, ya verás.

—Lo sé.

No tengo dudas. En más de una ocasión Vincent me demostró que no le es nada difícil hacerme reír con las anécdotas que cuenta de cada uno de los países a los que fue, así que sé que esta vez no será la excepción.

Con su convertible rojo, que capturó la atención de varios de mis vecinos que salían de sus casas directo a la feria, viajamos por la carretera hasta llegar a Puerto Coruña, una de las zonas más lujosas del Distrito Federal en donde además de haber cientos de edificios y parques que embellecen la ciudad más que cualquier otra, también dispone de un muelle con acceso al río que encausa hacia el tan ansiado mar de la costa oeste.

—Es el primero a tu izquierda —habla Vincent apagando el motor.

Miro hacia el exterior para seguir la indicación que me dio.

—Vaya, es hermoso —respondo admirando el yate con detalles azules que logro ver desde mi asiento.

—¿Te gusta? —Abre la puerta para salir.

—Claro.

—Entonces espera para ver cómo es dentro.

Bajamos por una escalera blanca que nos va acercando hacia orillas del río. No hace frío. El invierno poco a poco se está yendo, no sin que antes precipitadamente las propias temperaturas del verano invadan el mes. Algo que si bien no me agrada mucho, esta vez encaja perfecto para el día que pasaré junto a Vincent.

Caminamos por el muelle hacia la embarcación que tan solo está a un par de metros de donde quedó el automóvil. Vincent sube primero y luego me da la mano para que me sea más fácil subir, a lo que casi reacciono cayéndome encima y muriéndome de la vergüenza.

Cuando entramos en el yate mis ojos de manera automática se enciegan viendo la elegancia que lleva dentro. La madera reluce por todo el lugar imitando con precisión la sala de cualquier casa de lujo. Hay al igual que en la casa de Cordelia y Tiburcio toda clase de objetos que muestran ser de algún país fuera del continente. Quedo maravillada y deseosa de poder vivir al menos en un sitio como este.

—Este, definitivamente este es mi favorito —menciono tomando un pez hecho de diminutas piedras de colores que estaba sobre la repisa de un mueble.

—Pues quédatelo.

—No, desde luego que no —Vuelvo a dejarlo en su lugar.

—¿Por qué no? Ahora es un obsequio para ti, así cada vez que lo veas pensarás en mí.

Se produce el silencio incomodo que imaginé que en cierta situación llegaría. Si Vincent no vuelve a decir nada tendré que decir algo, lo que sea aunque me parezca una tontería.

—Eso me hizo recordar algo. ¿Me esperas un segundo? —vuelve a hablar.

Pasaron un par de minutos. Sigo observando el resto de la sala mientras espero a que Vincent vuelva de la habitación en la que entró quién sabe por qué. Según él yo le hice recordar algo, algo que espero que no vaya a incomodarme dado que estamos solos dentro de un yate. Aunque de todas maneras no creo que sea capaz de atreverse a hacer nada desvergonzado, más de una vez me probó que por sobre todo es un hombre respetuoso.

De un momento a otro, tras escuchar unos pasos aparto mi vista sobre el cuadro colgado de una sirena que observaba con suma curiosidad. No puedo contenerme de la risa, Vincent se ve muy

gracioso llevando puesto algo que parece quedarle muy pequeño para su cabeza.

—¿Qué rayos tienes puesto?

—Un gorro de marinero, ¿nunca has visto uno? —Se lo saca y lo hace dar vueltas sobre su dedo.

—Claro que sí, pero ¿vas a usarlo?

—Negativo. Tú lo usarás —Extiende su mano para dármelo.

—Oh, no, voy a verme ridícula usándolo, ni lo sueñes.

—Vamos, te verías hermosa aunque llevaras una bolsa en la cabeza.

Decido tomar aquello como un simple cumplido sin importancia. Si vamos a ser amigos tengo que hacer el intento de no ponerme incómoda por cada halago que me haga.

—¿Dónde está el tuyo?

—Aquí —Gira para tomar un gorro mucho más lindo que está colgado sobre la pared.

—Oye, eso no es justo —respondo viendo cómo se lo pone.

—Claro que lo es. Soy el capitán —Sonríe dejándome ver la blancura de sus dientes.

—Pues ya no —Me acerco para quitarle el gorro.

—Atrás, marinera —Vincent aferra las manos a su cabeza impidiéndome que se lo saque—. ¿Acaso sabes usar el timón?

—No.

—Entonces, ven.

Toma mi mano con rapidez y me lleva por unas escaleras por las cuales vamos subiendo quizás con el mismo entusiasmo de dos niños. Al llegar a cubierta diviso el timón de madera que está a mi izquierda y corro directo a él esperando a que Vincent haga lo que tiene que hacer para que podamos zarpar.

—Solo obsérvame —menciona aproximándose—. Te daré el control del timón cuando estemos lejos de que puedas llevarte algo por delante.

—Machista, jamás me he llevado nada por delante —reniego bromeando.

—Eso es porque aún no conduces.

Cierto. Jamás toqué el volante de un automóvil, pero tengo pensado hacerlo algún día.

Logramos ir desde Puerto Coruña a la costa oeste en menos de dos horas. El único tránsito que hay frente a nosotros durante todo el trayecto son los peces que se distinguen desde la proa, donde ahora los rayos del sol comienzan a penetrar mi piel con más intensidad a medida que la temperatura asciende. Por fortuna ya tengo mi traje de baño puesto con un vestido transparente de lana que cubre todo mi cuerpo. Vincent se fue a poner el suyo. Solo tengo que esperar a que vuelva para que nos sumerjamos en el agua, y así concluiremos con el deseo de querer escapar un poco del calor.

—Acabo de anclar el yate. ¿Quieres ir a nadar ahora? —Vincent aparece a mi lado colocando una toalla sobre la barandilla. Noto que a diferencia de varios hombres se animó a usar un traje de baño corto, capaz de distraer a cualquiera que repare en sus piernas.

—Sí —respondo y aparto mi vista de su torso desnudo que me entusiasmó un poco—. He estado esperando esto por mucho tiempo.

—¿Cuándo fue la última vez que te zambulliste en el mar?

—La última vez fue cuando tenía siete u ocho años, había ido junto a mi familia a disfrutar de tan solo dos días en la playa.

—Puedo imaginarlo, tú corriendo con siete u ocho años dispuesta a enfrentarte a un montón de olas.

—Créeme que al contrario de muchos niños al principio les tenía cierto miedo, luego lo

superé, claro.

—Pues tendrás que demostrarlo ahora. Sígueme.

Me quito el vestido por encima de la cabeza y lo hago a un costado junto a la toalla que preparé para secarme cuando salga del agua. Vincent comienza a caminar, yo lo sigo detrás.

—Contaré hasta tres y luego saltaremos desde aquí al mar, ¿de acuerdo? —vuelve a hablar cuando llegamos hasta las escaleras de acero.

—De acuerdo —Me ubico a su lado.

—1 —empieza a contar—... 2... ¡3! —anuncia y al mismo tiempo nos echamos al mar.

Caemos en lo profundo. Mi cuerpo se envuelve en cientos de burbujas que tras el salto cosquillean mi piel. Cuando mi vista se aclara alcanzo a ver la superficie pero no quiero salir a ella, solo deseo permanecer donde el tiempo parece no existir. Sin embargo, los segundos pasan y con ellos mi oxígeno se va acabando. No tengo otra alternativa más que salir del mundo subacuático en el que anhelo quedarme.

—Gracias —menciono al encontrar a Vincent junto a mí.

—¿Por qué? —responde sorprendido luego de agitar el agua de su cabeza.

—Por todo esto. En verdad lo estoy disfrutando, incluso tus bromas —Río. Sus chistes son malos, muy malos, pero me hacen reír—. Desearía poder corresponderte de alguna manera.

—No necesitamos hablar de eso, no ahora —dice enterneciendo la mirada.

Lo que dice es cierto. No es necesario exponer de nuevo nuestros sentimientos. Tal vez pueda arruinarnos el momento que tan bien estamos pasando. Pero de todas maneras me siento en deuda porque sé que todos los esmeros que hace en complacerme son porque me quiere más que como amiga. Aunque ¿qué podría hacer al respecto? ¿Negarme a estar a su lado? ¿Por qué? Si estar junto a él me hace sentir de maravilla.

—Bien —Intento incorporar una postura un poco más relajada, voy a disfrutar del día sin culpas—. Como ordene, capitán.

—Ahora demuéstreme que no le sigues teniendo miedo a las olas y acompáñame a hacerle frente a aquella grande que ves allí.

No fue nada difícil que Vincent me convenza, pero antes lo reto a que hagamos una carrera hasta llegar a la ola a la que me indicó. Él acepta divertido, me asegura que nadie nada más rápido que él, y yo por mi parte le expongo mis dudas advirtiéndole que también podía serlo pese a mi poca experiencia.

Nadamos a toda prisa desalentándonos el uno al otro. Desafiamos quién sería el ganador hasta que al fin de cuentas para mi sorpresa, aunque no sé si Vincent optó por darme ventaja, soy yo quien acaba ganando la carrera.

Sol, mar y compañía fue la elección perfecta para pasar uno de los mejores sábados junto a alguien a quien jamás creí que me hiciera divertir tanto. Aunque Vincent no es solo pura risa, también es un hombre que piensa y acciona de acuerdo a la madurez de su edad. Lo que más me gusta de pasar tiempo con él es que siempre tengo temas de interesantes de qué conversar y si no los tiene, los busca. Es sumamente culto, decidido, pero sobre todo listo, tanto que en varias ocasiones me deja con la boca abierta de todo lo que cuenta. Lástima que por muy atractivo o inteligente que sea, no lo amo y tampoco estoy segura de que algún día pueda hacerlo, no si todavía Bruno sigue arraigado en mi corazón como una flecha.

—Gracias de nuevo —Lo despido después de bajar de su automóvil.

La temperatura descendió bastante. Como olvidé llevarme algo que cubra mis brazos no tengo más opción que soportar el viento frío que corre por la noche, al menos hasta que termine de conversar con Vincent que se tomó la amabilidad de traerme hasta mi casa. Pese a que le insistí en

repetidas veces que no me molestaba la idea de regresar sola, él, como el hombre considerado que es, se negó alegando que si me llevaba podría seguir conversando conmigo durante el camino.

—No tienes nada que agradecer —dice desde su ventanilla—. Tal vez podríamos salir este viernes. ¿Qué dices?, ¿estás libre?

—Sí, completamente libre.

—Bien, hablaremos en la semana, entonces. Ahora ve adentro que estás helándote —me aconseja.

—Lo haré, adiós.

—Adiós.

Doy la vuelta y busco entre las cosas de mi bolsa la llave de la puerta. Tengo la seguridad de que la puse en el interior de uno de los bolsillos, pero no puedo encontrarla por ninguna parte. Si mal no recuerdo, las tomé del comedor con bastante prisa porque no quería hacer esperar demasiado a las ansias que tenía por querer irme, así que deben de estar por algún lado.

—¿Todo en orden? —exclama Vincent desde su vehículo.

—Sí, solo... Espera un segundo —Sigo hurgando. Tengo que hallar las malditas llaves o de lo contrario me quedará afuera el resto de la noche.

—Aquí están —menciono tomando las llaves que encontré ocultas en el fondo de la bolsa—. ¡Demonios! —vuelvo a decir al verlas. Por haberme apresurado tomé las llaves del local de Bruno y no las de mi casa. ¿Qué rayos haré ahora?

—¿Qué sucede? —Vincent aparece detrás con el rostro preocupado.

—Yo —Suspiro ante mi descuido—... Olvidé las llaves de mi casa.

—¿Quieres que te lleve hasta donde está tu madre para que se las pidas?

—No, mi madre estará fuera de la ciudad hasta mañana. Tardaríamos más en ir que en esperar a que vuelva.

—Bien, vendrás a dormir a mi casa.

—¿A la casa de tus padres?

Oh, no, no puedo regresar ahí en compañía de Vincent cuando hace poco Bruno me presentó ante Cordelia y Tiburcio como su supuesta novia. ¿Qué irán a pensar cuando me vean entrar en su casa, junto a su otro hijo a estas horas de la noche?

—Sí, allí es donde me estoy quedando, ¿ocurre algo malo?

—No, claro que no.

—No puedes mentirme, algo sucede, dime —Apoya su mano sobre mi brazo.

—Vincent, era la novia de tu hermano —menciono haciendo comillas con mis dedos—. ¿Qué pensarán si nos ven juntos?

—¿Por qué te importa?

—Porque... No quiero que se lleven de mí una peor impresión de la que ya tuvieron.

—Relájate... No puedes ir por la vida viviendo de acuerdo a lo que la gente piense de ti, es... agotador.

—Lo sé.

—Vamos. Súbete al auto.

No tengo demasiadas alternativas. Mi madre no regresará del hospital donde está cuidando de mi tía hasta el día de mañana. Si no quiero dormir junto a la puerta, aunque la presencia de sus padres me pueda llegar a molestar, lo mejor será irme con él hasta que amanezca. Me levantaré bien temprano. No haré ningún ruido, y nadie llegará a saber que estuve allí.

La casa de Tiburcio y Cordelia está en absoluto silencio. Hay solo un par de lámparas encendidas que alumbran con su luz tenue el corredor por el que Vincent me lleva. Varios recuerdos vienen a mi mente al pasar por la puerta de la habitación de Bruno. Aparto mi mirada hacia el lado contrario, ya tengo suficiente con tener que sacármelo de la cabeza como para encima torturarme con cosas del pasado que no se repetirán.

—Dormirás en mi habitación —Vincent abre una puerta.

¿Dormir en su habitación? ¿Con él?

—¿Por qué me miras así?, ¿qué ocurre?

—Nada.

No puedo ver mi rostro en este momento, pero apuesto que dice mucho sobre lo que pasa por mi mente.

—¿Quieres dormir en alguna de las habitaciones de invitados? Ninguna está preparada.

Pienso en lo complicado que podría volverse dejar lista una cama a estas horas. Es innecesario. Solo estaré una noche, y Vincent jamás se propondría pasarse de listo conmigo. Confío en él.

—No, está bien. No quiero dejar rastros de que estuve.

—Hablas como una delincuente —Ríe a medida que entramos.

—Soy algo peor que eso para tus padres.

Es cierto, para ellos no soy más que una pobretona.

Su habitación es enorme, tiene ventanales que dan al jardín, y hay una cama cubierta de azul en el centro en la que seguramente podrían dormir tres o incluso cuatro personas.

—La cama es suficiente para ambos, pero dormirás sola.

—¿Estás seguro?

—Sí. Dormiré aquí en el sofá —Se recuesta sobre el tapiz de cuero—. Ponte cómoda.

Lo intento, trato de estar cómoda durante toda la noche, pero no puedo. No dejo de dar vueltas sobre la cama queriendo ya conciliar el sueño. No hay forma, las horas pasan y yo sigo aquí acostada observando algo tan divertido como el techo.

Salgo de la habitación a hurtadillas. No quiero hacer algún ruido que haga que Vincent o sus padres despierten. Tengo que encontrar la cocina. Un vaso de leche siempre me apacigua.

—¿Emma? ¿Qué estás haciendo aquí? —escucho antes de seguir por el corredor.

Giro sin poder creerlo.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —respondo.

—Es la casa de mis padres. Decidí quedarme porque era demasiado tarde para volver a casa.

—Bebiste, ¿verdad? —Puedo sentir el amargo aroma a alcohol de su boca.

—Sí.

No quiero saber por qué, al fin y al cabo no habrá sido por mí. Bruno jamás me quiso.

—¿Qué hay sobre ti? —vuelve a hablar—. ¿Qué haces aquí?

—¿Sobre mí?

—Sí, ¿cómo entraste?

—Por la puerta, aún no tengo el poder de traspasarla.

No sé si sea conveniente decirle la verdad, pero tarde o temprano acabará sabiendo que salgo con su hermano.

—Muy gracioso.

Bruno busca la respuesta a su pregunta en mi rostro. Tengo que decírselo. Ya no significa nada para mí, y Vincent es solo alguien con quien disfruto mucho pasando el tiempo.

—Tu hermano me trajo.

—¿Por qué? ¿Están saliendo? —Su rostro se enrojece de cólera.

—No, Bruno, no.

¿Cómo puede creer que puedo olvidarlo tan rápido?

—Solo estoy saliendo con él como amiga, además no tengo por qué darte explicaciones —sigo diciendo.

—Oh, claro que sí. Hace un par de días estabas enamorada de mí, ¿lo olvidas?

—Lo estaba, tú lo dijiste. Adiós.

—No, no puedes irte, no con mi hermano.

Lo veo más furioso que hace instantes. ¿Por qué le molesta tanto? ¿Acaso de verdad le importo?

—Emma, Emma, ven aquí —escucho que me dice detrás.

Avanzo hacia la habitación de Vincent. Creo que tomar un vaso de leche será en vano. No podré dormir en un largo rato con el rostro de Bruno rondando en mi cabeza.

—No —Bruno se aferra a mí—. ¡Suéltame!

—No grites —Me silencia poniéndome su dedo en mis labios.

Desde mi boca su mano desciende. Llevo puesto mi traje de baño cubierto por el vestido de lana. Es con lo que elegí dormir porque no tengo nada más cómodo para hacerlo a no ser que duerma en ropa interior. Demonios, ¿por qué tuve que salir al corredor? ¿Por qué tuve que encontrármelo? Si no fuera por eso ahora sus manos no estarían tocándome, introduciéndose en mí.

—No pudiste haberte olvidado de todo, ¿o sí?

Maldita sea, todo mi cuerpo vibra por su presencia y lo sabe.

—Te gusta así, ¿verdad? —Sus dedos giran en mi sexo haciendo magia—. Justo ahí.

—¡Ah! —gimo.

—Sí. Te fascina el sexo igual o más que a mí. Oh, eso es.

No puedo controlarlo. Mi grado de excitación va en aumento. Bruno no es el indicado, debería olvidarlo, debería alejarme de su vida para siempre, pero no puedo, no quiero.

—¡Bruno! —grito sosteniéndome con firmeza de sus hombros. Estoy a punto de acabar.

—Silencio —Tapa mi boca con un beso.

Su cuerpo me guía hasta entrar en su habitación. Cierra la puerta sin despegar sus labios de los míos. Está tan deseoso de que nuestros cuerpos se fundan como yo también lo estoy.

Me arroja con violencia en su cama. Esto me gusta. Se quita la camiseta y se acerca a mis piernas. Con brusquedad las separa. Su sexo erecto está listo para penetrarme. Lo quiero así, sin demasiado romanticismo, porque aunque lo ame no quiero revivir aún más el amor que alguna vez creí que nos unió.

—¿La quieres? —Deja su miembro a la vista.

—Métemela.

—¿Bruno? —Alguien golpea a la puerta.

Esa voz. Es la de Vincent.

¿Nos escuchó en el corredor?, es decir, ¿me escuchó?, ¿por eso está aquí?, ¿vino a buscarme?

—Mierda, mierda, ¿por qué ahora? —dice Bruno.

—¿Estás ahí? —su hermano habla.

—Ve —susurro.

—Espera, Vincent.

Bruno camina a la puerta enfadado entrediciendo cosas que no logro escuchar. Abre la puerta. Vincent está del otro lado sin que pueda verme.

—Hola, sé que es tarde, pero ¿has visto a Emma? La he buscado por toda la casa y no la encuentro.

No es posible. Vincent tuvo que habernos escuchado como para llegar aquí.

—No, de hecho, estaba durmiendo, si me disculpas... —Veo a Bruno fingir que tiene sueño.

—Lo lamento, adiós, que descanses.

Bruno cierra la puerta. Desde su lugar me observa con deseo. Está listo para retomar lo que su hermano interrumpió, pero yo ya no creo estarlo.

—Esto no está bien —Me levanto de la cama.

—¿Qué? —Bruno se asombra.

—No está bien lo que estamos haciendo. Soy una idiota.

—¿Por qué?

—Tu hermano es el único que realmente parece cuidarme y yo estoy aquí, contigo, ¿qué diablos?

Es verdad que llevo poco tiempo conociendo a Vincent, pero me ha sido suficiente para comprobar que a diferencia de Bruno me toma en serio. Aunque no tenga un noviazgo con él por todas las atenciones que me dio, por la manera tan dulce con la que me trata, no puedo hacerle esto en su propia casa; no puedo acostarme con su hermano, no puedo perder el tiempo estando con alguien que no tiene planes de que yo esté en su futuro.

—Emma, no, espera.

Bruno intenta detenerme. Me concentro en la decisión que tomé porque si vuelvo mis pensamientos hacia él acabaré accediendo a mis deseos. Avanzo hacia el corredor. Sus palabras ya no me siguen. Suspiro aliviada, pude haber cometido un error.

Vuelvo a la habitación de la que no debí salir. La luz se enciende de repente. Vincent está recostado sobre el sofá con el ceño fruncido, está enojado.

—¿Dónde has estado?

—No podía dormir, fui por un vaso de leche porque siempre apacigua mi sueño...

No puedo decirle la verdad, no quiero...

—¿Dónde estabas? —vuelve a decir.

Pero no tengo otra alternativa. De todas maneras, al parecer ya lo sabe.

—Estaba con tu hermano.

—¿Haciendo qué?

—Hablando —miento. No soy capaz de contárselo todo.

—Emma, sé que este no es mi problema, que tú y yo no somos novios, pero alguien debe decírtelo, al menos como amigo: estar con Bruno te hace daño.

—Lo sé.

—Bien. Descansa. Apagaré la luz.

Cierro los ojos en mi cama, o en la cama que Vincent me prestó por esta noche. Me pregunto si

algún día seré de capaz de compartirla con él. Sé que el hombre perfecto no existe, pero al menos él tiene muchas cualidades por las que cualquier mujer se volvería loca. ¿Podré ser una de ellas, si me lo propongo? ¿Podré amarlo? No quiero usarlo para olvidarme de su hermano, Vincent es una excelente persona, no merece eso. Quiero enamorarme, quererlo con todas mis fuerzas mucho más de lo que quiero a Bruno. No sé si vaya a lograrlo, pero creo que haré el intento cuando mi corazón se haya sanado, si es que, claro, todavía sigo conservando su amistad.

—Emma, Emma. Despierta —Alguien me sacude con suavidad.

Abro los ojos observando el techo. ¿Dónde estoy? En segundos al ver el rostro de Vincent lo recuerdo todo: olvidé mis llaves, Vincent se ofreció en traerme a su casa, me encontré con Bruno, ¡no!, debo borrar eso de mi mente o guardarlo como un recordatorio de que no puede volver a repetirse.

—Vincent, ¿qué ocurre?, ¿qué hora es? —Me recuesto sin entender cómo no escuché la alarma de mi móvil.

—Son las once treinta.

—¿Qué? ¿Las once treinta? —Salgo de la cama directo a buscar mis cosas.

—Te veías tan hermosa que no quise despertarte.

Él se ve bien, muy bien. Por lo que veo por medio de mis ojos que se rehúsan un poco a abrirse acaba de venir de ejercitarse. Está sudado, su camiseta negra se ajusta perfectamente a su pecho. Miro con disimulo sus piernas, hoy me atraen más que ayer, no entiendo por qué.

—¿Tus padres saben que estoy aquí? —Intento no distraerme viendo cómo se quita la camiseta.

La transpiración de su cuerpo desciende por su torso desnudo. Ruego que rápido tome una toalla para secarse o que desaparezca de mi vista. No quiero que note lo embobada que me pongo al verlo así.

—Sí. Bruno se los comentó —Entra en el baño.

—Mierda —El agua que corre de la ducha hace que Vincent no me oiga.

—Iremos a almorzar a una estancia, ¿quieres venir? —alza la voz.

—¿Con tus padres? —Me acerco a la puerta del baño para que me escuche—. Paso.

—Vamos, será divertido.

—¿Divertido? Pues para ti lo será. La última vez que estuve con ellos la pasé muy mal.

—Síguelos el juego. Mis padres son de los que ladran, pero no muerden.

—Entonces, déjame decirte que saben ladrar muy bien.

—De acuerdo, entonces me quedaré contigo. Comeremos algo.

Vincent sale a mi encuentro. Está totalmente desnudo o cubierto por una toalla blanca que rodea su cintura. Doy la vuelta para no observarlo, aunque en realidad siento un fuerte deseo de querer hacerlo.

—Puedes darte la vuelta. Traigo la ropa interior puesta —Ríe.

Giro. Lo veo buscar su ropa entre los cajones de su armario. Lleva un bóxer negro que realza su buen trasero. Suspiro. Hubiera deseado haber conocido a este hombre antes, mucho antes. De seguro me habría enamorado.

—¿No te cambiarás de ropa? —me dice.

—Si no saldrás a almorzar me quedaré aquí hasta que tus padres se vayan.

—Emma, no eres una niña de cinco años —Se sienta en el sofá para atar sus zapatillas—. Enfrenta tus problemas. Eres una adulta.

Vaya, me está regañando, pero de una forma cálida que me genera ánimos.

—No tengo ningún problema.

—Ah, ¿no?, y el hecho de que no quieras cruzarte con mis padres, ¿no lo es?

No puedo negarlo; Vincent está en lo cierto. Estar frente a sus padres no me parece nada agradable, pero en algún momento tendré que verlos o incluso hablarles. No puedo intentar evitarlos teniendo una actitud tan inmadura de mi parte. Tengo que animarme a estar parada ante ellos sin sentirme menos, sin dejarme humillar como ya lo hicieron, aunque no sé si hoy me sienta capaz.

Me convenzo de vestirme. Me cambio la ropa con rapidez diciéndole a Vincent que saldré a saludar a sus padres, pero que me quedaré en la casa para almorzar junto a él tal como lo propuso.

Llegamos al comedor. Sobre la mesa Tiburcio lee con suma atención su periódico. Su esposa no está, suspiro aliviada, tal vez no tenga que verla.

—Buenos días —saludo.

Tiburcio levanta la vista. Se queda en silencio observándome sin decir nada.

—Vaya, vaya, pero ¡qué sorpresa! —Cordelia aparece detrás—. Creíamos que seguirías durmiendo.

—Emma, ¿qué quieres desayunar? —pregunta Vincent.

—Nada, no te preocupes.

—Tardaremos en almorzar...

—No piensas llevarla con nosotros, ¿o sí? —lo interrumpe su madre sin apartar los ojos sobre ambos.

—¿Hay algún problema?

—Vincent, díles que... —Quiero decirle que no provoque a su madre, al fin y al cabo no iré a ninguna estancia a comer.

—Claro que lo hay, no pienso compartir nuestro almuerzo con una... mujerzuela —Pone su mirada fulminante en mí.

—¡Madre!

—Eso es lo que es, una mujerzuela. Hace días era la novia de tu hermano y ahora sale contigo —le habla a su hijo, pero no quita su vista de mí.

—Eso no es de tu incumbencia.

El rostro enfurecido de Vincent abandona por un minuto la atención que mantiene sobre el de Cordelia. Se fija en Bruno que aparece en la sala con ropa deportiva llevando un bolso.

—Te equivocas. Mientras seas mi hijo tengo derecho a todo —Apunta a Vincent con el dedo—. Y si tú crees que voy a permitir que salgas con cualquiera de mis hijos —me dice—, estás equivocada.

—¡Suficiente!

—Oye, baja la voz —Bruno se pone a la defensiva al lado de Cordelia.

—Tú no te entrometas, hablo con mi madre.

—Que también es la mía. Regresa a tu vida. Aquí solo causas problemas.

Problemas, ¿qué clase de problemas?

—Vincent, cálmate, lograrás ponerte peor si sigues discutiendo —sugiero acariciándole el brazo.

—Vamos, Cordelia —Tiburcio se levanta de la mesa—, ya has dicho lo que tenías para decir, no quiero comer tarde.

—Aún no —responde—. Las muchachas como tú —gira para hablarme—, pobres y sin profesión, solo pueden ser una cosa... basura.

No puedo tolerarlo más. No accedí a ver a los padres de Vincent, a pesar de mi propio deseo,

como para encima tener que soportar una humillación más. Cordelia no merece mi silencio, merece escuchar algo de todo el montón de palabras que pasan por mi mente. En todo momento intenté ser agradable con ella, pero no hubo caso; solo ve mi condición social y todo lo que según ella lleva detrás, cómo si yo tuviera la culpa de los conceptos erróneos que tiene.

—Preferiría ser eso antes que una mujer que lo que menos tiene a la hora de hablar es educación. Es una pena que una mujer como usted que parece tenerlo todo, o casi todo, la amargura la consuma.

—¿¡Cómo te atreves a hablarme así, en mi propia casa?!

—Es tarde, Cordelia —Tiburcio la aparta, y junto a ellos Bruno sale también.

Cordelia camina hasta que se detiene a dar la vuelta. Sus ojos lo dicen todo; mencionar que está furiosa parece poco. Seguro esperaba que esta vez ante sus insultos me quedara callada, pero eso se acabó.

—Lo siento, quizás no debí hablarle así, es tu madre.

—Descuida —Vincent me toma de las manos—, no tienes por qué disculparte.

—No podía tolerarlo más.

—Jamás pensé que sería capaz de decirte tales cosas.

—Ya ves que sí, pero dime, ¿qué harás de desayunar? —intento cambiar el tema de conversación—. Sabes cocinar, ¿verdad?

Lo cierto es que no tengo apetito, acabo de levantarme y mi estómago no empieza a gruñir. Sin embargo, quiero romper con la atmósfera que Cordelia dejó en la sala, y una de las formas de hacerlo es creando una nueva: llena de humor y buena conversación como la que Vincent siempre se agrada en ofrecer.

—¿Que si sé?, ya verás —Camina con prisa hasta la cocina. Lo sigo detrás—... Tienes suerte de que sea domingo y Macrina me deje usar la cocina.

—¿Tu empleada doméstica?

—Sí, pero no es cualquier empleada, lleva años trabajando en la casa, nos crio a mí y a mis hermanos —Abre el refrigerador. Extrae queso, huevos y algo que supongo que debe ser jamón.

—Eso explica muchas cosas —Balanceo mi cuerpo sobre la mesa y observo con atención sus manos que se disponen a trabajar.

—¿Cuáles?

—Tu carácter, eres dulce y cortés.

Temo estar extralimitando mis palabras de amiga, pero Vincent merece escuchar lo bueno de no haber sido influenciado por la personalidad de su madre.

—Emma, harás que me sonroje como un niño.

—Disfruto mucho cuando me haces reír...

—¿Te gusto? —Se detiene con mirada seria.

Oh, no, aquí vamos de nuevo, me gusta, pero como a cualquier mujer le podría gustar.

—Vincent, hablamos ya de eso...

—Lo sé, lo sé —Continúa abriendo la alacena—, estás enamorada del idiota de Bruno, y lo respeto. Pero sé que pronto llegará el día en el que me quieras, mucho más de lo que lo has querido.

—Yo también.

—¿Tú también qué? —Vuelve sorprendido sus ojos hacia mí.

—Que al igual que tú espero que eso suceda.

—¿De verdad? —Sus ojos se encienden.

—Sí.

No tengo idea de cuánto tiempo me lleve querer más a Vincent, pero haré el intento. Si fui capaz de involucrarme con Bruno soy capaz también de desprenderme por completo de él. Deberé seguir insistiendo, deberé seguir guardando la esperanza de que pronto todo lo que siento desaparecerá para enterrarse en el olvido que sellará algo que jamás debió suceder. Vincent es mi hombre, es el que merezco, una parte de mi mente se empeña en decirme. Tengo que hacer caso a esa voz que muchas veces tuvo razón, aunque me duela, aunque mi corazón quiera hacer lo contrario debo hacerlo por mi bien.

La tarde del viernes para mi sorpresa acabé quedándome dormida. Nunca suelo tomarme siestas, pero aquella vez lo ameritaba. Mi madre tuvo que entrar en mi habitación para despertarme porque había estado escuchando la alarma de mi móvil que no dejaba de sonar desde el otro lado de la casa. Es la primera vez que algo semejante me sucede, y espero que no vaya a repetirse porque en las últimas semanas Bruno se puso de malhumor conmigo. No quiero que el verme llegar tarde a la tienda sea un motivo para regañarme más de lo que se está acostumbrando.

—Buenos tardes —saludo.

El local está vacío. Bruno bebe un café sentado detrás del mostrador.

—Llegas tarde —me dice al tocar mi mejilla.

—Lo siento, no volverá a ocurrir —Ignoro su actitud. Está enfadado, lo sigue estando desde que salgo con su hermano. Lo siento.

—Eso espero —menciona de mala gana.

—¿Bruno hay algo que no esté haciendo bien?

Claro que para él lo que no estoy haciendo bien es compartir gran parte de mi tiempo con Vincent, pero es algo que no se va a atrever a decirme, no tiene ningún derecho sobre mí más que el laboral, y eso lo hace enfadarse.

—¿Por qué lo dices?

Ambos sabemos de qué estamos hablando, pero seguro ninguno dirá nada.

—Estas semanas te he notado extraño —Finjo hacerme la desentendida. Quiero que de una vez por todas se sincere y deje de ser el verdugo en el que se ha convertido.

—¿Cómo?

—No lo sé, hay algo en tu rostro, tus gestos, tus palabras. ¿Sucede algo?

—Trato de ser lo más profesional posible, si puedo usar ese término.

—¿Profesional?, ¿conmigo? —Río viendo lo molesto que se pone.

—Sí, ¿acaso no sigo siendo tu jefe?

Un jefe que conoce cada parte de mi ser, por dentro y fuera.

—Claro que sí, pero por la forma en la que me tratas estás siendo poco profesional.

—Y según tú ¿por qué? —Alza la ceja con altivez.

—Estás mezclando lo que hago en mi vida personal con el trabajo —digo porque al parecer Bruno seguirá negando lo que en sus celos lo han convertido.

—¿Te molesta?

—Pues sí.

Se queda en silencio. Me observa directo a los ojos. Me pregunto qué estará pensando. Su mirada expresa enojo, pero también puedo notar en ella cierta tristeza. Tal vez lamenta haber

jugado conmigo, tal vez desea que si tenga que verme con otro hombre no sea con su hermano, no lo sé. Lo único de lo que estoy segura es de que aún sigo extrañando sus caricias, sus palabras ficticias, sus besos que todavía los revivo alrededor de mi cuello.

—Entonces, quizás deberías abandonar tu puesto.

¿Quiere deshacerse de mí? ¿Ya no desea verme más?

—¿Qué estás diciendo? Sabes que necesito el empleo.

Es cierto, en realidad lo necesito, pero tal vez más lo necesito a él. Necesito verlo como lo hago todos los días. Aunque no haya ni vaya a haber algo entre nosotros quiero hacerlo, por ese amor que jamás existió.

—Si tanto te molesta mi forma de tratarte, eres libre, anda, búscate otro trabajo.

—Estás enfadado porque salgo con tu hermano, aun cuando sabes que solo somos amigos.

—Tienes el derecho de pensar lo que quieras. Toma tus cosas y vete.

No hay nada más que decir. Bruno me está echando, quiere apartarme de su vida definitivamente, de una vez y para siempre. Voy a respetarlo, pero no sin antes decirle lo que se merece oír por no luchar por lo que en verdad parece que siente.

—¡Imbécil!

Salgo de la tienda con la vista puesta en el suelo. Mientras camino voy haciendo a un lado mis lágrimas sin prestar atención a lo que me rodea. De repente mi cuerpo choca con algo.

—Emma, ¿qué ocurre?, ¿a dónde vas?

Levanto la cabeza. No tengo ánimos de decirle nada. Es inútil responderle si de todas formas cuando entre en la tienda Bruno le contará lo sucedido.

—Adiós, Paul.

Abandono a mi primo y me pregunto qué habría sucedido si nunca lo hubiese visto en aquel juego de bolos, si no me hubiese presentado a Bruno. Tal vez hoy no me sentiría como lo hago. Quizás no estaría enferma de amor porque así es como me siento, localmente enferma por un hombre peligroso, pero seductor. ¡Ay!, si no me hubiese hecho conocer el universo con el solo uso de sus dedos, con el trote de su sexo y el cariño de sus besos...

—¡Emma! —escucho una voz seguida de una bocina.

Alzo la vista y con mis manos me aseguro de no tener el rostro empapado.

—Vincent, ¿qué haces por aquí? —Me acerco a la ventanilla para hablarle.

—Vengo de camino. ¿Vas a alguna parte?

—Sí. ¿Quieres llevarme?

De seguro nota mis ojos hinchados. Aunque no dice nada al respecto nada me asegura que no vaya a hacerlo más adelante.

—Sube.

Doy la vuelta. Abro la puerta del automóvil y me siento a su lado. Vincent luce mucho más apuesto con su barba de siete días. A pesar de que no siento la voluntad de seguir reparando en ello trato de concentrarme, tal vez lo atractivo de su rostro me haga olvidar al menos por unos minutos todo lo que me preocupa.

—¿Por qué estabas llorando?

No digo nada. Era evidente que no se iba a quedar callado tanto como que yo había estado llorando.

—¿No vas a contármelo?

¿Haré bien en decirle la verdad? No quiero causar otra pelea entre hermanos, pero tengo que decírselo, es mi amigo, merece mi confianza. No logro nada en ocultarle algo que de alguna manera tarde o temprano se enterará.

—Bruno me despidió.

—¿Qué?, ¿por qué?, ¿qué ocurrió?

—Discutimos y él... me echó.

Pienso en todos los gastos que deberá afrontar mi madre si no logro conseguir otro empleo, en las deudas que gracias al sueldo de la tienda podía ir llevando.

—Despreocúpate, conseguirás otro empleo, déjame hacer algunas llamadas.

Siento deseos de llorar de nuevo. No puedo permitir que más intereses sigan sumándose a las deudas, podríamos perder nuestra casa.

—No —digo sollozando—, yo puedo buscar trabajo por mis propios medios, gracias.

No quiero que en caso de que algún día me pelee con él de nuevo tenga que perder un empleo.

—De acuerdo, como prefieras. No me gusta verte llorar, seca esas lágrimas —Sus manos rozan mi rostro—. Eres hermosa... deja ya de sufrir así.

—¿Lo soy?, ¿soy hermosa para ti?

—Claro que sí —Su sonrisa me alegra, me hace desearlo. Este hombre me quiere como nunca otro jamás lo hizo.

Acerca su rostro hacia mí. Sus labios se unen a los míos con la misma dulzura con la que siempre me trata.

—Lo lamento, yo... —Se aparta.

Debe sentirse mal, de seguro cree que pienso que se está aprovechando de la situación, aunque si fuese así no lo culparía, me quiere y haría cualquier cosa con tal de tenerme entre sus brazos al menos por un momento.

Lo miro fijo a los ojos, no veo en ellos fuego, veo agua, un agua templada que es capaz de darme toda la paz que necesito. En sus labios veo firmeza, la seguridad de que cada palabra que sale de ellos es sincera y llena de buenas intenciones. Lo quiero, me doy cuenta de que he llegado a quererlo.

Me abalanzo. Aferro mis manos a su cara buscando su boca. Sus labios acarician los míos.

Vuelvo a mi asiento. Vincent observa hacia afuera. Me pregunto qué puede estar mirando con tanto interés cuando veo a Bruno de pie frente a nosotros. Como si hubiese recibido un balde de agua helada un frío recorre todo mi ser, aunque no tanto como el rostro de Bruno que refleja sin disimulo su desconcierto. No entiendo por qué me siento así, por qué esta situación me afecta de modo tal que me duele ver la tristeza en quien me hizo perder la cordura. Sé que no lo he olvidado, que aún sigo pensando en él, pero nada me hará cambiar la decisión que tomé; estar con Vincent es lo mejor que puede llegar a pasarme.

Bruno no puede dejar de mirarme, yo tampoco puedo quitar la vista de sus ojos que me dicen tantas cosas; está entristecido, decepcionado, incluso airado tal vez conmigo o con su hermano por habernos visto besando.

—¿A dónde vamos? —Vincent interrumpe lo que pienso.

No puedo seguir en este estado, debo decir algo.

—Llévame a mi casa. Iré a cambiarme para que salgamos antes.

—Estupendo, eso nos dará más tiempo para disfrutar de la estancia.

Vincent me había convencido de pasar el fin de semana en la estancia que sus padres habían reservado semanas atrás. Al principio no estaba muy segura de querer acompañarlos porque claramente no me gustaba la idea de tenerlos cerca, pero luego supe que el sitio era tan grande que si me lo proponía no llegaría a encontrarme con ellos más de lo necesario, así que terminé aceptando con la condición de que estuviésemos lo más alejados unos de los otros.

Tomamos la autopista en dirección a mi casa. Durante el camino continuamos conversando con

algunos intervalos donde ruego que la música del estéreo invada mis pensamientos. Estoy preocupada, no tengo trabajo, mi madre sigue sumando medicamentos a su lista de fármacos, los gastos indispensables como las deudas hipotecarias no dejarán de existir por más que no trabaje. El mundo sigue girando sin dejar de dar vueltas y lo único que deseo en estos momentos es bajarme o que se detenga. Ya no lo soporto, no tolero más la carga de responsabilidad que recae sobre mis hombros, no reniego de ayudar a mi madre, pero estoy cansada de esta inconstancia que la vida me da. Quisiera que las cosas sean duraderas, sanas, equilibradas, que lo que es nunca de deje ser, y que si lo hace sea para convertirse en algo mejor.

—Deja tu cabeza tranquila, todo estará bien, preciosa —Vincent detiene el automóvil frente a mi casa.

—Eso espero.

—Ya verás que sí, ten fe.

—La tengo.

—Bien. Te espero aquí.

Bajo del vehículo. Entro en mi casa. Mi madre acaba de volver del trabajo no hace mucho. Está esperándome de pie con su bata de dormir puesta. Se la ve más cansada de lo usual. A pesar de que le redujeron la carga horaria; la fábrica que la emplea está intentando reducir costos, sigo viéndola igual o más cansada que antes.

—¿Sucedió otra vez?

—¿A qué te refieres? —Mi madre no puede ser tan intuitiva, ¿o sí?

—Perdiste el empleo. Te echó, ¿verdad? —La tranquilidad con la que habla me toma por sorpresa.

—Sí —digo aliviada, se está tomando la noticia mejor de lo que creí.

—Lo sabía, no pudo tolerar verte con otro hombre.

—No pudo tolerar verme con su hermano, ¿quién podría hacerlo?

—Alguien que no te quisiera realmente. Emma, Bruno te quiere.

Me sorprende de nuevo, está abogando por Bruno, a quien ella repetidas veces vio cómo destrozaba mi corazón.

—No, no me quiere, está encaprichado conmigo, eso es todo. Si es cierto que me quiere como dices me lo hubiera dicho esta tarde.

—A los hombres les cuesta expresarse a veces, recuérdalo. Además, ya te lo dijo una vez, ¿cuántas veces quieres que te lo repita?

—Cómo sea, iré a cambiarme —No quiero seguir hablando de Bruno—. Vincent está esperándome afuera.

—Aquí está el periódico del día —Señala la mesa—, por si luego quieres buscar algo.

—De acuerdo, me lo llevaré para leerlo —Camino hacia mi habitación. Mi madre me sigue detrás.

—¿Irás a aquella estancia con Vincent y sus padres?

—Sí, pero estaremos en sitios apartados —Abro el armario para tomar el atuendo que escogí para esta noche; un vestido liso color negro.

—Si algo te dicen cuando los veas, no temas expresar lo que pienses, defiéndete.

—Por supuesto, ya no soy la misma.

—Me alegra oírte hablar así.

Tomo la maleta debajo de la cama. La abro. Comienzo a guardar todo lo necesario que iré a llevar. No regresaré por dos días, así que no debo de olvidarme nada.

—Espero algún día conocer personalmente a tu muchacho —vuelve a decir.

—Claro que sí, es solo que Vincent es algo tímido a veces —Sonrío recordándolo.

—¿Lo quieres?

—Sí, mucho.

—¿Estás enamorada?

Me cambio de ropa sin decir una palabra; la pregunta no me es sencilla de responder porque ni siquiera sé con exactitud qué es lo que siento con respecto a Vincent. Lo quiero más que como un simple amigo, de eso estoy segura, pero ¿estoy enamorada? Sí, me ha gustado besarlo, acariciarlo, pero eso no justifica nada, no me hace perder la cabeza como Bruno un día lo hizo, aunque tal vez no falte mucho para eso.

—¿Por qué no respondes? ¿Lo amas?

—Estoy aprendiendo a hacerlo.

—El amor no se aprende, hija, se siente.

—No quiero hacer esperar más a Vincent —digo con la intención de acabar con la conversación en la que mi madre se empeña en defender a Bruno.

—Ve, hablaremos luego.

Presiento que seguirá insistiendo en que regrese a los brazos de quien estoy intentando desprenderme. No entiendo por qué quiere aconsejarme que haga lo contrario a lo que estoy haciendo. ¿Ha visto algo que la hizo cambiar de parecer? ¿Qué?, ¿por qué no ve al igual que yo lo bien que Vincent me hace sentir?

Cuando llegamos a la estancia lo primero que le pido a Vincent, luego de que nos entregan las llaves de las habitaciones, es que me lleve a conocer los caballos, desde niña siempre me fascinaron.

Caminamos alrededor de una extensa laguna en la que algunos peces entran y salen del agua. El sol comienza a ocultarse para dar salida a la luna. Puedo divisar algunas estrellas que no se logran ver a simple vista. La tarde no está fría, al contrario, sigue haciendo un poco de calor, pero eso no impide que me mantenga aferrada a Vincent. A cada paso que doy puedo respirar aire puro; un aire fresco que por momentos me hace querer detener solo para sentirlo dentro mío. La ciudad podrá tener su atractivo, pero no puede compararse con la paz de este lugar.

—¿Ya te he dicho lo radiante que luces hoy?

—Gracias —Inclino mi cabeza sobre su hombro.

—Tu luz es más fuerte que la de cualquier estrella.

Río; su empalagoso cumplido me hace hacerlo. A veces no sé si habla en serio o simplemente está bromeando.

—Deja ya tanta cursilería que algún día acabaré creyéndomela.

—Pues créetela. Estar contigo me hace ser feliz, quiero que tú también lo seas.

Vaya, nadie me había dicho algo así, jamás.

—¿Estar conmigo te hace ser feliz? —pregunto para asegurarme de sus palabras.

—Sí, o ¿acaso lo pones en duda?

—Decir que te hago feliz dice mucho.

—¿Y eso es bueno o malo para ti?

—Bueno.

—¿Por qué?

—Porque una vez más me recuerdas cuánto me quieres, aunque no me hace falta escucharte decirlo para saberlo.

—Podría repetírtelo todas las veces que quisieras —dice a medida que entramos en el establo — con tal de que te dieras cuenta de lo enamorado que estoy de ti.

—Vincent, tienes que relajarte, esto no se trata de una competencia, ni siquiera tienes nadie contra quien luchar porque... entre Bruno y yo ya no existe nada.

—Lo sé, pero los recuerdos de él siguen vigentes en tu mente, y hasta que no lo olvides por completo no estaré tranquilo.

—Jamás podré olvidar a Bruno —Me detengo frente a uno de los tantos caballos para tocarlo con suavidad—, fue parte de mi vida, no me pidas eso.

—Tú sabes lo que quiero decir, quiero que salga de tu mente para que lo haga también de tu corazón, donde yo quiero estar.

—Ya estás dentro —Giro para verlo.

—No tanto como quisiera.

—Sí, sí lo estás —Aferro mis manos a su rostro.

Me dejo de llevar por un impulso que me dice que esto es lo correcto. Toco sus labios con la misma brusquedad que he descubierto que me enloquece. Vincent me responde, pero no como quiero; intenta cambiar el ritmo del beso haciéndolo más lento.

—No tienes que demostrar que me quieres de esta manera —Me detiene; sabe que quiero entregarme a él—, no es necesario.

—Quiero hacerlo —Me preparo para abrir su camisa.

Tanto es su amor por mí que prefiere esperar a que pueda corresponderle de la misma forma. Incluso cuando puede hacerme suya en este mismo instante es más importante nuestra relación que cualquier momento de placer. Esto me hace quererlo más, me hace querer volver a besarlo. Lo quiero, me atrae. Solo falta unirme a él para pertenecerle en cuerpo y alma.

Vincent desprende los botones de su camisa blanca y deja a la vista su cuerpo torneado. Roza mis labios con la dulzura que tan bien lo caracteriza. Me guía hasta el montón de heno donde luego me recuesto esperando a que se quite los pantalones y el calzado.

Esta noche voy a convencerme de que no existe nadie mejor que él, nadie que pueda comparársele.

—Jamás lo he hecho en un sitio como este —menciona abriendo su billetera.

—Dicen que siempre hay una primera vez para todo.

—Como la nuestra —Deja a un costado el condón y se ubica encima de mí.

—Exacto —digo concentrándome en sus ojos repletos de ternura—. Aunque... alguien podría entrar y vernos.

—Que lo hagan si quieren...

Río ante su comentario. Vincent recorre con una mano mis muslos, entre tanto con la otra me acaricia el trasero. Luego se desvía hasta llegar a mis bragas. Por debajo de mi vestido sus dedos se hunden en lo profundo de mi sexo que ya se encuentra preparado para recibirlo.

—Ah —gimo sintiéndolo dentro. Estoy más excitada de lo que creí.

—Creo que estás lista —Vuelve a mirarme con una sonrisa.

Lo beso... lento como a él le gusta.

—Voy a quitarte el vestido.

Giro sobre el heno. Toma el cierre y a medida que lo va bajando de sus labios desprende un beso. Una vez terminado me quita por completo el vestido por mis piernas. Sobre mi cuello siento su boca, su aliento, su respiración agitada que desciende por toda mi espalda. Busco su cabeza, quiero aferrarme a su cabello.

—Date la vuelta, quiero ver tu rostro cuando te penetre.

Lo observo, estoy perdida en sus brazos.

Vincent toma uno de mis senos. Con suavidad su boca me produce diversas sensaciones que no soy capaz de expresar. Se aparta el bóxer que lleva puesto y se pone el condón. Toma mis brazos, los junta sobre mi cabeza. Separa mis piernas, me quita la ropa interior y se introduce en mí; lento, firme.

—Ah —suspiro a su oído.

Bajo los brazos para rodear su espalda. Vincent sigue bombeando con la dureza de una roca.

—Oh —le escucho decir. Su ritmo se acelera cada vez más.

Aquí se viene la mejor parte.

Siento deseos de darle un chasquido a su nalga, de morderlo; el salvajismo que llevo dentro lo pide a gritos. Sin embargo, al parecer, por el momento, Vincent parece no ser capaz de atreverse a nada más que lo usual, y yo no quiero que rechace cualquier iniciativa que pueda tomar. Que no quiera atreverse a variar un poco no me preocupa tanto, aunque de todas formas quiero continuar el sexo que comencé a experimentar con su hermano. Quizás deba mencionárselo luego, tal vez

acceda y pueda sumarle algo de color a lo que hace como todo un maestro.

—Eres hermosa —dice sin detener el ritmo que lleva.

—Ah —Me aferro a su cabeza suspirando, gimiendo. Estoy a punto de llegar.

—Esto es hacer el amor —Me sacude con fuerza.

—¡No pares!

Una ola de desenfreno me invade el cuerpo. Siento una energía poderosa que me provoca querer acabar con todo lo que tenga a mi alrededor.

—¡Oh! Esto es increíble. ¿Estás lista?

—¡Sí! ¡Ah! —grito con todas mis fuerzas sintiendo como su miembro acaba dentro.

Vincent se aparta de encima de mí y se acuesta a mi lado. Está exhausto.

—Emma, hay algo que debo decirte, tal vez no sea el momento oportuno o quizás sí, de todas formas tengo que decírtelo.

—Cuéntame, ¿qué sucede? —Ubico mi cabeza encima de su pecho sudado.

—¿Recuerdas que tengo unos negocios en México, donde vivía antes de decidir quedarme aquí un tiempo?

—Sí, de lo cual no me has contado mucho.

—Bueno, pues debo volver lo más pronto posible.

—Entiendo.

¿Va a dejarme? ¿Acabamos de hacer el amor y tiene que decírmelo justo ahora?

—Quiero que vengas conmigo.

—¿A México? —digo sorprendida.

—Sí, lo he pensado, me has dicho que nunca has salido del país, así que pensé que quizás te gustaría acompañarme.

—¿Por cuánto tiempo?

—Ese es el otro asunto, no sé cuánto tiempo pueda prolongarse la estadía allí, por eso quiero que vengas conmigo.

—No lo sé...

—No soportaría estar lejos de ti.

—Vincent, sabes que tengo a mi madre enferma.

—Te prometo que no faltará quien la atienda.

—Es que no es eso...

—Entonces, ¿qué?

—Es mi madre, no puedo dejarla sola, menos sin saber por cuánto tiempo estaré lejos.

—Está bien —Su mano acaricia mi cabello—. No tienes que decidirlo ahora, pero no puedo esperar mucho.

—¿Cuándo debes marcharte?

—La próxima semana.

—De acuerdo, lo pensaré.

No quiero pensarlo. No quiero que se vaya. ¿Cómo puede hacerme algo así cuando he empezado a quererlo de verdad? ¿Es que no tiene a nadie en México que lo pueda representar en sus negocios? ¿Dónde está ese amor del que tanto profesa tener por mí si piensa irse? Siento enojo; hacia él porque cabe la posibilidad de que me abandone en cuestión de días, hacia mí por no poder acompañarlo en un viaje del que seguro tendríamos increíbles experiencias.

Lo cierto es que no quiero abandonar a mi madre estando enferma, ¿quién se ocuparía de ella en caso de que algo le sucediera? Sin embargo, como en una ocasión Bruno me hizo reflexionar, tampoco puedo vivir toda la vida a su lado. Algún día tendré que dejarla porque a menos que

decida quedarme para vestir santos, tarde o temprano lo que hoy tengo por hogar dejará de existir para que forme uno nuevo. Tal vez este sea el principio para que eso suceda. Es un poco apresurado pensar en un tipo de compromiso mayor con Vincent, lo sé, pero tengo la certeza de que es mi hombre. No puedo dejarlo ir.

Cenamos en una mesa apartada al aire libre tal como lo pedí. El sitio es demasiado grande, quizás por eso no parece muy lleno de gente que digamos. Vincent me sirve un poco de vino entretanto observo, en realidad sin reparo alguno, las estrellas fijas en el cielo. Después de todo lo acontecido esta tarde con Bruno debo decir que estoy terminando el día bastante bien.

—¿En qué piensas?

—En tu propuesta —Tomo la copa que me sirvió.

—¿Vas a aceptar?

—Eso es lo que quiero.

—No comprendo —Aparta sus cubiertos del plato.

—Voy a hablar con mi madre en cuanto regrese. Luego te daré mi respuesta.

Diablos, no quiero que se enfade. Que no se enfade. Sabe que lo quiero. Después del momento que pasamos juntos en el establo no puede enojarse, tiene que comprender lo difícil que es para mí dejar a mi madre.

—Ella estará bien —Pone su mano por encima de la mía.

—¿Cómo lo sabes? Si así fuese me iría hoy mismo contigo a dónde quisieras.

—Tu madre no tiene ninguna enfermedad terminal. Solo necesita medicación y descanso — dice en un tono cálido—. Creo que eres tú la que no quiere apartarse de ella, o ¿me equivoco?

—No lo sé... Desde que mi padre murió de alguna manera me sentí responsable de su cuidado. Mi hermano como sabrás jamás se interesó por nada ni nadie.

—Lo sé.

—No hubo ni hay nadie que pueda serle de ayuda más que yo. Y después de todos los sacrificios que ha hecho por mí no puedo hacer otra cosa que cuidar de ella.

—Sientes culpa sin razón, despréndete de ella, te sentirás mejor.

—Estar contigo me hace bien.

—Me agrada oírte decir eso porque a mí también —Se acerca sobre la mesa para besarme.

La mañana siguiente me encuentro en la cocina de mi casa preparando un par de tazas de café. Mi madre no tardará en levantarse para ir a trabajar, y dado que a causa de mi desvelo ya no puedo seguir durmiendo quiero sorprenderla con un desayuno. De paso aprovecharé la situación para que conversemos sobre la propuesta de Vincent. Sé como siempre que me sabrá aconsejar con sabiduría hacia la elección que he de tomar, sin importar cuan beneficioso sea o no para ella el hecho de que me vaya de su lado, tal vez por mucho tiempo.

—Oh, Emma, no creí que estuvieras despierta tan temprano. ¿Qué haces levantada a esta hora? —dice mi madre acercándose para sentarse.

—No podía dormir y decidí esperar a que te levantes para que desayunemos juntas —Pongo las tazas con algunas tostadas untadas sobre la mesa.

—Ya veo —dice observándome una vez que me siento frente a ella—, hay algo que te preocupa y no sabes cómo decírmelo, por eso estuviste dando vueltas por toda la casa durante la madrugada.

—¿Hice mucho ruido? Lo siento —me disculpo y bebo un sorbo.

—No es el ruido lo que me importa, es lo que piensas, dime ¿qué sucede?

—Pues... Vincent me ha propuesto acompañarlo en un viaje que irá a hacer.

—¿Cuándo?

—La próxima semana.

—Ve, ¿qué te impide hacerlo? —Toma una de las tostadas muy tranquila—. Tu cabeza ha estado muy alborotada últimamente, anda, diviértete.

—Hay un problema, no sé por cuánto tiempo vaya a estar fuera.

—Oh, cariño, ¿te preocupa dejarme sola? —Continúa comiendo.

Asiento con la cabeza. Se produce un silencio en el que me es inevitable no preguntarme qué será lo que irá a responder. ¿Me dirá que no puede quedarse sola o que sí se siente en condiciones de hacerlo?

—Estaré bien, te lo prometo —dice mi madre serena—. Si ese hombre es el amor de tu vida, entonces ve con él, yo no voy a ser un obstáculo en tu felicidad.

El obstáculo no es ella, soy yo que no he sabido comprender que tiene la capacidad de valerse por sí misma.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. Eres joven, hija, disfruta de la vida.

—¿Qué hay del dinero?

Mi madre no puede decirme que aquello no le preocupa. ¿Quién se encargará de ayudarla con todos los gastos?

—Emma, aunque me haya costado un poco me di cuenta de que ya me has ayudado demasiado durante todos estos años, es hora de que me ocupe sola. Además, en todo caso supongo que no te irás para siempre, ¿o sí?

Espero que no. No quiero separarme de ella.

—No, claro que no. Es obvio que volveré, aunque no sé cuándo.

Escucho golpes sobre la puerta, alguien está llamando. Mi madre toma su bolsa de la silla donde a menudo la deja colgada. Ambas marchamos directo a la puerta. La despido, no sin antes preguntarle si esperaba tan temprano a alguien, ella me responde diciendo que no. Entonces le digo que por seguridad se fije por el cerrojo para ver de quién se trata. Sin otra palabra más abre la puerta de inmediato.

—Sorpresa.

Por un segundo quedo enmudecida. No entiendo qué rayos está haciendo él aquí. Se suponía que jamás volvería.

—¿Qué haces aquí? —digo al ver al delincuente de mi hermano.

—¿Cómo que qué hago aquí? ¿Acaso no me ves? Regreso a esta casa que también es mía.

Vuelvo a quedarme al igual que mi madre: enmudecida. ¿Cómo fue que salió de la cárcel, otra vez?

—¿Qué ocurre? ¿Es que no les da gusto verme de nuevo?

Dylan entra en la casa por entre medio de mi madre y yo rozándose con mi hombro de manera brusca.

—No, hijo, adelante.

—Gracias, mamá, tú sí que guardas amor en tu corazón. Ojalá pudiera decir lo mismo de ti, hermana —Se sienta con los pies sobre la mesa.

Fulmino a mi madre con la mirada. Sin abrir la boca me responde como diciéndome: «No tengo opción». Claro que la tiene, pero no se atreve a enfrentarse al miserable de Dylan, prefiere que la vida en la casa vuelva a hacer el mismo infierno que era antes.

—Adiós, hija. Llámame por si necesitas algo.

—No lo haré —respondo enfurecida. ¿Cómo podré irme tranquila con Vincent sabiendo que mi hermano ha vuelto?

Cierro la puerta. Me acerco a la sala del comedor a recoger las cosas sucias para lavarlas. Dylan no me quita la mirada de encima, puedo sentirlo.

—Prepárame un buen desayuno, muero de hambre.

—Abre el refrigerador, adentro vas a encontrar huevos y leche.

—¿Que no escuchaste? ¡Dije que tú me hicieras el desayuno!

—No voy a hacértelo. Tienes ambas manos, prepáratelo tú mismo —me niego poniendo las tazas dentro del lavado.

—Creo que no fui claro —Golpea con la palma de su mano la mesa.

No tengo demasiadas alternativas si quiero que se detenga antes de que el asunto empeore. La última vez que me enfrenté a él de no haber sido por mi madre casi me golpea con un teléfono. No tendrá reparo en intentar volver a hacerme daño, si es que no pienso en algo que lo asuste como para dejarme en paz, claro, al menos por el momento.

—Creo que yo no fui clara —Visualizo el cuchillo más grande a metros de las hornallas. Lo tomo con fuerza y lo clavo en la mesa, justo al lado de sus dedos.

—¿¿Qué demonios haces?! ¿¿Estás loca?! —Mi hermano chilla como la niña que es.

Marica. Recuerdo al viejo cascarrabias con el que trabajaba. También él mojó sus pantalones cuando le arrojé ese horrible florero al suelo.

—Sí, sí lo estoy. La próxima vez no lo pensaré dos veces y te lo hundiré en la mano o en cualquier otra parte. Ahora déjame en paz.

Salgo con rapidez de la escena. Dylan no me sigue detrás camino a la calle seguramente porque teme que los vecinos puedan verlo si intenta agredirme. Bajo la mirada al cruzar la puerta, una hoja de papel desvía mi atención. Se trata de una notificación. Van a desalojar la casa en la que mi madre y yo vivimos.

No lo entiendo; ¿por qué el banco envió esta carta si hasta el momento he cumplido con cada uno de los pagos para cubrir la hipoteca? Yo misma le he dado parte del dinero que recibía de mi sueldo a mi madre para estar al corriente de la deuda. Tiene que haber una explicación, una muy razonable que aclare todo esto. No podemos quedarnos en la calle, mi madre sobre todo.

La cabeza comienza a estallarme de dolor, son demasiados problemas al mismo tiempo. Necesito tomar un respiro, hablar con alguien de seguro me servirá de alivio. Con Vincent no quiero hacerlo, uno de los asuntos lo involucra a él y necesito una mirada parcial, el punto de vista de una amiga; la única.

Saco del bolsillo mi móvil que por fortuna junto a algo de dinero traigo encima. Si no tendría ninguna de las dos cosas me hubiese visto obligada a tener que entrar en la casa en su búsqueda y a caer en la posibilidad de volver a tener algún tipo de pleito con mi hermano.

—¿Emma? —pronuncia Priscilla con voz ronca.

—Lo siento, te desperté, ¿verdad?

—No, no, dime, ¿sucede algo?

—¿Podemos vernos?

—Claro, claro, dime dónde —La escucho moverse.

—En la cafetería de siempre.

—De acuerdo, salgo para allí.

El bus me deja en frente de ese sitio para comer que tanto me gusta. Aunque no conozco demasiadas cafeterías, puedo afirmar que la prefiero sobre cualquier otra que haya visitado. La veo a un par de metros, está justo en la esquina de la avenida con su color madera e inscripciones blancas rodeadas de verde. La luz del semáforo cambia de luz para que el peatón avance. Camino sobre la senda. Todos los automóviles se detienen, a excepción de uno.

Retrocedo rápido, el vehículo casi me roza. Me aparto asustada y termino de cruzar la calle. El corazón me palpita cada vez más fuerte a pesar de que ya no hay peligro de ser atropellada. Quien conduce ni siquiera baja la ventanilla para disculparse. Se queda inmóvil, incluso cuando el resto de los automóviles continúan con su marcha. Es como si dentro hubiera alguien observándome. ¿Por qué el sujeto no sigue su viaje? Ya puede seguir a donde sea que iba. Avanzo, ahora sí, algo asustada, pero antes de ingresar al café giro para ver si sigue de la misma manera. Esto es muy extraño. La ventanilla se baja y deja a la vista una inconfundible cabellera rubia. Regina extiende el dedo del medio fuera del vehículo en señal de insulto. Zorra. ¿Qué es lo que quiere?

Doy la vuelta sin darle más importancia al asunto. No tiene sentido si se trata de alguien que debe de seguir sintiendo celos hacia mí que ya nada tengo que ver con Bruno. Abro la puerta del lugar donde mi amiga me espera. Percibo con mi olfato el delicioso aroma de los granos de café. Me acerco hasta la mesa junto al gran cristal que da a la calle. Priscilla me mira con los ojos entrecerrados mientras tomo asiento, no sé si tal vez sea por el sueño del que seguramente la hice despertar o porque trata de descifrar qué es lo que quiero contarle.

—No has matado a nadie, ¿verdad? —me dice sin rodeos.

—No —Río.

—Entonces, ¿por qué estás tan sería? o ¿a qué se debe que me hayas llamado con tanta urgencia?

—Necesitaba hablar con alguien que no fuera Vincent, ni mi madre.

—Entiendo. Sabes que somos amigas, ¿cierto?

—Sí.

—Puedes contarme lo que sea, te daré todo mi apoyo. Aunque en estos momentos te esté odiando porque me has hecho salir sin una pizca de maquillaje.

—No me digas, ya has flechado a alguien de aquí.

—En realidad ya me conoce —Gira para saludar a uno de los camareros—, y yo lo conozco a él muy bien... Bueno, dime ¿qué es lo que pasa?

—No sé si Vincent te comentó algo o no porque eres como una bruja a veces, siempre lo sabes todo.

—Y tengo razón en todo, además. Pero sí, lo sé. Te propuso irte con él —Toma la palma de mi mano fingiendo leerla—. Mmmhhh... Veo que tú no quieres ir porque sigues enamorada de Bruno.

—Eso no es verdad —Retiro mi mano lamentando acabar con su broma—. Mi hermano acaba de salir en libertad y el banco está a punto de dejarnos en la calle.

—Oh, lo siento... Si quieres puedo darte dinero para que saldes esa deuda.

—Ni lo pienses. Jamás recibiría dinero de nadie.

—Entonces, ¿qué harás?, ¿vas a dejar a mi hermano por tus problemas? ¿Sabes?, es posible que Vincent no vuelva en mucho tiempo.

—Lo sé.

—¿Lo dejarás ir?

—Tengo que hacerlo, Priscilla, tú no lo entiendes, no puedo irme tranquila sabiendo cómo están las cosas ahora.

—Bien. Tienes que hablar con Vincent pronto. Este fin de semana haremos una fiesta como despedida. Obviamente estás invitada. Tal vez ahora que te quedas puedas contentarte con Bruno.

—Claramente no.

—¿Por qué no? El pobre no deja de preguntar por ti, a escondidas de Regina, claro, que no lo deja solo ni un instante, está obsesionada con él, a veces pienso que está loca.

—¿Están saliendo de nuevo?

—No. Mi hermano jamás regresaría con ella, de todas formas, no puede quitársela de encima.

Pienso en las palabras que acabo de escuchar por parte de mi amiga: Bruno sigue interesado en mí. Saboreo el hecho. Aunque en estas circunstancias no pueda hacer nada lo guardo dentro mío

experimentando aquel cosquilleo impaciente que me provocaba cuando por las noches pensaba en él. Me extraña, me repito en la mente, quizás igual o más que yo, sin embargo no piensa hacer nada al respecto más que limitarse a preguntar por mí. Y yo al contrario de él no lo haré, intentaré no volver a hablar de él jamás, aunque me esté muriendo de ganas.

Cuando regreso a casa con la mente más clara me decido a buscar el periódico que mi madre siempre deja sobre la mesa. Pienso que lo mejor será no perder más el tiempo, tengo que encontrar cuanto antes un trabajo que nos salve a mi madre y a mí de la calle. Aún sigo sin poder creer cómo es que esto es posible; ¿a dónde fue a parar todo el dinero que era para pagar las deudas? No lo sé, lo único que tengo por seguro es que necesito un empleo de manera urgente.

Con un marcador, impaciente de subrayar anuncios que se destaquen sobre el resto, paso varias horas sentada, en silencio, preocupada por haber estado buscando entre tantos periódicos y no haber encontrado más de tres solicitudes que coincidan con mi perfil; un perfil no académico, vinculado siempre con tiendas de ropas y ventas telefónicas.

Todavía no le comento a mi madre nada de lo que sucede, no voy hacerlo hasta que haya conseguido una entrevista. No quiero que también se preocupe y pueda provocarle un mal al corazón. Aunque de todas formas, a más tardar mañana sabrá la noticia. Necesito saber qué fue lo que ocurrió con el dinero que le di.

—Voy en camino —escucho la voz de mi madre que marcha hacia la puerta.

Ni siquiera oí el golpe de alguien llamando. De seguro es Dylan, me digo retomando la búsqueda.

—Emma.

Alzo la vista. Se trata de Vincent. Vaya, cómo es que me perdí su encuentro con mi madre. Es la primera vez que ellos se ven. Con razón escuché un par de risas en la puerta, mi hermano jamás la hace reír.

—Qué sorpresa —Lo saludo con un beso en la mejilla y lo invito a que se siente a mi lado.

No me agrada mucho la idea de dar besos en la boca en público, menos aún si me encuentro frente a alguien que me conoce tanto como mi madre. Soy algo pudorosa en ese sentido.

—¿Has estado buscando trabajo? —pregunta con la vista fija en los clasificados.

—Sí —Reúno todos los periódicos cuando entre las hojas distingo la notificación del banco. La dejé sobre la mesa para volver a leerla y se ha terminado mezclando con el resto de las cosas.

—¿No vendrás conmigo?

Ruego que Vincent no haya puesto su atención en el mismo papel que yo. Tomo los periódicos con la carta incluida y los hago a un costado.

—Claro que lo hará —interviene mi madre.

—Pero mamá... —giro para responderle.

—Irás contigo —menciona con firmeza.

—Ya escuchaste, amor, no puedes contradecir a tu madre —Acaricia mi mano sobre la mesa.

Claro que puedo contradecirla, sobre todo si estamos a días de quedarnos en la calle.

Me levanto de la silla. Me acerco a mi madre para hablarle en voz baja, tal vez Vincent me escuche o tal vez no, pero trataré de ser lo más discreta posible. Tengo que decirle que deje a un costado su aliento hacia mi novio y me escuche de verdad.

—No voy a irme —le digo tan bajo que no sé si logro escucharme.

—Irás aunque no quieras, si nos quedamos en la calle no permitiré que me acompañes. Ve con Vincent, sal de esta miseria.

—¿Tú...? ¿Tú sabes de la notificación del banco?

Es la única explicación que le encuentro a su actitud.

—Sí, lo sé. No voy a explicarte qué ocurre ahora. Solo quiero que te vayas.

—Es este el motivo por el cual no quieres venir —Vincent señala el papel que guardé entre el periódico, diablos, sí se dio cuenta de que lo estaba ocultando.

—Así es y ahora que lo sabes, como comprenderás, aunque quiero, no puedo acompañarte —digo.

—Entiendo.

Vincent sale de su lugar, se acerca hasta donde estoy de pie junto a mi madre y me toma de ambas manos. Mirándome a los ojos se dispone a hablar.

—Sabes que estoy enamorado de ti, ¿cierto?

Asiento con la cabeza.

—Haría cualquier cosa con tal de que te quedes a mi lado. Ven conmigo y mañana mismo tu deuda estará saldada.

—No —Me suelto de sus manos.

—No tendrás nada de qué preocuparte ya.

—No, Vincent, no. Estás loco.

No puedo permitirle que haga algo así por mí, no me lo merezco.

—No te estoy comprando si es así como te sientes. Quiero ayudarte a ti y a tu familia porque te quiero.

Pongo la vista en el rostro preocupado de mi madre. Me dejo conmover por él. Tal vez no debería ser tan orgullosa y pensar en el futuro que nos espera a ambas si no acepto la propuesta de Vincent.

—De acuerdo, iré contigo...

—Perfecto, sacaré los boletos de avión hoy mismo.

Mi madre suspira aliviada con una sonrisa de felicidad. Se acerca a Vincent y lo abraza con fuerza agradeciéndole su bondad. Él responde del mismo modo prometiéndole que jamás volverá a pasar por una situación igual porque algo muy pronto habría de cambiar, me pregunto qué.

El viernes en la noche con el motivo de despedir a Vincent en su, nuestra, última noche en la ciudad, se hace una fiesta en casa de sus padres. Por supuesto en ella está reunida toda su familia y amigos que en estos momentos bajo la poca claridad no alcanzo a distinguir bien. Algunos ya los conozco, de referencia, claro, porque no he tenido ninguna relación más que un saludo. Lo cierto es que me estoy aburriendo, a pesar de estar bebiendo una copa junto a Priscilla. Ya es casi media noche, quisiera que todo terminara de una vez para irme a descansar. Me duele la cabeza, siento nervios por mañana, un día, creo que muy importante para Vincent y para mí. Para él porque tal vez se esté asegurando con este viaje la gratitud y el amor que acepté darle, y para mí porque supongo que este es otro paso más hacia mi cura. Aun así no puedo dejar de preguntarme dónde está Bruno, no lo he visto en toda la noche, ¿seguirá disgustado con su hermano a causa mía y por eso no vino?

—¿Bruno está presente? Todavía no le he visto —le digo a mi amiga con el fin de que, como siempre, me responda con todos los detalles.

—No, no vendrá —Priscilla hace una pausa—... hasta dentro de unos minutos. No podía llegar antes, ¿por qué? ¿Quieres verlo?, ¿ya lo echas de menos?

—Pensé que tal vez por las peleas recientes que había tenido con Vincent no lo haría.

—Claro que estará aquí, son hermanos después de todo. Emma, no te veo muy convencida del viaje que irás a hacer, ¿estás segura de querer ir?

—Por supuesto que sí.

—Entonces, déjame decirte que Vincent no es tu príncipe azul, ni el de ninguna otra —Toma

otra copa de un camarero que se acerca—, en realidad ningún hombre sobre la faz de esta tierra lo es.

—¿Por qué lo dices?

—Porque sé cómo lo ves. Para ti es el hombre perfecto, incapaz de hacerte daño.

—¿Acaso no es así?, es decir, ¿lo crees capaz de lastimarme?

—No, Emma, a lo que me refiero es que lo tienes idealizado. Ven, olvidémonos de esto, vayamos a bailar un poco antes de que todo el alcohol se me suba a la cabeza.

Mi amiga me toma de la mano y me guía por todo el salón hasta llegar al centro. Bailamos al ritmo de la música por un buen rato. Mal o bien, lo hago ya sin importar cómo el resto me pueda mirar. Tal vez esté haciendo el ridículo, lo sé, pero lo disfruto. Además la multitud de ojos que tengo detrás siempre están observándome, démosles un motivo de qué hablar.

—Cariño... —escucho una voz a mis espaldas.

—Bruno —Me sorprendo de verlo frente a mí, de tenerlo tan cerca.

—No quiero que Vincent nos vea hablando, acompáñame —me dice tomándome de la mano.

—¿A dónde?

—A algún lugar donde podamos conversar sin que el ruido nos moleste.

Giro para ver a mi amiga, quizás buscando en ella una respuesta sabia ante el pedido de Bruno. Cuando me doy cuenta de que no voy a encontrarla decido responder.

—No hay nada de lo que tenga que hablar contigo, lo siento.

—Emma, ve, si mi hermano pregunta por ti le diré que estás en el baño —dice Priscilla.

—¿Sí? —Bruno me observa con impaciencia.

Asiento dejándome llevar por la ternura de su mirada.

Me lleva de la mano guiándome como en tiempos anteriores hacia donde quiere. No debería permitírsele, pero el contacto con su piel me hace tan bien, me hace sentir como si una fuerza eléctrica se apoderara por momentos de todo mi cuerpo. Cruzamos la salida hasta llegar a unos jardines a los que jamás había venido. No puedo evitar quedarme maravillada por la cantidad de rosas que hay alrededor. En la parte central una gran fuente de agua corre en forma de cascada. Bruno me suelta al mismo tiempo en el que ambos encontramos un banco donde sentarnos. La escena es tan romántica, tan de película que me duele el corazón de que sea así, pura ficción.

—¿Qué es lo que tenías para decirme?

—Que estoy profundamente enamorado y no puedo vivir un minuto más sin ti —Me roza precipitadamente los labios sin que pueda volver a saborearlo una última vez.

—Espera —Me alejo de su boca—, la última vez que nos vimos me despediste, me trataste muy mal y ahora vienes arrepentido ¿a pedirme qué?

—A pedirte que vuelvas.

—¿Al trabajo?

—Aquí —Toma mi mano y la pone sobre su pecho—, aquí dentro, sin ti mi corazón dejará de latir.

—No entiendo cómo puedes ser capaz de querer volverme a engañar con otra de tus cursilerías.

—No son cursilerías, te estoy diciendo la verdad. Te amo, y siento mucho haber jugado contigo antes.

Mi mundo se pone en pausa, trata de poner en orden cada una de las palabras que acaba de escuchar. Parecen ser tan sinceras que me cuesta trabajo creer que no sean ciertas.

—¿Interrumpo? —Vincent aparece entre nosotros.

Un caos estalla dentro mío al darme cuenta de lo que estoy sintiendo. Tengo a dos hombres

distintos, pero igualmente cautivadores frente a mí, los quiero a ambos. ¿Estoy volviéndome aún más loca de lo que estoy? ¿Cómo puedo quererlos al mismo tiempo?, porque ¿qué nombre le pongo a no poderme desprender de Bruno y de no querer alejarme de Vincent?

—No, amor —Me pongo de pie—, tu hermano solo estaba disculpándose conmigo por el mal rato que me hizo pasar cuando me echó de la tienda.

¿Qué otra cosa podía decirle?, ¿que me estaba declarando su amor? No, volverían a pelearse por mí y solo causaría más problemas entre ellos.

—Me parece bien. ¿Volvemos a la fiesta? —Me rodea con su brazo.

—Claro.

No tengo la certeza si Vincent me ha creído, debe estar preguntándose qué rayos hacía con su hermano fuera del salón. Espero tener el tiempo necesario para idear alguna mentira que sea lo bastante creíble, por las dudas de que llegue a decirme algo.

Bruno nos observa con tristeza, al menos yo lo percibo así hasta que damos la vuelta dejándolo solo. Me duele verlo de esa forma, apenado. ¿Qué debo hacer?, ¿qué debo hacer? No quiero que sufra por mí porque yo lo estoy haciendo por él. Pero mañana saldré de viaje y ya no volveré a verlo tal vez por mucho tiempo. ¿Cómo podré ahora estar lejos de él sabiendo lo que siento por mí? Lo quiero, lo quiero tanto que seguramente pasaré noches en vela soñando con su rostro, con sus besos, con el último momento con el que tanto soñé y con el que no podré hacer nada.

Como si el cielo estuviese enterado de lo que escondo en lo más profundo de mi corazón y compartiera el mismo sentir que me invade al separarme de Bruno, no deja de echar sus lágrimas sobre los cristales del aeropuerto que voy abandonando junto a Vincent para ingresar en el avión. Hoy dejo atrás todo lo que un día pudo ser. Dejo mis sueños, mis esperanzas para intentar buscar esa resignación que me hará querer solo a quien acompaño. Todo se acabó. Cuando regrese, no sé cuándo, posiblemente Bruno ya se haya olvidado de mí y yo tal vez también lo haya olvidado a él.

Camino buscando los números de asiento cuando visualizo por encima una inconfundible cabellera rubia, ¿qué está haciendo ella aquí? Continúo dando pasos mirando hacia el frente, claramente no tengo intenciones de dirigirle la palabra, aunque siento una gran curiosidad por saber hacia dónde va y con qué motivos, es extraño que en estos momentos no esté siguiendo a Bruno. Según me había comentado Priscilla, Regina se ha vuelto obsesionada por él.

—¿Acaso estoy pintada que no piensas saludarme? —me dice la muy cínica.

—No tengo por qué hacerlo —Retrocedo para responderle.

—Sigues rencorosa porque te dejé en una celda. Ay, Emma, ya deberías de saber que en el amor todo se vale. Aun así para que sepas que estoy arrepentida te ofrezco mis disculpas.

—Gracias, pero no las necesito.

—Como quieras. ¡Hola, Vincent! No te había visto ahí detrás, ¿qué tal estás?

Vincent se acerca para besar su mejilla. Claro, ellos siempre tuvieron una buena relación, pero incluso así me molesta que la salude.

—Bien, ¿y tú? ¿Viajas sola?

—Sí, Bruno se enfadó porque no lo dejé acompañarme, ya sabes cómo es. Pero serán tan solo un par de días los que estaremos lejos. Oh, me está llamando —Toma su teléfono—, si me disculpan quiero atender antes de que despeguemos.

—Claro, adiós.

—Disfruten su viaje.

Zorra desquiciada, digo en mi mente entretanto Vincent y yo llegamos a nuestros lugares.

—No le temes a los aviones, ¿o sí?

—Algo —admito tomando asiento.

—Bien. Si sientes miedo cuando despeguemos apriétame la mano bien fuerte, ¿sí?

—De acuerdo, me disculpo de antemano en caso de hacerte daño.

—Sé que jamás me lo harás —Toca mis labios con suavidad.

¿Jamás le haré daño? ¿No se lo estoy haciendo ahora, no siendo sincera, no expresándole lo que en realidad siento por él?

De llegada al aeropuerto luego de haber pasado más de diez horas en el aire; conversando, durmiendo otro poco, Vincent me abre la puerta del automóvil que nos llevará al lujoso hotel que reservó junto a la playa. Por fortuna el sol brilla en todo su esplendor tocando con intensidad mi piel, así que nada impedirá que este mismo día mis pies vuelvan a sumergirse entre las olas del mar. Ya dentro me dispongo a observar por la ventanilla la dirección que el vehículo toma, a mi lado Vincent comienza a relatar con entusiasmo experiencias que recuerda haber tenido durante su estancia en México. Lo escucho con atención sin querer perderme un solo detalle de lo que cuenta. Absolutamente todo lo que dice, incluso algunos datos históricos que en otro momento me aburrirían, me causa interés por el solo hecho de oírlo de su boca.

El recorrido concluye en las puertas del hotel que será el lugar donde estaré al menos por dos semanas. Aunque, según me comentó, existe la posibilidad de que nuestra permanencia se extienda por varias semanas más dependiendo del cierre de un negocio. Mi madre antes de irme me aseguró que estaría bien, que no adelantara mi regreso por nada del mundo, que se las podría arreglar aun con Dylan presente. Yo no puedo evitar pensar en ella, ni siquiera estando ante la vista maravillosa de la playa podré olvidarme de que me necesita, sin embargo, cuando hablamos supo transmitirme la seguridad que necesitaba para saber que podría cuidarse a sí misma. Tal vez mi hermano le haga pasar malos ratos, sí, pero sé que se hará respetar como la mujer fuerte que es.

—¿Estás pensando en ella?

—¿En mi madre? Sí —Sigo a Vincent hacia la gran recepción del hotel—. Sé que estará bien.

—Llámalas ni apenas dejemos el equipaje para que sepa que ya hemos llegado —dice retirando la tarjeta de acceso que una mujer le entrega después de darnos la bienvenida.

—Debo admitir que no solo estoy tranquila por ella, sino también por mí.

—¿Cómo es eso?

Tomamos el elevador junto a nuestro botones, por lo general me da algo de pudor hablar enfrente de extraños sobre cualquier tema que incluya mi vida privada, pero esta vez decido no dar reparo en ello.

—Creo que tenías razón, era yo la que tenía miedo de desprenderse de ella.

—Tu madre siempre estará contigo y tú con ella, incluso cuando estén lejos.

Las puertas del elevador se abren. Avanzamos por el corredor hasta que Vincent se detiene frente a una de las puertas.

—Esta es la habitación —Abre y me invita a pasar primero luego de darle propina a los botones.

—Esto es enorme —menciono explorando cada rincón de un sitio que parece ser más grande que mi propia casa.

—¿Te gusta? Ven a mirar por la ventana, puedes ver el mar desde aquí.

—Vaya, es cierto —Me acerco junto a su rostro—. La vista es hermosa. Vincent dejemos las maletas y vayamos corriendo a la playa, muero por tocar la arena.

—Claro que sí, pero antes cambiémonos de ropa.

Giro para ir en busca del equipaje que veo junto a la puerta.

—Déjame quitártela —Aparta mi cabello suelto hacia un costado y me da un beso.

Con su mano toma mi mentón y lo atrae a su boca. Saboreo la dulzura que lleva dentro. Luego hace que me recueste sobre la cama y se quita rápido la camisa. Vuelve hacia mí de seguro para sacarme el vestido que llevo puesto. Me lo quita y para mi sorpresa comienza a rozar con su lengua una línea recta que empieza debajo de mi ombligo hasta mi boca.

—Ah, Bruno...

—¿Qué has dicho?

—Lo siento.

Demonios. Demonios.

—Me has llamado Bruno —Aparta su cuerpo del mío.

—Lo siento.

—No. No digas que lo sientes, sigues pensando en él, ¿cierto?

No respondo, no quiero hacerlo, no quiero engañar a nadie más.

—¿¿Cierto?! —vuelve a preguntar.

Vincent toma rápido su ropa, se cambia en medio de nuestro silencio y sale dando un golpe en la puerta de esos que uno da cuando se enfada mucho.

—Mierda, mierda.

Tengo que seguirlo, tengo que buscarlo, ser clara de una vez por todas.

Salgo de la cama. Del suelo tomo mi ropa. Me cambio, salgo de la habitación con la mayor velocidad que puedo y lo llamo por su nombre. Quizás llegue a oírme, quizás quiera hacerlo.

—Vincent... —le digo desde la recepción.

Él sigue alejándose con paso veloz sin hacerme caso.

Será mejor que lo deje ir, que le dé su espacio. Lo más conveniente es que hablemos cuando el enojo se le haya pasado y pueda escucharme con tranquilidad.

Sin intenciones de buscarlo me alejo del hotel camino a la playa que está tan solo a un par de bloques. Necesito estar lejos del encierro de cuatro paredes. Necesito respirar el aire fresco del mar para poder pensar qué le diré a Vincent, cómo podré hablarle sin herirlo más. Al final de cuentas fui yo la que lo terminó lastimando a él. Él, que solo tuvo amor para darme, acabó recibiendo nada de lo que se merecía por haber sido tan bueno conmigo. Me siento de lo peor.

—Dame lo más fuerte que tengas —Me acerco a una de las barras hechas de madera y heno que encuentro al pasar.

—Enseguida —El hombre responde poniendo una pequeña copa de cristal frente a mí.

El sujeto termina de preparar el trago. Yo me lo llevo a la boca con la estúpida esperanza de poder olvidar todo lo que me pasa.

—Otro —le digo sin importar el efecto que pueda causarme.

—Con gusto.

Sigo bebiendo. La bebida es tan dulce, tan dulce como los labios de Bruno. Bruno... Bruno... Me río. Doy la vuelta para observar el mar. Quisiera quitarme toda la ropa ahora mismo e ir corriendo desnuda, gritando como una loca hasta que me meta. Sí, eso haré. Un momento. ¡Un momento! Aquel hombre de allí, con camisilla blanca, brazos fuertes y gafas de sol, ¿no es Bruno? No, debe ser el alcohol que me está haciendo ver cosas que no son, pero juraría que se trata de él. No puede ser, cómo es que estaría aquí si vi hablar a Regina con él por teléfono antes de despegar. Es imposible, estoy demasiado ebria.

—Tome, quédese con el cambio —le digo al coctelero con el objetivo de ir rápido tras el sujeto que estaba viendo.

Camino por la arena hacia el individuo que visualizo de espaldas frente al mar. No se me irá a escapar.

—¿Bruno? —pregunto extrañada—. ¿Qué haces aquí?

El sujeto que creo que es Bruno se da vuelta.

—Vine a buscarte.

—Ah, ¿sí?, ¿con una acompañante?

—Regina no significa nada para mí.

—Entonces, ¿por qué vino contigo?

—Está siguiéndome. Te lo explicaré luego, créeme. Ahora debo irme. Te estaré esperando esta noche para que hablemos, allí mismo después de las dos —Señala unas palmeras.

—¿De la mañana?

—Sí. No quiero que tengas problemas con mi hermano. ¿Vendrás?

Asiento con la cabeza al no poder negarme.

—Bien, te estaré esperando.

Prácticamente no hay nadie por la playa. Pasaron varios minutos después de la dos, aun así sigue siendo el horario que Bruno propuso para que nos viéramos, así que espero que me esté esperando en el sitio que acordamos, de lo contrario, el haber escapado a hurtadillas del hotel mientras Vincent duerme habrá sido en vano.

—Viniste.

Avanzo por la arena buscando la silueta de Bruno que se encuentra bajo las hojas de una palmera.

—¿Creíste que no iba a venir? —digo.

—Por momentos dudé de que lo hicieras. ¿Puedo decir entonces que te importo?

—No tengo mucho tiempo para estar aquí, Vincent podría darse cuenta de que no estoy en el hotel y se pondría más furioso de lo que ya está.

—¿Por qué?, ¿qué ha sucedido?

—No quiero hablar de eso.

—¿Tiene que ver conmigo? —Se acerca todavía más.

—Todo tiene que ver contigo, Bruno. Yo... no voy a negarte que siento cosas por ti, pero no puedo volver a ser la misma de antes y... estar contigo.

—Lo entiendo, déjame mostrarte que hablo en serio, déjame quitarte cualquier duda que tengas con respecto al amor que siento por ti —Me toma por la mejilla.

¿De qué habla? ¿Qué es lo que va a inventar ahora para que me rinda a sus pies?

Bruno avanza con destino hacia mi boca. Siento su respiración agitada. Quiero rozar sus labios quizás más de lo que él desea.

—No quiero que me toques —Tomo distancia, muy poca por cierto—, no resisto a tus caricias, bien lo sabes.

—¿Me amas?

Claro que te amo, sería capaz de dejar el mundo entero con tal de saborear de nuevo alguno de tus besos.

—Si me amas, bésame —dice de nuevo.

Me toma por ambos lados del rostro. Acerca el suyo hacia el mío. Nuestros labios se tocan, pero no se unen. Vamos, Emma, hazlo, me digo a mí misma, bésalo. No sé cuánto tiempo más podría estar de esta forma frente a él, ya no lo resisto, mi piel es débil ante su presencia, la necesita; su contacto es lo único que la hace sentir viva. Cada vez que la toca dentro de mí se desprenden llamas que solo quieren ser consumidas por su apasionado amor. Vamos, ¿qué esperas?, vuelvo a gritarme en mi interior. Oh, qué va, al diablo todo...

Mi boca se prende a la suya. Bruno me responde incluso con más intensidad de la que el ritmo de mis besos lleva. Cuánto echaba de menos sentirme unida a él.

—Emma —Bruno dice al desprenderse. Pensé que seguiríamos besándonos por un poco más o que incluso...—, quiero que te cases conmigo. Es la mejor prueba de amor que puedo darte.

—¿Qué?

—Te sientes insegura de mis palabras, ¿no?, pues bien, cástate conmigo.

Un momento, ¿casarme? ¿Me está pidiendo matrimonio, el hombre que creí que jamás sería capaz de pronunciar tales palabras?

—¿Qué sucede?, ¿no quieres? —Bruno vuelve a hablar tras mi silencio.

—No es todo tan sencillo, no desde que echaste todo a perder. Estoy saliendo con tu hermano.

Abandonar a Vincent sería echar a la basura todo lo que ha hecho por mí, sería quedar ante él como una desagradecida, como alguien que solo jugó con él por despecho, y no es así... ¿o sí?

—Lo sé, habla con él, ¿o es que tienes dudas?

—No lo sé... Debo irme.

—¿Ahora?

—Lo siento, Bruno, necesito pensar, adiós.

Sí, estoy escapando, escapando de Bruno, de uno de los hombres que quiero porque no sé si es el amor correcto para mí. Si me quedo junto a él esta noche sería capaz de hacer cosas de las que tal vez luego podría arrepentirme, aunque bueno, lo más grave ya lo he hecho; entregarme una vez más. Necesito pensar mejor las cosas, necesito tener en claro qué es lo que voy a hacer, cómo voy a salir de este enredo sentimental en el que yo sola me he metido.

Cuando Bruno me pidió que nos viéramos en ningún momento creí que iba a ser para pedirme matrimonio. Esto lo cambia todo, es decir, me ama. No existen dudas de que lo que siente por mí es real, me pidió que fuera su esposa, eso dice mucho, por no decir todo.

Abro la puerta de la habitación intentando no hacer ruido, no quiero que Vincent llegue a despertarse. Quiero analizar bien la situación, estar segura de lo que voy a decidir y luego hablar con él.

—No estoy durmiendo, por si te interesa saberlo —oigo su voz desde la cama.

Vincent enciende las luces, puedo ver su rostro enfadado a medida que camino hacia él.

—Qué bueno porque necesito que hablemos.

—Ya era hora, te escucho —Se recuesta sobre la almohada.

—Quise esperar a que se te pasara el enojo... —explico dándome cuenta de que lo mejor será sincerarme ahora, ninguno de los dos podrá pasar una buena noche si el dilema no se resuelve cuanto antes.

—Aún sigo enojado, pero sí, hiciste bien, estoy un poco más calmado. Mira, Emma, quiero ir directamente al grano, lo sigues queriendo, ¿verdad?

—No quiero seguir negándotelo —Me siento sobre un extremo de la cama.

—Bien, de acuerdo... y ¿qué es lo que quieres hacer? es decir, ¿qué sucederá con nosotros?

—Vincent, eres un hombre maravilloso, el mejor que he conocido.

—Entonces, ¿qué sucede? —Rompe la distancia que nos separaba y toma mi mano.

—No estoy segura de que lo que sienta por ti sea amor.

—Emma, yo te amo, estaría dispuesto a darte mi vida entera de ser necesario.

—Lo sé...

—Bruno jugará contigo hasta que se canse de hacerlo, siempre lo ha hecho. Solo serás una más en su lista, lo sabes.

—No, no lo sé, dejaré que el destino o el azar lo decida.

—Eso es absurdo.

—Tal vez lo sea, tal vez yo sea una absurda que quiere a un rompecorazones, pero lo quiero y solo a mí me corresponde decidir qué camino seguir.

—Vas a cometer un gran error.

—Estaré lista en caso de que eso suceda, no te preocupes, estaré bien.

—Claro que me preocupo, te amo.

De acuerdo, la situación se está volviendo algo incómoda.

—Creo que me iré a dormir —Retiro su mano poniéndome de pie.

—Disculpa, no quiero incomodarte más —Se aparta para volver a su lugar.

—No, no te disculpes, soy yo la que debe hacerlo.

Tomo uno de los almohadones de la cama. Vincent me observa con pena, creyó que sería capaz de poder dormir a su lado después de haberle confesado lo que siento hacia él, y peor aún, hacia su hermano. Me ofrece la cama completa para que descanse, a lo que me niego diciéndole que estaré mejor en el sofá.

Me alejo del dormitorio hacia la sala de estar. Las luces de Vincent que alumbran mi paso se apagan, pero gracias a la luz tenue de las lámparas que están entre la puerta logro encontrar el sofá para recostarme. Es cierto, es bastante cómodo, al menos en eso mi intuición no me ha fallado.

Las horas transcurren sin que pueda dormir. Desearía tomarme una de esas infusiones que mi mamá suele preparar para conciliar el sueño, y dejar de dar vueltas y vueltas. No puedo dejar de pensar en Bruno, en Vincent... Será mejor que haga algo pronto. De lo contrario pasaré el resto de la noche sin pegar el ojo.

Salgo de mi lugar, no hay nada peor para quien no puede dormir que forzarse a hacerlo. Me abrigo dado que en el lugar al que iré debe de haber bajado al menos un poco más la temperatura. Me marcho del hotel, de nuevo, rumbo a la playa.

El sonido de las olas que golpean el mar me da tranquilidad, la tranquilidad que necesito para poder pensar. Me siento sobre la arena abrazando mis piernas, sintiendo la brisa y respirando como si fuese a meditar, jamás lo hice, pero admito que esto me está relajando. Necesitaba algo así. Inhalo, exhalo, inhalo, exhalo. Sí, siento que la ansiedad poco a poco se va. Intentaré poner mi mente en blanco. No, no puedo, demasiados recuerdos.: Veo el rostro de Bruno, lo veo besándome, lo veo sobre mí haciéndome el amor por primera vez, porque aquello que hicimos no fue solo sexo como quiso hacerme creer, fue amor, y ahora que se ha dado cuenta, que quiere que estemos juntos, no sé qué hacer; con él, con Vincent, conmigo. Ya no dudo de sus palabras, sin embargo, dudo de mí, de lo que en realidad siento. Ojalá las cosas fuesen más sencillas. Poder entender lo que mi corazón quiere me resolvería todo este conflicto.

—¿Soñando despierta?

Esa voz.

—Regina, ¿qué haces aquí?

—Creo que al igual que tú quise levantarme para ver la puesta de sol —Se sienta a mi lado—, aunque todavía es un poco temprano para eso, ¿cierto?

—Sí, todavía no son ni las siete —Me pongo de pie, su mirada comienza a asustarme.

—Qué bueno, así nadie podrá vernos.

—¿Qué dices?

—Tú y yo iremos juntas a dar un paseo en mi lancha.

—No iré contigo a ninguna parte —Le doy la espalda dispuesta a regresar al hotel.

—No fue una pregunta —Me toma fuerte del brazo.

—¡Suéltame! —Intento desprenderme.

—Has colmado mi paciencia, Emma, sinceramente. No creí que tendría que llegar hasta esto, pero dada las circunstancias...

Regina me muestra un arma provocándome a que me quede inmóvil del miedo. Jamás me equivoqué al llamarla desquiciada. Sin soltarme del brazo me lleva hasta donde está su lancha. No dejo de observar a mi alrededor por si encuentro a alguien por la playa que me pueda ayudar. Pero tiene un arma, tal vez sería capaz no solo de dispararme a mí sino a cualquiera que se le opusiera en su camino. Al entrar en la lancha junto a ella me pide que me arrodille. Obedezco tratando de no prestar atención a la fuerza con la que mi corazón late. Entonces siento cómo se acerca. Oigo su respiración entrecortada, incluso diría que hasta puedo percibir su furia detrás mío.

—Esto no dolerá mucho —me dice.

Siento un golpe sobre mi cuello.

Escucho un motor andando. Veo las estrellas del cielo pasando a un ritmo acelerado. No puedo moverme, estoy... atada de pies y manos.

—El infeliz se ha enamorado, según él, por primera vez, qué patético...

Regina sigue hablando mientras conduce. Ahora que he despertado debo encontrar la manera de deshacerme de estas cuerdas, pero sin que llegue a darse cuenta. Diablos, está muy cerca mío, pero no me mira.

—¿Sabes una cosa? No dejaré que ustedes dos estén juntos, nunca, y ¿sabes por qué?..

Vamos, maldita sea, no quiero morir en manos de una loca, me repito intentando llegar al nudo de mis manos.

—...Porque no se me place, porque no voy a permitir que una muchacha como tú me lo quite, sería una humillación, ¿te das cuenta?

¡Listo, lo logré! ¡Me he librado de las cuerdas!

—¡Zorra desquiciada! —La arrojo al suelo al verla sin el arma—, detendré ahora mismo la maldita lancha.

Oh, no. Las cuerdas de los pies, que no me las he quitado por temor a que Regina me viera me hacen caer al suelo.

—¡No! —Regina se pone de pie buscando algo, de seguro el arma.

Me desato las cuerdas. Tras haber encontrado el arma Regina lo pone en alto. Antes de que me apunte me lanzo sobre ella y provocho que el arma se caiga al mar.

—¡Maldita! —grita a toda voz—. ¡Yo misma te mataré con mis propias manos!

Corre hacia mí. Intenta tomarme del cuello, pero la golpeo lo suficientemente fuerte como para hacerla caer de nuevo al piso.

—¿Tú, en realidad, quieres pelear conmigo? —la desafío. Regina no tiene idea de todo lo que en mi vecindario he aprendido.

—¡Salvaje!

Me acerco hacia el volante. La lancha va demasiado rápido.

—No podrás contra mí, eso te lo aseguro —Me toma de las piernas.

Tropiezo. Regina toma el volante y acelera aún más.

—¡Baja la velocidad! ¡Nos vamos a estrellar!

Me pongo de pie. Veo que nos aproximamos hacia unas rocas montañosas. No hay tiempo ya de nada. Salto al agua de inmediato. La lancha junto con Regina acaba estrellándose y luego en cuestión de minutos se prende totalmente fuego.

Oigo las sirenas de unas patrullas que se acercan a donde estoy. Me quedo quieta flotando en el mar, conmocionada por lo que mis ojos ven delante; probablemente Regina acaba de morir carbonizada como yo también pude haberlo hecho. Doy la vuelta, quiero comprobar qué tan cerca están de venir a buscarme porque estoy empezando a sentirme mal, muy mal; mi visión se está nublando y me duele fuerte la cabeza. Necesito que alguien venga a sacarme del agua, siento que voy a desmayar...

—¿Emma? —escucho que alguien dice mi nombre.

—Está despertando.

—Cariño, ¿me escuchas? Soy yo.

—Bruno... ¿qué...? ¿Qué sucedió?, ¿por qué estoy aquí? —Me acomodo en la cama del hospital en el que me encuentro.

—¿No lo recuerdas?

—Yo —Trato de hacer memoria—... Sí, estaba con Regina, me subió por la fuerza a una lancha, luego...

—Se estrelló contra unas rocas.

—Sí, lo recuerdo. Me duele mucho la cabeza.

—Descuida, estarás bien —menciona Vincent—. No tienes nada, así que no tardaremos en irnos de aquí.

—¿Disculpa? —interviene Bruno—. Emma vendrá conmigo.

—Te equivocas, hermano, Emma volverá al hotel solo de mi brazo.

—¿Aún tienes dinero para eso? Creí que de nuevo lo habías perdido todo.

¿Perder dinero, Vincent?, ¿por qué?, ¿qué lo llevaría a hacerlo?

—Vincent, ¿de qué habla?

—Jamás pensé que irías a caer tan bajo, te lo agradezco —le dice a Bruno.

—Vincent —vuelvo a insistir para que me dé una respuesta.

—Tengo problemas de juego, sí, lo acepto —Da un largo suspiro—, pero eso no ha sido un impedimento para poder vivir como quiero.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—No es algo de lo que me sienta orgulloso. Bien, ya lo sabes.

—¿Qué es lo que harás?, ¿a dónde irás al salir de aquí? o ¿con quién? —pregunta Bruno.

—No voy a decidir en estos momentos entre ninguno de los dos si eso es lo que pretenden. Me regreso. Mañana mismo tomaré el primer avión para irme.

—¿Qué?, ¿qué dices?

—No soporto verlos pelear por mí, ni siquiera me soporto a mí misma estando en frente de ustedes. Necesito pensar tranquila, lejos de ustedes dos.

—No, Emma, no saldrás huyendo de todo esto.

—No es necesario que te vayas para tomar una decisión —habla Vincent—. Tómame el tiempo

que quieras, aquí. Si quieres, pues, te cambias de habitación u hotel.

Cuando Vincent tiene razón, tiene razón. No hace falta que me vaya a ningún lado si lo que necesito es pensar. Además, siento como si estuviera escapando como dijo Bruno, huyendo de nuevo de algo que es hora de que lo enfrente de una buena vez.

—De acuerdo, me quedaré.

El mismo día después de haber salido del hospital me cambio a una habitación del mismo hotel en el que se encuentra Vincent, un par de pisos más arriba. Trataré de tomar cierta distancia suya y de su hermano hasta que mi cabeza esté un poco más ordenada. No quiero tardarme demasiado en pensar las cosas, sé que la respuesta a todas mis preguntas está en mi interior, solo necesito hacer callar un par de voces dentro para oír con claridad la mía.

Frente a la ventana, que al igual que en la habitación anterior también da a la playa, marco el número de mi madre. Prometí volverla a llamar y no lo hice.

—Ay, hija, ¿por qué no me has vuelto a llamar?

—Lo siento, mamá, lo he olvidado.

—Pero ¿estás bien?, ¿todo está bien?

—Sí, no tienes de qué preocuparte. Cuéntame, ¿cómo estás tú?

—Perdóname, hija, pero no te creo, algo te sucede, lo percibo en tu voz, dime.

—Mamá... Estoy confundida, no quiero parecer una loca, pero... tengo que decírtelo... creo amar a dos hombres.

—Cielo, a ver, vamos a ver... estamos hablando de Bruno y Vincent, ¿cierto?

—Sí.

—Hay algo de ellos dos que te gusta, tal vez ambos hagan cosas que te enamoren, pero no en la misma proporción, solo uno de ellos es el que en tu corazón supera al otro, piénsalo, aunque quizás...

—Quizás ¿qué?

—Quizás en realidad no amas lo suficientemente a ninguno de los dos.

¿Que yo no amo lo suficiente a ninguno de los dos? Pero algo ambos provocaron en mí. Bruno fue capaz de despertar algo que no creí que podría llegar a sentir. Nuestro lazo se hizo fuerte no solo por la química sexual que tenemos, sino más bien por nuestros sentimientos. Por otro lado, Vincent ganó con su humor mi sonrisa. Estar a su lado no solo me hace sentir alegre, sino también amada. Siento que a pesar de que quiso ocultarme que tiene problemas con el juego no podría considerar estar lejos de él.

Desde el cristal los visualizo a ambos muy a lo lejos. Están sentados conversando frente al mar. Así quiero verlos siempre, unidos.

Termino de hablar con mi madre. Hablar con ella me ha hecho bien, es más, creo haber encontrado la respuesta a mi dilema.

—Hola —saludo al llegar a la playa.

El tener a los dos hermanos juntos no sé si será algo bueno en este momento, pero hablaré con cada uno de ellos en privado, cosa que ninguno oiga lo que vaya a decirle al otro; no quiero herir más los sentimientos de nadie.

—Emma, qué gusto verte —dice Vincent.

—¿Podemos hablar a solas?

—Claro.

—Quiero agradecerte por todo lo que has hecho por mí. Me has hecho la mujer más afortunada del mundo, no sabría expresar con palabras todo el cariño que tengo hacia ti. Y es por ese afecto que te tengo que mereces que sea sincera contigo y te diga la verdad.

—Dime.

Respira, Emma, dilo.

—No creo que pueda amarte como te mereces, lo siento.

Vincent baja la mirada. Me rompe el corazón verlo en este estado, él que siempre ha sido tan risueño. Me quedo observándolo. Quiero darle un abrazo, aunque no creo que sea lo más indicado ahora.

—Está bien, lo respeto.

Nos quedamos en silencio por unos segundos.

—Eso es todo lo que tenía para decirte —digo para acabar con esta situación tan horrible—. No te culparía en caso de que me odieras...

—Jamás podría hacerlo —interrumpe.

—Tienes que saber que nada de lo que antes te dije o hice fue fingido. Te quiero y siempre tendrás un lugar importante en mí.

Vuelvo para hablar con Bruno. En el instante en el que me ve yéndolo a buscar se pone de pie.

—No me has elegido, ¿verdad? Incluso cuando te ofrecí que fueras mi esposa...

—Cállate ya —Lo beso con fuerza luego de asegurarme de que Vincent esté lejos.

Bruno me responde de manera intensa. Produce fuego en todo mi cuerpo, en toda mi alma que solo quiere estar junto a la suya por siempre. Nuestros labios se unen una y otra vez de la manera en la que se deberían de haber unido hace tiempo; sin miedos, con la seguridad de que ambos compartimos un mismo sentimiento; amor.

—Oh, Emma, creí que me mandarías al diablo a mí también.

—No puedo hacerlo, no contigo... Pero tienes que saber que las cosas han cambiado, no soy la misma. Si no quieres tener algo serio conmigo tienes que decírmelo ahora.

Bruno se queda en silencio sonriendo. Sé que algo está pensando.

—Quiero que seas mi mujer, la única.

Regresamos luego de un par de días, luego de disfrutar de la arena, el sol, el mar, el baile, aunque en esto último no hay caso conmigo, sigo siendo muy mala bailando, por fortuna tengo a Bruno que es lo suficientemente bueno como para ayudarme a moverme en la pista. Nos deleitamos con cada comida típica, muy picante por cierto, pero deliciosa. De todas las cosas que gozamos destaco el hecho de haber tenido la compañía de Bruno, de encontrarnos solos todo el tiempo, sin nada ni nadie que pudiera hacernos perder la magia del momento que compartíamos. Estar el uno para el otro significó el perfecto egoísmo que necesitábamos para recuperar parte del tiempo que estuvimos separados.

Al llegar lo primero que ambos queremos hacer es darle de manera oficial la noticia del compromiso a nuestras familias. Si bien por algunas charlas telefónicas creo que lo deben de suponer, esperamos que reciban la confirmación con alegría, sobre todo los padres de Bruno que nunca estuvieron contentos de que esté cerca de alguno de sus hijos. De todas maneras si así no sucede, lo que más nos interesa ahora es seguir el camino del amor que decidimos trazar, aunque, claro, nos sería de agrado que todos también compartieran nuestra felicidad.

—¡Hija! —Mi madre abre emocionada la puerta de la casa.

—Mamá —La saludo dándole un fuerte abrazo, de esos que das cuando has extrañado mucho a alguien—. Quiero, queremos darte una noticia —Me aferro al brazo de Bruno.

—Claro, los escucho, adelante, pasen.

—Bruno y yo nos vamos a casar.

—Vaya, qué sorpresa. Me dejan sin habla. ¿Están seguros?, es decir, ¿no es un poco apresurado?

—Claro que no, señora, nada me haría dudar del gran amor que siento por su hija —Me enternezco de oírlo hablar así.

—Pues en ese caso tienen mi bendición. Deseo de todo corazón que los dos sean muy felices. ¿Se quedan a almorzar?

—Mañana, los padres de Bruno nos están esperando a ambos, también queremos darles la noticia.

—De acuerdo, mejor así, me darán más tiempo de preparar algo para chuparse los dedos.

—No puedo esperar por eso, Emma me ha contado que realmente es muy buena cocinando.

Veo una simpatía entre ellos. Estoy segura de que se llevarán muy bien juntos. Ojalá lo mismo me suceda con mi futura suegra. Ojalá me recibiera tan bien como mi madre lo hizo con Bruno. Sé que mi matrimonio no será perfecto, ninguno jamás podrá serlo, pero no soportaría tener que lidiar con los humores de Cordelia si insiste en querer verme separada de su hijo.

—Déjamela un rato, no la he visto en días —le pide Priscilla a Bruno y luego me lleva de la mano—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal te ha ido?

—Pues ya ves —Sonrío de la alegría.

—Por fin te decidiste a creer en Bruno.

—Bueno, ya sabes que...

—Sí, sí, lo sé, pero mi hermano no es el mismo ni lo será ahora que se casará contigo —Nos sentamos en el sofá de la sala a esperar que el resto de la familia llegue—, aunque el problema ahora es otro, mi madre.

—Buenos días —Cordelia aparece ante nosotros.

—Mamá —Bruno se acerca a saludarla.

—Qué gusto es volverte a ver, hijo.

—¿Cómo estás, Bruno? —Tiburcio saluda—. Bienvenido a casa.

Creo que es la primera vez desde que lo conozco que veo algo distinto en su cara. Lo noto alegre, descansado, como si se hubiese sacado un par de años de encima. Tal vez se debe a la reciente reconciliación con su hijo. Bruno y él tenían varias diferencias que pudieron resolverlas para dejar atrás el pasado y reconstruir su vínculo.

—Ahora que todos estamos presentes —menciona Bruno poniéndose a mi lado.

—Querrás decir casi todos —dice Cordelia.

—Mamá, por obvias razones Vincent no se iría a presentar aquí, además sigue de viaje, ¿por qué te empeñas en buscar pleito? —la enfrenta su hija.

—Cállate, Priscilla, aquí las preguntas en todo caso las hago yo —Se acerca para tenerme frente a frente—. Dime, niña, ¿amas a mi hijo?

—Por supuesto que lo amo —respondo con firmeza. Por un momento siento como si estuviera frente a una máxima autoridad.

—¿Y qué fue exactamente, entonces, lo que sentiste por mi otro hijo?

—Cariño, afecto.

—Cariño, afecto, ¿estás segura?

—Sí.

—Cordelia esto no es ningún tribunal para que sometas a la muchacha...

—Silencio, Tiburcio.

—Nos casaremos el próximo mes en la estancia donde toda la familia siempre ha hecho los festejos nupciales —habla Bruno.

—Me parece correcto —dice su padre.

—Yo, si quieres, te ayudaré a elegir el vestido —me sugiere mi amiga.

—Desde luego que sí. Sería una atrocidad que vistiera algo tan ordinario como lo que de seguro irá a elegir si no la ayudas —interviene Cordelia.

—A pesar de no tener el dinero que usted tiene tengo buen gusto —digo.

Oh, estoy lista para pelear contigo si quieres. No quisiera tener que hacerlo toda la vida, pero esta vez estoy dispuesta a darte batalla si la buscas.

—Pues eso tendrás que probarlo.

—Quiero darte las felicidades, hijo, queremos, ¿verdad, Cordelia?

—Yo no estoy de acuerdo con esta boda, pero... si, bueno... pues no hay otra alternativa, ¿qué más puedo hacer?

—Estar feliz por mí —Bruno se levanta y la abraza.

—¿Realmente piensas que serás feliz junto a ella?

—Sí, mamá, la amo.

—De acuerdo, lo haré por ti, por tu felicidad. Vamos a tener que hacer varios cambios, sobre todo en tu historial familiar, muchacha.

—¿Qué quiere decir?

—No tendrás pasado. No quiero que nadie de nuestra familia sepa quién eres en realidad, sería una vergüenza.

—¿Como tú, mamá? —Priscilla vuelve a atacar a su madre.

—Cierra la boca, maldita mocosa.

—¿Por qué no le dices, mamá, lo pobre que eras cuando comenzaste a trabajar en esta casa?

¿Qué? ¿Qué fue lo dijo? ¿Cordelia, como empleada de la casa?

—Cordelia... —Tiburcio intenta detener a su esposa que se aleja de la sala.

—Lo siento mucho, papá, alguien tenía que ponerle un freno.

—¿Tú, precisamente?

Vaya, vaya, con razón Cordelia no me soporta, se ve reflejada en mí y detesta eso. Le recuerdo su pasado y tal vez la mala decisión que tomó de haberse casado con el padre de Bruno, porque a mí parecer, y según las cosas que su hijo me ha contado en relación con su matrimonio, nunca fue muy feliz que digamos. Pero con Bruno no sucederá lo mismo, él y yo sí seremos muy felices o haremos todo de nuestra parte porque así sea.

—Su madre salió casi huyendo de la sala —le cuento a mi madre lo ocurrido entretanto acomodo la ropa del equipaje.

—Qué bueno, hija, así se le bajarán un poco los humos ahora que serán familia. Es increíble, la muy señora tratándote mal a ti cuando ella fue una empleada de la casa.

—Por un momento me dio pena.

—Ay, Emma, a veces te pasas de lo buena que eres. Y el resto del día, ¿qué tal les fue?

—Como Cordelia no almorzó con nosotros debo decir que bastante bien. Tiburcio parecía estar contento, aunque con ese hombre nunca se sabe.

—Tal vez le agrada la idea de que su hijo vaya a casarse.

—Sí, yo creo que desde que hicieron la paces ha comprendido el amor que Bruno siente por mí.

—Y Priscilla, ¿qué tal?, como siempre, ¿verdad?

—Sí, mamá, ¿qué te puedo decir? Haciéndonos reír a todos con sus disparates.

—Es una pena que tu futura suegra no haya entendido las cosas como su esposo, pero tranquila, seguro pronto hasta te estará llamando hija.

Río de la idea, no creo que algo así en ella sea posible.

Con el paso de los días llega el momento de elegir mi vestido. Priscilla y mi madre me acompañan a la casa de moda de una prestigiosa diseñadora recomendada por Cordelia. Mi futura suegra se excusó de no venir diciendo que había hecho suficiente con pasarnos la dirección. De todas formas, no quería que nos acompañara. Ver su rostro molesto todo el tiempo me hubiese arruinado la emoción que traigo.

—¿Qué te parece algo como ese? Es precioso —Mi amiga apunta a un vestido del exhibidor.

—No, es... no lo sé, algo extravagante, ¿no crees?

—A mí me gusta, bueno, ¿y como aquel de allí?

—Sí, quizás, sí.

Las tres entramos en la enorme tienda. Entre tantos vestidos y maniqués veo a poca distancia la cabeza de un muchacho detrás de un mostrador. Posiblemente esté acomodando alguna que otra prenda.

—Buenas tardes, Matilda estará con ustedes en un minuto, tomen asiento, por favor —nos dice al ponerse de pie.

—Daniel.

—Emma, ¿cómo estás? —Se acerca a mí—, qué gusto verte.

—Estoy bien, gracias. ¿Trabajas aquí? —lo pregunto porque no lo creo. Daniel siempre ha sido un holgazán.

—Sí, solo de tarde, por la mañana voy a clases.

Vaya, y además estudia. ¿Qué le sucedió?

—Me alegra mucho oír eso.

—Sí, te debo una disculpa, una gran disculpa por cómo te he tratado durante el tiempo que estuvimos juntos, yo... me arrepiento de todo el daño que te he causado.

—Daniel, todo está bien, te perdono, no tienes nada de qué preocuparte ya.

—Gracias, es un alivio para mí escucharte decir esas palabras. Fue gracias a ti, a nuestra

ruptura en realidad, que pude dar este gran paso.

—Pues te felicito, sé que lograrás cosas grandes y que encontrarás a la mujer que te ame.

—¿Tú, ya has encontrado al hombre perfecto para ti?

—Sí, uno que calza justo a la medida de mi imperfección. Lo amo, por sobre todas las cosas lo amo por cómo es —Suspiro al pensar en él—, es... mi hombre.

—Bien, deseo que seas muy feliz, Emma.

Regreso junto a mi madre y mi amiga a donde están sentadas.

—¿Qué fue eso? —Priscilla susurra para que Daniel no pueda oírla, sigue a metros de nosotras.

—Es Daniel, un antiguo novio.

—Vaya, tienes que presentármelo —Sonríe pícaro.

Me resulta extraño imaginar a Priscilla saliendo con Daniel, pero no me resultaría incómodo para nada. Él y yo terminamos, mal, como supongo que por lo general suele suceder cuando acabas una relación. Si bien mi amiga suele divertirse con cada hombre que le gusta tengo que advertirle del pasado de mi exnovio. Sé que seguramente debe de haber cambiado, tal como me lo dijo y pude ver, sin embargo, no está demás que sepa cómo ha sido conmigo mientras estábamos juntos. En caso de que siga insistiendo en querer que se lo presente tendré que ser sincera con ella.

—¿Dices que Daniel estaba en la tienda? —pregunta Bruno repasando las invitaciones de la boda. Las he traído a su apartamento para que las viéramos.

—Sí, cuando entré no podía creerlo. Me pareció tan extraño encontrarlo...

—¿Trabajando? —Ríe.

—Entre otras cosas. Su actitud, su mirada, había algo en sus ojos que antes no había visto.

—¿Quieres invitarlo a nuestra boda? —Se recuesta sobre el sofá.

—No, claro que no. ¿Tú invitarías a tus exnovias a tu boda?

—No, sería humillante para ellas ver a la hermosa mujer con la que me he decidido casar.

Me sonrojo como una idiota. Cada palabra, cada halago que me dice me hace sentir retorcijones en todo mi estómago. Estoy enamorada, lo sé.

—Me han gustado estas tres —vuelve a decir señalando las invitaciones—. ¿Quieres más café?

—No —Mi corazón comienza a palpar con mayor intensidad, sabe lo que quiere exactamente.

—Entonces, ¿qué quieres? —Se acerca acariciando mi pantorrilla.

Oh, ese perfume, ahora lo siento tan cerca de mí.

—Te quiero a ti.

—Y yo a ti. ¿Sabes?, ayer he comprado un juego.

—¿Para ti? —Me largo a reír—. Eres pésimo con los rompecabezas y en los de preguntas y respuestas.

—No, es otro tipo de juego, uno que te va a gustar mucho. Cuando lo pruebes nunca más querrás dejar de jugar.

—Vaya, me intriga.

—Cierra los ojos. No espíes —Bruno se da cuenta de mis intenciones.

Detesto esto. Soy muy ansiosa, no podré evitar abrirlos. ¿Qué será? Veo que vuelve con una venda color negro. Vuelvo a cerrar los ojos. Vamos, tengo que concentrarme, esto es una sorpresa, quiero que así lo sea. Siento que se acerca más a mí. Rodea mi vista con la tela y luego la ata a mi

alrededor.

—¿Ves algo?

—No.

—Perfecto. Solo escucha.

Oigo el ruido de su pantalón que baja. Se quita el calzado y los hace a un lado. Luego siento que hace lo mismo con su camisa.

Pasos. Se acerca hasta donde estoy. Percibo su respiración agitada. Se aproxima más. Su perfume combinado al increíble aroma de su piel deleita mi olfato.

Su boca se asoma a centímetros de la mía. Oh, la percibo tan caliente que podría quemarme, ¡ya!, quiero morder sus labios.

—No, no. Aún no puedes tocarme —me dice. Luego toma mi vestido y con mi ayuda me lo quita por encima.

Estoy completamente desnuda frente a él con una venda encima. Apuesto a que por la reacción de mi cuerpo puede ver cuán contenta me hace sentir.

¿Qué está haciendo? Me toma entre sus brazos y me pone encima a horcajadas suyo. Puedo sentir sus piernas encendidas y él puede sentir el calor de mi sexo. Me froto con él hacia arriba, hacia abajo. Ah, qué sensación.

—No puedes hacer eso con mi cuerpo. Reglas.

Retrocedo. Mi corazón late cada vez más fuerte. No creo que pueda soportar mucho tiempo sin tocarlo, sin pedirle que me penetre duro.

—No necesitas tocarme, bebé. Solo respira.

Respiro. Ah. Diablos. Quiero que me penetres, ahora.

Me inclina hacia el sofá. Me dejo caer con suavidad. Él toma cada una de mis manos y las ata con una cuerda. Repite lo mismo con mis pies. Estoy extendida, sin poder ver, solo para que él me haga y me deshaga a su antojo.

—Hazme lo que quieras, Bruno.

—Eso haré, amor.

Se pone encima de mí. La piel de su pecho se pone encima de mis senos. Su barba me hace cosquillas mientras me besa el cuello hasta que llega a las orejas. Juega con ellas, me las muerde. Luego su lengua roza mi sexo húmedo.

—¿La quieres dentro?

Muevo mi cadera hacia adelante, hacia atrás.

—Pues no. Primero voy a meterte otra cosa.

Bruno me da la vuelta de manera que quedo a espaldas suyas y se introduce en mí. Sus manos están aferradas a mi trasero mientras me monta como si fuésemos dos animales salvajes.

—¡Ah! —grito.

—¡Oh! ¡Eso es! —Me da una fuerte nalgada, de esas que me encienden todavía más.

Bruno me toma de la cintura, me lleva a ponerme de espaldas contra la pared y vuelve a penetrarme con toda su fuerza. Con cada movimiento brusco que hace me lleva a sentir cosas inexplicables.

—¡Ah! —grito a toda voz.

Siento su calor dentro de mí entrando y saliendo. Su pecho apoyado sobre mi espalda me enciende cada vez más.

—¡Tómala toda!

Su boca roza todo mi cuello, luego mi oreja hasta encontrarse de nuevo con mis labios.

Bruno sale de mí. Me toma de la cintura y mete su boca dentro de mi sexo. Muevo mi cuerpo

de atrás hacia adelante. Aunque quisiera hacer esto todo el día, no sé cuánto más pueda resistir.

—¿Te gusta?

Entre suspiro y suspiro asiento con la cabeza.

Me lleva de nuevo al sofá esta vez sin cuerdas ni venda. Se pone encima de mí sin penetrarme. Solo deja que nuestros cuerpos desnudos se sientan, deseen estar unidos. Toco su espalda y la acaricio hasta aferrarme a una de sus nalgas. Él besa cada parte de mi rostro. Nuestro sudor se funde, se enciende avivándonos más.

Poco a poco vamos moviéndonos hasta que nuestros sexos gritan por deleitarse en puro placer. Bruno se aparta un poco. Yo acaricio su pecho y luego le doy varios besos. Él me empuja con suavidad hacia atrás, alza mis piernas alto y se introduce en mí de nuevo con la misma firmeza.

—¡Oh!

El solo hecho de ver su rostro lleno de placer hace que de mí se desprendan llamas. Lo disfruta tanto como yo.

—Voy a acabar, Emma —me dice acercándose—. ¿Estás lista?

Lo rodeo con ambos brazos alrededor del cuello. Siento cómo todo su cuerpo se sacude con mayor intensidad mientras me hace suya.

—Acaba —susurro al oído. Luego con mis mejillas acaricio toda su barba.

—¡Oh! Me encanta que hagas eso.

Se aparta de mí. Toma en ambas manos su sexo a punto de estallar y lo manipula hasta que todo su líquido cae sobre mis senos.

—¡Ah! Está caliente.

—Como tú y yo —Se acerca a mi boca—. Juntos... somos fuego.

Las semanas fueron pasando rápido, tanto que no puedo creer cómo el día de mi boda ha llegado. Los preparativos tuvieron mucho con ver con eso, hicieron que el tiempo pareciera fluir con mayor velocidad. Sin embargo, a pesar del poco tiempo que teníamos, disfruté de cada cosa que hicimos para que cuando llegara el festejo lo hiciéramos más. Priscilla se involucró bastante en la organización, de buena manera, sin ser invasiva, a diferencia de su madre que todo el tiempo estuvo tratando que las cosas fuesen a su modo. Me fue un poco difícil lidiar con ella, pero por fortuna pude ponerla en su lugar, y sé que de ahora en más sabrá respetarme.

Nunca creí que me fuera a casar tan joven, en realidad nunca creí que encontraría a alguien que me hiciera perder la cabeza como Bruno lo hace, pero sucedió. Hoy estaré casándome con el hombre que elegí y volvería a elegir cada día de mi vida porque sé que su amor por mí es grande. Yo, por supuesto, le correspondo de igual manera.

Es la forma en la que me mira, en la que me habla, en la que me hace sentir cuando estoy con él que hace que todo mi ser solo quiera estar a su lado. Debo admitir que dudé mucho de volver con él, pero vi su cambio, que de seguro no le fue fácil, y eso me hizo repensar muchas cosas, entre ellas el hecho de que si Bruno se proponía asumir un compromiso como yo también deseé asumirlo, nuestro vínculo podría llegar a ser más sólido. Y así creo que será, no por sus palabras que tranquilamente se las puede llevar el viento, sino por sus acciones que me demuestran que dice la verdad.

No me arrepiento de este amor, sé que no lo haré. Me costó perder a Vincent, aún lo extraño. Tener su fiel amistad me alegraría mucho, pero sé que no sucederá, que no volverá a acercarse a mí ni aunque su hermano se lo pidiese, y me lo merezco por haberlo hecho sufrir, aunque nunca quise que así fuera, es decir, no me di cuenta de que llegaría a lastimarlo. Pensé que mi felicidad era estar a su lado, intenté convencerme, pero no, no podía seguir engañándome ni a mí ni a nadie más. Lamento que no quiera acercarse a la estancia a presenciar la boda, lo entiendo, estuvo

enamorado de mí, posiblemente lo siga estando, pero contar con él me haría sentir mejor.

Al igual que Vincent me gustaría que Dylan también estuviese presente, claro, y que no estuviésemos peleados. Sé que fue capaz de hacerme las peores cosas que jamás esperé de él, pero aun así espero que salga recuperado del centro de rehabilitación donde está con Neena, y ojalá algún día podamos dejar el pasado atrás y comenzar de nuevo.

—¿Está lista, señorita? —me pregunta el chofer del automóvil.

—Sí, que abran la puerta.

Uno de los hombres de traje abre la puerta y me tiende la mano. Marcho sola por el camino que me lleva hasta Bruno. La música suena. El cortejo de niños anda tras de mí. Camino lento por el jardín, con nervios, llena de felicidad, de ansias, de alegría, tanto que no puedo evitar derramar unas cuantas lágrimas. No puedo creer que aquel hombre que me está observando como si estuviésemos solo nosotros dos vaya a convertirse en mi esposo.

Bruno está sonriendo. Juraría que la emoción está pudiendo más que él porque veo sus ojos llorosos. Está bien guapo, con un elegante traje que remarca muy bien su cuerpo, el cabello corto, su barba prolija. Al ir llegando extiende la mano mientras doy los últimos pasos sobre la alfombra. Me aferro fuerte a su mano y me pongo junto a él. Sé que desde este preciso momento seré suya por siempre, que aunque la muerte algún día nos separe, nuestro amor, nuestro valiente amor, capaz de vencerlo todo, seguirá existiendo, aun en contra del espacio y del tiempo seguiremos estando unidos en la inmortalidad del universo.